ARIEL ZORION

LA HUELLA DEL MAL



Una novela de

LA HUELLA DEL MAL

ARIEL ZORION

© Ariel Zorion

ARIEL ZORION

COPYRIGHT

Imagen de portada: plantilla de diseño de Canva con foto generada por Inteligencia Artificial con Sora (Open AI)

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes y sucesos son producto de la imaginación de la escritora o han sido usados de manera ficticia y no deben considerarse reales. Cualquier semejanza a personas, vivas o muertas, así como a sucesos reales, locales u organizaciones son pura coincidencia o se han usado exclusivamente de forma figurada para construir la trama, sin guardar relación alguna con la realidad.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser usada o reproducida en forma alguna sin permiso expreso de la autora.

Instragram: @ariel_zorion

TikTok: @arielzorion

Web: https://www.arielzorion.com

Mail: arielzorion@arielzorion.com

No temas a los fantasmas del más allá.
Teme a los hombres de carne y hueso

El mal no responde a razones ni sentimientos.
Solo se retroalimenta del dolor ajeno.

Para Jorge, un amante
del terror como yo.

Y para mis lectores,
a los que le debo todo lo
que he conseguido
como escritora.
Ojalá esta novela
os haga vibrar… Y temblar.

TÚ ERES LO MÁS IMPORTANTE

Un libro no es nada sin sus lectores. Vosotros y vosotras sois el motor por el que escribo y quiero agradeceros que estéis aquí. Gracias por darle vida a mis personajes, por hacer que se vuelvan un poco más reales y os acompañen durante un corto espacio de vuestras vidas. A lo mejor un poco más, si consiguen hacerse un hueco en vuestra memoria. Si es así, habré logrado la magia de que formen parte de vosotros.

Para agradeceros vuestro cariño y confianza, quiero recoger en esta página y las siguientes a todos los lectores que habéis leído uno o más de mis libros.

Mis lectores cero, tanto los que lo han sido en alguna ocasión, como los que siempre me acompañan. Al final del libro tendrán su especial apartado los participantes en esta novela, como es habitual. Estos son:

Andreu Purroy Giribet @lalibreriadeandreu, Margarita González Benavides @margotgnzb, Patricia Burgos @patghybooks, Laura Díaz de Prado @zukakira, Rocío García Melgar @rogarmel, Sonia Muñoz Rubio @soniaritmica, Kress Watson @kresswatson, Sara Moyano @moyanoavila, Ana Zorrilla @anazorrillaescritora.

Para todos aquellos que me habéis leído en alguna o muchas ocasiones, para los que además habéis valorado y reseñado alguna de mis novelas y, por supuesto, para los que además habéis hecho el

esfuerzo de promocionar mis libros como el caso de Eva Gloria Pérez Meis @evalispm con sus libros viajeros.

Elena de la Cruz @elenacruz, Ana @omeurincondeleer, @plumasybolis, Ana González, Estrella Gómez, Jorge Rodríguez @jrmartin.autor, Esther @diassinmas9, @marga_gala, @inesdeprado, L.W. Veider @lwveider, Monica de la Peña @monica.delapena, Cipriano Fernández @cucocandas, MariaL Pardos @marial_pardos, Naviru Shorno @navirushorno, Ness @me.lo.leo.todo, Inma @booksandtripsf, Anna Rodríguez Bernabé @annarodriguez.b, Isabel Ortega @isbl001.

Espero que me disculpéis todos los que no aparecéis. Poco a poco voy recopilando vuestros nombres y, en los siguientes libros, procuraré que estéis la mayor parte de vosotros, pues me faltáis muchísimos. Seguiré haciendo el llamamiento en mis redes sociales para que, poco a poco, todos mis lectores aparezcan aquí.

Gracias por adentraros, una vez más, en una de mis aventuras.

A.Z.

SINOPSIS



¿Estamos ante un caso de simple psicopatía o se trata algo más? ¿Pueden confundirse la enfermedad y la maldad pura y genuina? ¿Existe un nexo que las une? ¿Qué fina línea las separa?

Taylor Reid disfruta arrebatando las vidas de otros seres humanos. El sufrimiento ajeno le nutre de una forma inexplicable. Presenciar el dolor de otros le proporciona un tipo de placer que resultaría enfermizo a ojos de cualquier persona. No siente remordimientos, no es capaz de empatizar, ni de experimentar ni la más mínima compasión.

¿Es un psicópata entonces o es algo más?

¿Hay algo maligno dentro de él?

Con cada crimen que comete, con cada vida que arrebata, siente que necesita más y que, en la siguiente ocasión, tendrá que causar mayor daño, torturar más y provocar un padecimiento más extremo para satisfacer sus necesidades cada vez más insaciables.

Madison, por su parte, es madre de dos niños mellizos y afronta su crianza en solitario. Es valiente y luchadora. Está acostumbrada a afrontar los problemas y lo hace con la cabeza alta, por mucho esfuerzo que le cueste. No es de las que se rinde y eso es un valor fundamental que intenta inculcarle a sus hijos.

¿Cómo reaccionará ante lo que se le viene encima?

¿Sabrá cómo proteger a sus pequeños de las fuerzas del mal que les acechan?

Disfruta de esta historia de terror y suspense. No podrás parar de leer hasta la última página. La pregunta es si serás capaz de enfrentarte a tus propios miedos.

PRÓLOGO



La sangre se escurría por sus labios. Su sabor metálico colmaba sus papilas gustativas y le proporcionaba un placer incomparable. Hilos de carne humana se habían quedado atrapados entre sus incisivos. Se relamió. No quería desperdiciar nada de aquel delicioso manjar.

¿Cómo no se le había ocurrido antes hacer algo como aquello? Lo que experimentaba ahora era muy diferente de lo que había hecho hasta aquel momento. Era lo más excitante y satisfactorio que hubiera sentido jamás. Le proporcionaba una plenitud inimaginable tiempo atrás. Había intentado muchas cosas, había procurado saciar sus instintos de formas diferentes, algunas muy imaginativas, dicho sea de paso, pero nada como eso.

Sentía su corazón henchido de placer, satisfecho y rebosante de una sensación de abundancia, de culminación de un objetivo perseguido durante años. Sabía que no sería definitivo y que, de ahora en adelante, trataría de reproducir las mismas impresiones en todos los actos sangrientos que llevase a cabo.

Aquel regocijo le distrajo.

No se dio cuenta de que no todas sus víctimas se hallaban ya en el reino de las sombras, sino que algunas todavía tenían fuerzas suficientes para arremeter contra él e intentar acabar con su existencia. Le gustase o no, no era inmortal, así que la situación se había vuelto verdaderamente peligrosa para él.

Trató de reaccionar lo más rápido que pudo, pero sus oponentes no mostraban ni el menor temor. ¿Cómo era posible después de lo que habían presenciado? Él era la encarnación del mal, la marca del diablo así lo atestiguaba. Era un hijo de lo maligno. Debían someterse y experimentar terror. Acababan de ver que era capaz de desgarrar la carne con un mordisco y creía haberles dejado claro que era capaz de las acciones más atroces y malévolas.

Pero ellos simplemente veían en él a otro ser humano.

Uno sin alma ni atisbo de humanidad.

Uno enfermo de maldad.

La batalla entre el bien y el mal se había decantado todavía por ninguna de las dos partes. No estaba todo perdido ni todo ganado para ninguno. La vida es una carrera de fondo en la que gana quien tarda más en rendirse. No se trata de ser más rápido, sino más resistente.

TAYLOR



CAPÍTULO 1



Las llamaradas de fuego se reflejaban en sus ojos del color de las tinieblas. El goce que experimentaba viendo a aquella familia arder entre las llamas no era comparable a ninguna otra experiencia que hubiese tenido en su vida. En realidad, eso no era del todo correcto, pues probar la sangre de otro ser humano también le proporcionaba un placer que era difícil de describir.

El olor metálico de ese líquido vital le despertaba un apetito insano. Era como si necesitase hacer incisiones en un ser vivo y observar cómo salía y empezaba a derramarse. Le gustaba, además, comprobar que tenía la propiedad de verterse de diferente manera según el lugar en el que provocases el corte. La yugular era tan espectacular… La sangre salía a borbotones, simbolizando el dominio de la muerte por encima de la vida. Las salpicaduras de un tajo rápido y preciso dibujan a su alrededor una obra de arte en la que se hablaba de la pasión de alguien capaz de cometer un crimen cruel y despiadado.

Desde que era muy pequeño, supo que dentro de él algo le hacía diferente de los demás. Lo había percibido de modo muy claro desde que tuvo uso de razón. No le interesaban los mismos juegos que a otros de edad similar a la suya. De hecho, no fue un crío con intereses en general, salvo el de contemplar el dolor. Era algo que le proporcionaba unas sensaciones que no podían compararse con nada más.

Recordaba muchas conversaciones de los adultos que estaban a su alrededor y de lo que decían sobre aquel crío de mirada oscura. Disfrutaba escuchando aquellos intercambios de palabras. Hubo ocasiones en las que, incluso, llegó a percibir el terror que le infundía a quienes le rodeaban, algo que siempre le había hecho sentir tremendamente poderoso. Era tan solo un crío y ya era capaz de infundir un respeto en los adultos que otros no podían ni siquiera soñar.

—Tiene una mirada tan siniestra… —dijo una profesora joven en el patio de recreo cuando él tan solo contaba cinco años. El temblor de su voz no hacía más que confirmar ese temor que albergaba su alma.

—No digas tonterías, es tan solo un crío pequeño —dijo otra mucho más mayor con disgusto—. De verdad, no entiendo qué os ha dado con este chico. Es diferente a otros, ya está. Pero no por eso tenemos que demonizarlo.

—Lo que tú digas, Madeleine, pero a mí me da escalofríos. Yo no me acerco a él ni con un palo.

En aquel instante, Taylor miró hacia donde estaba aquella maestra y sintió por sí mismo su miedo. Era una experiencia que rozaba lo paranormal, ya que tenía la sensación de que podía sentir en primera persona lo mismo que ella. Eso hizo que no pudiera reprimir una sonrisa malvada. Experimentaba sus escalofríos y cómo se le erizaba el vello de los brazos. Ella intentó sentirse mejor, rodeando su propio cuerpo en un abrazo protector. Pero no podía desprenderse de la sensación que le producía saber que aquel niño le clavaba sus ojos, atravesándola con ellos.

Era perfectamente consciente de que le generaba pavor. El crío siguió observándola con esa sonrisa, ahora de satisfacción, que hizo que se le pusiera la carne de gallina, como si la temperatura hubiese bajado varios grados. Acto seguido, se alejó de donde se encontraba el niño, tratando de huir de las sensaciones tan incómodas y apabullantes que su presencia le provocaba.

Taylor conoció en aquel instante, siendo sumamente pequeño, que podía ejercer influencia en los demás, que podía controlarlos a su antojo y hacer con ellos lo que le placiera. No necesitaba hacer

gran cosa. Solo con su mirada, les provocaba un malestar más que evidente. Aquel era un poder demasiado peligroso en manos de un niño que tenía la huella del mal en su ser.

No obstante, todo empezó mucho antes de ese instante.

Siendo apenas un bebé, ya la madre observó que su retoño parecía tener una fascinación fuera de lo común por los cuchillos. Al principio, trataba de negarse a sí misma las ideas que cruzaban su cabeza. Era tan solo un retoño recién llegado al mundo. Era imposible que aquel interés se debiera a algo oscuro. Pero llegó un momento en el que no podía eludir más lo que veía. Taylor buscaba el peligro de forma incesante, al igual que otros críos de edad similar caían rendidos por un dulce. Tenían que tener mil ojos puestos encima de él en todo momento. En cuanto se despistaban, lograba hacerse con lo que deseaba y, si tardaban en darse cuenta, podía hacer algo realmente malo.

Cuando comenzó a caminar, los peligros se multiplicaron de forma significativa, en especial para los animales de la casa. Al gato, por poner un ejemplo, le agarraba de la cola en cuanto se ponía a su alcance y tiraba de ella hasta que el pobre felino maullaba de dolor de forma desesperada. No tenía ni una sola idea buena. Hasta que, inevitablemente, tuvieron que deshacerse de los que sobrevivieron a sus fechorías.

Disfrutaba causándoles dolor de una forma inexplicable. Sus ojos oscuros como la noche, transmitían una sensación de disfrute que a su madre no se le escapaba. Holly se mostraba terriblemente preocupada y así se lo transmitía a su marido. No entendía qué le pasaba. Algo no estaba bien con su pequeño y debían buscar ayuda. Cuanto antes lo hicieran, sería mejor para todos.

—¿No te has fijado en que nunca llora?

—No digas tonterías, mujer. Claro que llora, lo que pasa que no lo hace por cualquier cosa como la mayoría de los niños de su edad. Es mucho más duro que otros. ¡Y menuda suerte que tenemos, por cierto! Imagínate lo que sería tener un hijo como tu sobrino, que se pasa llorando todo el día desde que se despierta hasta que se duerme. Yo no podría soportar algo así. Me gusta que nuestro chico sea tan fuerte, no como el blandito de su primo.

—Muchas veces llora cuando tu hijo le tira del pelo, o lo empuja sin motivo. No te olvides del día que le tiró por las escaleras. No mostró ni el menor remordimiento.

—Ya estás exagerando como haces siempre. Taylor era sumamente pequeño. ¿Acaso te crees que lo hizo de manera intencionada? Seguramente estarían jugando. Ese niño es muy torpe.

La actitud laxa de su marido solo lograba que Holly se preocupara todavía más, pues estaba sola para batallar con fuera lo que fuera que le ocurriese a su hijo. Su marido no quería ver que el pequeño Taylor no era como los demás, y no precisamente en el buen sentido de la palabra.

—No exagero, Gail. Sabes que lo que digo es cierto. Hay algo extraño en nuestro hijo y no sirve de nada mirar para otro lado. Yo desde luego no pienso hacerlo, me da igual si estás de acuerdo o no.

—Muy bien. Pues haz lo que creas. Y cuando los médicos te digan que no le pasa nada, espero que dejes el tema para siempre.

En algo tenía razón el padre. Lo cierto era que Taylor sí lloraba, pero esto sucedía especialmente cuando acudían a la iglesia. Allí se volvía insoportable, chillando como si le estuvieran haciendo daño, de una forma desesperada y desesperante para los que estaban allí con él. No pudieron sostener mucho aquella situación. La gente les miraba juzgándoles como padres, algo que Holly llevaba fatal, hasta el punto de que dejaron de ir como una familia cualquiera. Se vieron obligados a tomar la decisión de ir por separado si querían acudir a misa, circunstancia que Gail aprovechó en su favor. Nunca había sido demasiado de acudir a esos soporíferos rituales y su hijo le dio la excusa perfecta para dejar de hacerlo. Así que Taylor se convirtió en su mejor aliado.

Los domingos por la mañana era un tiempo que dedicaban a hacer cosas de chicos, como decía Gail. Desde muy temprano, le enseñó a utilizar todo tipo de herramientas, para lo que su hijo mostraba una destacada destreza. Aquello confirmaba lo que él creía: era un niño especial, pero no por lo que su mujer pensaba, sino por sus extraordinarias dotes para diversas actividades.

Las señales estuvieron ahí desde el principio.

No siempre las quisieron ver.

Y cuando la madre lo hacía, no tuvo el suficiente valor de emprender aquellas acciones que quizá podrían haber sido necesarias.

CAPÍTULO 2



Admiraba su obra con placer. Era algo magnífico que la sociedad no entendía, porque la mayoría no eran como él. No podía entretenerse demasiado. Los gritos de los cuatro miembros de la familia seguramente ya los hubiera escuchado alguien. Era una vivienda unifamiliar individual situada al final de una calle de un barrio residencial, pero no estaba demasiado lejos de la siguiente, aunque esta se hallaba deshabitada.

Mejor no tentar a la suerte.

Además, las llamas se estaban extendiendo con rapidez y ferocidad. Tendrían que verse ya desde bastante distancia. Lo más probable es que los servicios de emergencia ya hubieran avisado a los bomberos y estuvieran de camino. Correr riesgos innecesarios era una soberana estupidez. Sin embargo, le resultaba tan hipnótico el vaivén de las llamaradas, que parecía que algo le sujetara y le impidiese abandonar el lugar.

Unas sirenas se escucharon a lo lejos sacándole definitivamente de su estupor. Era la señal inequívoca de que debía irse a toda prisa. No podía perder ni un minuto más. Además, su traje ignífugo no le protegería de forma indefinida. Miró una última vez antes de irse. Se relamió y grabó aquella imagen en su mente. Seguían pidiéndole ayuda de manera inexplicable, pues había quedado claro que estaba allí para causarles la muerte con el mayor dolor posible. Extendían

sus manos hacia él, como si su verdugo pudiera convertirse también en su salvador de una forma milagrosa. ¡Qué estupidez!

Impensable.

Sus ojos se deleitaron en el baile de las llamas, en la visión de la piel que se derrite, en las bocas llenas de humo que se van quedando sin aire hasta asfixiarles. Apresó todos los detalles que pudo antes de abandonar la escena de su última obra, ni mucho menos la primera, pues tenía un largo historial desconocido por el resto de la humanidad.

Estaba hecho.

Satisfizo momentáneamente esa necesidad infame de muerte. Sabía que pronto sentiría nuevamente la llamada de la sangre, del fuego o de ambos. El dolor ajeno le resultaba altamente adictivo. Tal vez, la próxima ocasión fuera un cuchillo el que le deleitara desgarrando la carne, haciendo pedazos un cuerpo que dejaba de ser el hogar de un alma para convertirse en un montón de vísceras desvencijadas y repartidas aquí y allá.

Salió aprisa de la casa. Había sido imprudente al demorarse tanto, no solo por el hecho de que las sirenas sonaron al final demasiado cercanas, sino porque poco le había faltado para quedarse él mismo atrapado entre las llamas. El ruido de una viga desplomándose tras él así lo había dejado claro. Era hábil y sabía cómo escabullirse, pero no era infalible y pensarlo podría convertirse en un error fatal. Además, no tenía miedo, pero si no tenía más cuidado, podría acabar cometiendo imprudencias irreparables.

Subió a su moto y se alejó sin acelerar demasiado. No quería que el ruido del motor le delatara ni tampoco dejar rastros del neumático sobre el asfalto. Ascendió por una carretera sinuosa hasta un monte cercano desde donde podría apreciar con sus prismáticos las labores de rescate y el trabajo de los bomberos. Todavía podía disfrutar un poco más. Se lo merecía por el esfuerzo, el tiempo y los recursos que había dedicado.

Si la fortuna le sonreía, quizá pudiera ver a alguien más arder esa noche. El fuego le resultaba un medio útil y cómodo para ocultar sus huellas, pero disfrutaba más cuando eran sus propias manos las que arrebataban el último aliento de sus víctimas, cuando las tenía a

pocos centímetros y veía en sus ojos reflejada su propia imagen. Podría haberlo hecho así, una vez que logró encadenarlos aquella noche. Podría haberlos asesinado uno a uno, arrebatándoles lentamente la vida de múltiples formas. Sin embargo, le gustaba probar distintas experiencias y aquel día sintió la llamada del fuego de una forma tan clara que no pudo negarse.

La próxima vez, ya se vería.

El problema era que sus hambres crecían. Cada vez necesitaba más y eso entrañaba riesgos que tenía que calcular con precisión. Le gustaría poder extender ese placer, alargarlo en el tiempo, ver cómo iba creciendo el miedo poco a poco en sus víctimas, no durante horas, sino incluso días, sabedor de que él era el responsable de ese terror que, paso a paso, se hacía hueco en sus vidas hasta que estas se quedaban congeladas en un paréntesis del que no sabían salir por sí mismas.

Tendría que pensar en un plan maestro que le condujera un paso más allá. Por el momento, esa noche disfrutaría del candor de las llamas en la lejanía, de su forma de iluminar de forma terrorífica el cielo y de plagar el ambiente con las cenizas del dolor, del fracaso y de la muerte.

Al día siguiente, acudiría al trabajo como siempre y representaría su papel una vez más como jefe de cardiología del hospital más importante del estado.

CAPÍTULO 3



Antes de que sonase la alarma, ya se había despertado. Se levantó casi inmediatamente, sin permitirse la posibilidad de remolonear. Eso únicamente era un vicio y una debilidad a la que cedían seres inferiores. Él, desde luego, no era como el común de los mortales.

A pesar de que no había dormido demasiado, no se sentía cansado. Estaba más que acostumbrado a jornadas enteras sin pegar ojo haciendo guardias casi interminables. No solía precisar demasiadas horas de sueño para recuperarse. No le gustaba perder tiempo de su vida en ese estado de inconsciencia, salvo las horas imprescindibles para estar operativo al cien por cien.

Acudió al hospital con aspecto impecable. Sabía que causaba admiración entre muchos y envidia a otros tantos. Le gustaba esa sensación. También era consciente de que otros simplemente le detestaban porque lo consideraban altivo, prepotente y soberbio. Era lo que más disfrutaba, y lo cierto era que no les faltaba razón. Sabía ser embaucador cuando le interesaba, pero no se molestaba en cultivar sus relaciones sociales, salvo que sacase algún tipo de beneficio con ello. En líneas generales, despreciaba a la especie humana casi en su totalidad y únicamente los trataba en su favor y cuando precisaba conseguir algo.

Era lo más práctico, eso sin duda.

Si eligió ser médico, fue por motivos bastante sencillos y evidentes. Por un lado, desde muy pequeño fue consciente de que

era hábil utilizando todo tipo de herramientas. Sus dedos eran ágiles y precisos. Su padre no cesaba de admirar la destreza que demostraba incluso manipulando las cosas más pequeñas. Tenía un don para ello, era evidente.

Por otro lado, la medicina le proporcionaba un poder que no podría dárselo ninguna otra profesión. No solo era el respeto y la reputación que llevaba aparejadas si jugaba bien sus cartas y demostraba su valía. En sus manos tendría la opción de quitar una vida cuando se le antojase. Era una profesión que traía aparejada la posibilidad de sentirse un dios y demostrárselo al mundo. Sin embargo, también le gustaba el dinero y el estatus social que implicaba si hacías carrera dentro de la profesión.

Labrarse una buena fama era algo imprescindible. Hasta ese momento, lo había hecho realmente bien. Tanto era así que ningún paciente había muerto en su mesa de operaciones, así que su reconocimiento había crecido como la espuma, hasta convertirse en el jefe de cardiología antes de cumplir los cuarenta años, casi una heroicidad.

En cierta medida, había caído en su propia trampa, pues si alguien fallecía ahora cuando le operaba, seguramente revisarían lo sucedido de manera minuciosa, pues los errores no formaban parte de su historial. A veces, había tenido la incierta sensación de que algo dentro de él le advertía justo antes de hacer algo que podía comprometer una intervención quirúrgica. Era como una alerta dentro de él que le advertía justo antes de cometer una equivocación fatal. Dicha alerta le proporcionaba la opción de elegir si matar a su paciente o dejarle vivir.

Siempre elegía la segunda opción.

Esa era la única que le conducía a la gloria.

Entre otros motivos, fue por esto por lo que tuvo que buscar otras maneras de cubrir sus necesidades. Si para crecer dentro de su campo tenía que mantener un índice de supervivencia de sus pacientes perfecto o casi, entonces debía disfrutar de alternativas con las que ofrecerle su propio tributo al maligno y a la muerte.

Como jefe, por otra parte, era implacable. Todos en el hospital lo sabían y, aunque cualquiera que quisiera medrar dentro de

cardiología sabía que donde mejor estaría sería trabajando con el doctor Taylor Reid, tampoco desconocían que no iba a ser fácil y que encontrarían piedras en el camino que, por otra parte, les curtirían como cirujanos. Lo que seguro que no iban a encontrar a su lado era comprensión ni paños calientes. Era duro, directo y poco dado a emocionalidades. No toleraba el error y, por supuesto, no dudaba en dejarlo claro y humillar sin compasión a quien lo cometía.

En ocasiones, imaginaba el escándalo que supondría que averiguaran los crímenes que había cometido. Sospechaba que más de uno se quedaría paralizado por la sorpresa, horrorizado ante tamaño nivel de iniquidad, aunque también habría otros a los que no terminaría de sorprenderles. Estaba seguro de que mucha gente habría presentido el lado oscuro del doctor en más de una ocasión. Lo cierto era que tampoco se esforzaba demasiado en disimularlo. Sabía que había quienes confundían esa maldad intrínseca con una falta de empatía, pero en lo relativo a Taylor Reid, iba mucho más allá de no ponerse en la piel de otro ser humano. Dentro de él habitaba algo que residía cómodo en la negrura de su alma.

Ya antes de llegar a la pubertad, se había cobrado su primera víctima. Era tan solo un niño al que se le suponía la inocencia de la infancia y, por ello, costaba creer que fuera capaz de cometer las atrocidades que solo un monstruo sin atisbo de corazón podría llevar a cabo. Se libró precisamente por eso, porque nadie creyó que un niño de tan solo nueve años hubiera podido matar a otro de su colegio que, además, era mayor que él. Aquel crío cometió el terrible error de creer que podría meterse con él sin que aquello tuviera consecuencias.

Se equivocó.

Sin embargo, todos se convencieron de que había sido un accidente. Al hecho de que Taylor no derramase ni una lágrima ni demostrase el menor sentimiento por lo sucedido lo llamaron estado de *shock*. Su cerebro infantil no había podido procesar lo sucedido, por eso no parecía demostrar ni la menor emoción. Era la única explicación que les resultaba convincente a la mayor parte de los adultos que le conocían.

Pero su madre no compartía esa opinión.

Era su hijo y le amaba, pero su instinto le alertaba de que había algo en él que le diferenciaba de los demás.

Tampoco es que se creyera que había asesinado a aquel crío a sangre fría tirándole por aquel barranco cercano al pueblo. Eso implicaría que lo había seguido hasta allí, esperando la oportunidad de acabar con él. En su lugar, aceptó la versión oficial de que ambos estaban jugando cuando aquel pobre desgraciado cayó al vacío. Lo que sí sabía era que su hijo no estaba en estado de *shock*. A su pequeño no le había afectado aquello ni lo más mínimo. Mucho menos sentía ningún tipo de remordimiento.

Desde entonces, acumulaba una cantidad espantosa de muertes en su haber, cantidad que no cesaría de incrementarse hasta que lo detuvieran. No tenía ni la menor intención de parar. ¿Por qué hacerlo si disfrutaba tanto? Estaba en su naturaleza y bien le valía correr el riesgo a que le pillaran. Eso aportaba un extra de adrenalina que no hacía más que incrementar su gusto por lo que hacía.

Había algo maligno dentro de él.

Era innegable.

Lo sentía.

Lo sabía desde siempre.

Algo que cada vez le demandaba más.

Algo que lo dominaba por encima de su voluntad.

Cuando pasó por delante del mostrador de la planta en la que tenía su despacho, oyó cómo comentaban con espanto lo sucedido la noche anterior los empleados que estaban por allí. Reprimió una sonrisa satisfecha lo mejor que pudo. La situación le producía un grado de diversión adicional, saber que a sus compañeros les impactaba y conmocionaba de esa manera.

—Es espeluznante. Desde que lo he visto en las noticias, no he parado de pensar en ello. Las víctimas estaba cubiertas de gasolina. Las había rociado de tal manera que era imposible que escapasen a su destino —comentaba uno de los administrativos.

—Está claro que quería que ardiesen y que no tuvieran opción de salvarse —respondió una colega de Taylor.

—¿Salvarse? Era imposible. Estaban encadenadas por el cuello. No puedo ni imaginar el miedo que tuvieron que experimentar. ¿Qué

tipo de sádico hace algo así? Hay que ser extremadamente cruel —argumentó ahora el administrativo.

—Alguien que no es humano, porque de lo contrario, no puedo entender nada de nada —observó una de las enfermeras de la planta.

—¡Tiene que ser horrible! Imaginad por un momento lo que tiene que ser vivir algo semejante. Saber que te espera una muerte segura. Si tiras para liberarte, la cadena que tienes al cuello te ahoga, pero si no lo haces, te mata el fuego, bien sea asfixiado por inhalar el humo o por las quemaduras —explicaba la doctora conmocionada.

—No quiero ni pensarlo —aseveró otro enfermero.

—Dicen que los investigadores tienen trabajo para mucho tiempo. Los cuerpos deben haber quedado completamente carbonizados. —Era una de las celadoras la que hablaba en esa ocasión.

—Ojalá atrapen a ese malnacido. Él sí que debería arder en el infierno. No se merece menos —concluyó el administrativo.

Sintió una satisfacción deliciosa al percibir la repulsa que había generado su obra en otros. La sonrisa de su rostro se había instalado en él de manera inconsciente. Cerró la puerta de sus despacho. Necesitaba unos minutos para deleitarse en lo que acababa de escuchar.

Encendió el ordenador y buscó la información que pudo al respecto. Después borraría las *cookies* y el historial, así como cualquier cosa que pudiera denotar un especial interés por su parte en aquella noticia, aunque no dudaba de que no era el único que lo habría hecho aquel día.

Estaba por todas partes. Había suscitado gran interés, puesto que no había ni la menor duda de que el incendio había sido provocado y que la intención de quien lo hizo no era otra cosa que asesinar a los habitantes de la vivienda y causarle un dolor difícil de narrar.

Cuando satisfizo su curiosidad, cerró el ordenador. Dedicó unos minutos a relajarse, mientras revivía lo sucedido la noche anterior. ¡Había sido tan excitante! Le encantaría darle marcha atrás al reloj para poder vivirlo de nuevo.

Pero eso era un imposible.

Pronto necesitaría más de esa emoción.

Ahora tocaba centrarse en el trabajo. En poco más de una hora, tendría el corazón de un ser humano en sus manos y tendría que decidir si lo repararía o lo dejaría morir lentamente, viendo como los latidos se apagaban poco a poco.

CAPÍTULO 4



La sala de operaciones se encontraba a rebosar. Siempre había otro cardiólogo de refuerzo por lo que pudiera ocurrir, así como dos anestesistas, debido a un error detectado hace unos años en la sedación que le costó la vida a un paciente. Además, estaban presentes los miembros de todo el equipo de enfermería que hacían una labor encomiable en el quirófano.

Desde la grada, debido a que era un hospital universitario, muchos alumnos se agolpaban para ver al famoso doctor Reid operando en directo. Tenía fama de ser insoportable, pero también un prodigio de la cirugía cardiotorácica. Todos aquellos ojos sobre él no le suponían ni la más mínima presión. Destilaba tal seguridad en sí mismo y en sus habilidades, que nada ni nadie conseguían hacerlo dudar. Esa era, sin lugar a dudas, una de las ventajas de que la opinión de los demás le importase tan poco.

Había otro cirujano de su misma especialidad en el área de Washington que también tenía una gran fama. En más de una ocasión, se habían disputado algún premio del ámbito de la medicina, lo que había generado una encarnecida rivalidad entre ellos. Si Taylor no lo había quitado de en medio todavía, era porque podría resultar demasiado evidente. No tenía ni la menor intención de dirigir hacia él la atención de la policía como persona de interés en un crimen. Sería una estupidez de grado supino. Y era bastante claro que, en el caso de que el reputado doctor Smithers muriera de

forma violenta y sospechosa, muchas miradas podrían dirigirse hacia él.

Sus víctimas nada tenían que ver con su entorno. Esa constituía una máxima que había abrazado desde que a los nueve años acabase con la vida de aquel matón de tres al cuarto de su colegio. Aquel idiota se había metido con él porque lo consideraba débil. Creyó que podría amedrentarlo sin consecuencias.

Craso error.

Era pequeño y delgado, quizá bajito para su edad, pero contaba con algo que el otro no había tenido en cuenta. Por un lado, la incapacidad de sentir miedo. Por otro, la maldad intrínseca que albergaba en su interior, una necesidad de hacer daño a otros sin motivos y un deseo de causar el mayor dolor posible si se le presentaba la oportunidad. Por tanto, teniendo razones para herir a otro semejante, lo iba a disfrutar de una manera inimaginable.

Cuando empezó a meterse con él el día de autos, simuló estar aterrorizado y correr para intentar escapar de su asedio. Su acosador, se reía y le seguía a poca distancia, sin tener la menor idea de que lo estaba guiando hacia su final. Cuando estaban ya cerca del Barranco del Lobo, como así se conocía en el lugar, simuló tropezarse y caer al suelo, lo que le permitió coger una piedra grande con su mano derecha. La escondió bajo su cuerpo, mientras vigilaba por el rabillo del ojo como el otro se acercaba apretando el paso. Resultaba inconcebible e insólito que alguien de su edad tuviera una mente tan malévola y esa capacidad de planificación y, al mismo tiempo, de improvisación.

Nadie lo hubiera imaginado.

Su ingenua víctima tampoco lo hizo.

—Eres un enano y un imbécil. Te vas a enterar de lo que es bueno, cara de moco —gritaba, lleno de seguridad en sí mismo.

Cuando lo tuvo casi encima, Taylor se levantó a gran velocidad, algo que pilló de improviso a su atacante. Se encontraba casi al borde del precipicio. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, le golpeó con furia en la cabeza, concretamente en el lóbulo temporal, con la roca que había recogido estratégicamente. Aquel niño no podía creer lo que estaba sucediendo. Su boca se abrió de par en

par al sentir el impacto duro de aquella piedra en su sien. La sangre manaba de forma rabiosa. Su mano se tiñó de un color rojo intenso que simbolizaba el río de una vida que se escapaba sin remedio.

Taylor sonreía.

—¿Quién es el imbécil ahora? Te equivocaste conmigo y ahora lo vas a pagar. Despídete, "cara de moco" —le dijo con retintín, empleando el mismo insulto que el otro había usado con él.

Repitió el golpe, aprovechando la inestabilidad y la sorpresa del chico. Antes de que cayera al suelo, lo empujó con todas sus fuerzas y cayó sin la menor esperanza para él hacia el abismo que se abría delante de ellos. Taylor observó como se lanzaba al vacío, golpeándose en múltiples ocasiones con las rocas que sobresalían. Supuso que esos impactos taparían lo que él había hecho. Si no lo hacían, tendría que pensar cómo explicar lo sucedido para parecer totalmente inocente y convertirse él en la víctima ante los ojos del resto.

Venía la parte más difícil: disimular que, en lugar de disfrutar con lo sucedido, estaba consternado y muerto de miedo. Sabía que podía engañar a la mayoría, pero no a su madre, pues esta ya desde hacía mucho tiempo conocía la oscuridad que llenaba el alma de su pequeño. No hacía falta que ella lo dijera con palabras. Sus ojos hablaban alto y claro cuando le miraban.

Salió indemne de aquello, pero para Holly aquel hecho sirvió para que aumentaran sus sospechas sobre lo que su hijo podría ser capaz de hacer. Creer que había asesinado intencionadamente a otro niño era demasiado para una madre, pero estaba convencida de que en aquel lugar había sucedido algo de lo que posiblemente jamás conocerían la verdad.

Taylor fue consciente de que debía ocultarse de los ojos de su progenitora. Tal vez, por su seguridad, debía deshacerse de ella, en especial si intuía que podía convertirse en un obstáculo para él. Sin embargo, no podría hacerlo a corto plazo, pues ya había demasiados ojos mirándole en aquella época después de lo acontecido con el chaval que cayó por el Barranco del Lobo. Debía lograr desviar la atención sobre él, y la mejor forma de hacerlo era cumplir con lo que se esperaba que hiciera y portarse bien.

Aunque le costó y se sintió impaciente en más de una ocasión, logró que todos creyeran que había vuelto la normalidad a sus vidas.

La operación salió a pedir de boca. Los alumnos congregados allí tomaban nota de su modo de proceder ante las complicaciones que habían surgido durante el tiempo que habían estado en quirófano. Estaba claro que el aplomo del médico en las situaciones más complicadas era uno de los elementos clave para conseguir el éxito en las intervenciones quirúrgicas de mayor nivel de complejidad.

Taylor logró, una vez más, mantener a raya la tentación de dejar morir ese corazón. Por suerte, la prudencia era una de sus mejores cualidades. Sin ella, muchas veces se habría dejado llevar por sus malvados intereses.

Tenía demasiados testigos.

Ni siquiera él podría salir airoso.

CAPÍTULO 5



Regresó a casa después de una jornada eterna. Le había tocado hacer guardia y se sentía cansado. No le gustaba esa sensación. Le parecía una debilidad inaceptable. Era un sinónimo de falta de control, de que no era él quien llevaba el mando, sino un cuerpo frágil que se quejaba. No obstante, por mucho que su instinto le pidiera lo contrario, la razón le decía que le convenía descansar, pues suponía una garantía de estar en plenas facultades al día siguiente.

La parte buena era que tenía por delante un par de días libres para hacer lo que más le gustaba. El problema era que, después de lo sucedido en la casa del incendio, debía darse una tregua y asegurarse de que, bajo ningún concepto, la policía le consideraría como persona de interés en la investigación. Estaba siguiendo las noticias por si en estas se decía algo al respecto, pero la verdad era que parecía haber quedado rápido en un segundo plano.

En cuanto durmiera unas horas, saldría en busca de nuevos objetivos. Ahora no tenía nada concreto en mente. En la mayor parte de las ocasiones, sus víctimas potenciales se presentaban ante él sin apenas buscarlas, fruto de una caprichosa casualidad. Parecían cosas del destino, como si una fuerza superior las predestinara a llegar hasta él y , en consecuencia, convertirse en su siguiente objetivo.

Lo que estaba claro era que, quedándose en casa, no iba a encontrar lo que necesitaba. Aunque internet y sus servicios de citas

podrían convertirse en una herramienta de utilidad en algún momento, siempre y cuando no tuviera más remedio por falta de opciones, le parecían herramientas burdas y recursos demasiado fáciles que cualquier necio podía emplear. Pero no solo eso, además tenían un inconveniente claro. El problema inherente a las aplicaciones de citas era que dejaban un rastro en internet y era un aspecto a considerar y valorar debidamente.

Cuando despertó, se sintió reparado y con energías renovadas. Había dormido bien, sin despertares incómodos e inoportunos. Solía ser así. Quizá, su falta de conciencia le permitía que nada interrumpiera sus horas de sueño, puesto que rara vez se desvelaba en mitad de la noche. Además, su cuerpo y su mente parecían engranajes perfectamente lubricados y conectados, ya que solía dormir justo las horas necesarias para reponerse y encontrarse otra vez en perfectas condiciones.

Hizo su tabla de ejercicios matutinos que le servían para mantenerse en forma y fortalecer su sistema musquloesquelético. Combinaba ejercicios aeróbicos con entrenamiento de fuerza. Una vez finalizada la sesión, se metió en la ducha y dejó que el agua fría relajase sus trabajados músculos.

Mientras se preparaba el primer café de la mañana, pensaba en la intervención quirúrgica del día anterior. Alimentado por la admiración que le profesaron los asistentes a su última operación, su ego se vio enardecido todavía más. Era un dios en mitad de una masa de mediocridad. Cada día detestaba más la incompetencia y le costaba horrores reprimir exabruptos a la medida de la inutilidad observada en quien la hubiera cometido.

Sin lugar a dudas, se merecía encontrar un premio a su medida. Se merecía poder disfrutar de un desahogo, obtener la recompensa adecuada a un trabajo bien hecho. Había regalado tiempo de vida a un enfermo y ahora debía cobrar el peaje que eso implicaba. En cuanto terminó su desayuno, se arregló y se dispuso a salir a la calle con ánimos renovados. Se dirigió al centro de la ciudad. A esa hora, debía haber bastante bullicio. Metió su Bentley Continental GT convertible en un parking cercano y accedió por las escaleras a la calle.

Se sentó en una terraza del centro a tomar su segundo café del día, mientras veía pasar a los transeúntes. La mañana era tibia y luminosa. Había una suave brisa muy agradable. Enseguida salió un camarero joven, de poco más de veinte años, a tomarle nota. Le observó durante unos instantes mientras regresaba al interior del local, pero desechó convertirlo en un posible objetivo. No debía caer en la pereza y elegir al primero que se le presentara.

Pasaban los minutos y nadie parecía despertar su interés. Quizá aquel no fuera un buen día o, tal vez, su olfato de depredador insaciable estuviera adormecido. Sabía que no quería algo fácil, que en esta ocasión, necesitaba un plus, algo más complicado y que, a la vez, le proporcionase un placer mayor. Comenzaba a enfadarse, en parte consigo mismo por mostrarse tan impaciente, pero también porque no hubiera ningún tipo de señal que le guiara.

De pronto, sintió algo extraño dentro de él. Por un instante, dudó de si estaba sufriendo algún colapso o cualquier tipo de accidente cardiovascular. Era una sensación realmente extraña que no recordaba haber experimentado con anterioridad. Sentía una presión muy fuerte en su interior, pero era incapaz de determinar en qué parte concreta de su anatomía.

Gotas de un sudor frío perlaron su frente. Era demasiado soberbio como para pedir ayuda, salvo que esta fuera imprescindible. Comenzó a sentirse peor, con fuertes náuseas que parecían ponerle el estómago del revés. La situación era de lo más desagradable. Necesitaba salir de allí. No podía permitirse que nadie viera esas muestras de debilidad.

Se levantó y se dirigió al interior de la cafetería en busca de los aseos. Por desgracia para él, estaban más sucios de lo que había esperado, provocándole una repugnancia que no hizo otra cosa que agudizar sus síntomas. Se encerró en el cubículo que vio más limpio, aunque lejos de los estándares que a él le gustaría. No quiso ni valorar la cantidad de bacterias y otros agentes patógenos campaban a sus anchas en aquel lugar.

Todo indicaba que iba a vomitar. La sensación acuciante de que lo que había comido y bebido quería abrirse paso hacia el exterior era cada vez más claro. Repasó lo que había ingerido en las últimas

veinticuatro horas buscando sospechosos que pudieran provocarle esas desagradables molestias.

No halló explicación.

Su respiración estaba más agitada. Sus inspiraciones y espiraciones eran cortas y rápidas. Miró el *smartwatch* que llevaba en la muñeca y observó con preocupación que sus pulsaciones estaban subiendo de forma incomprensible. Su frecuencia cardiaca iba ascendiendo de forma vertiginosa.

Ochenta y nueve.

Noventa y cinco.

Ciento tres.

Ciento diez.

Ciento veinte.

Ciento cuarenta y siete.

Ciento sesenta y tres.

Respiró hondo. Debía tranquilizarse. Se estaba sugestionando y eso era lo que provocaba que los síntomas que experimentaba empeorasen. Era una retroalimentación negativa que debía detener.

De pronto, su vista se nubló. Tenía mala pinta. Quizá, por esta vez, lo más aconsejable fuera dejar su orgullo atrás y llamar a los servicios médicos. Se dio unos segundos más mientras procuraba tranquilizarse. Si la situación no cambiaba en pocos instantes, no le quedaría más opción que hacer esa llamada.

Uno.

Dos.

Tres.

Cuatro.

Empezaba a funcionar. Se notaba ligeramente más tranquilo. Poco a poco, iba remitiendo aquel cuadro de síntomas que había aparecido de forma inesperada y sin haber sentido ninguna señal de alarma previa. No podía desperdiciar sus valiosos dos días libres en acudir a hacerse un chequeo. Cuando regresara al hospital el jueves, le pediría a un colega de otra especialidad con el que tenía una relación aceptable y al que respetaba que le echara un vistazo, pero sin contarle nada más.

La información es poder y no tenía intención de dejarla en manos de cualquiera.

Cuando se sintió lo suficientemente recuperado, salió del servicio. Se lavó las manos y se mojó la cara y el pelo. El contacto del agua fresca en su piel le sentó bien.

Le gustase o no, quizá lo mejor ese día fuera regresar a casa y descansar. Tendría que posponer sus planes.

CAPÍTULO 6



Taylor entró en su casa apenas media hora después de lo sucedido. Se sentía frustrado, pero también preocupado por lo sucedido. Posiblemente no sería nada, pero no debería haberle pasado. Tenía buena salud y se cuidaba. Esa crisis que había pasado no era normal. No tenía explicación para ello y eso le cabreaba más de lo que quisiera. No obstante, tampoco pensaba darle más vueltas porque eso solo serviría para enajenarse más de lo que ya estaba. Sabía que nuestra psique puede ejercer un efecto poderoso sobre nuestro cuerpo. Si comenzaba a pensar que estaba enfermo, tal vez se convenciera tanto de ello que terminase por enfermar realmente.

No se lo podía permitir.

Se sentó en el enorme sofá de tres piezas que dominaba su salón. Delante de él, había una mesa de té de cristal de diseño ultramoderno. Enfrente se situaba el televisor de doscientas pulgadas de alta gama que ocupaba prácticamente toda la pared. Taylor Reid era un hombre de gustos caros y su meteórica y exitosa carrera en la medicina le permitía poder darse ese tipo de caprichos. Sus posesiones le reconfortaban. Por mucho que los demás dijeran que el dinero no daba la felicidad, él no compartía esa opinión, sino que le parecía más bien una forma burda de consuelo que utilizaban las personas con pocos recursos y menos ambiciones.

Durante unos minutos, no hizo otra cosa que navegar por el menú de su televisión, sin fijar la vista en nada, sin apenas reparar

en lo que estaba ojeando. Veía pasar las imágnes sin que estas significaran nada para él. Buscaba algo que le mantuviera entretenido, pero que no le hiciese pensar. Quería desconectar, relajarse en la medida de lo posible y tener unos momentos de calma.

Durante esos instantes en blanco, comenzó a gestarse una idea en su cabeza que podría satisfacer lo que buscaba en aquellos momentos. En el pasado, había leído muchos libros relacionados con los criminales más famosos, en especial con asesinos en serie. Le fascinaban aquellas lecturas. También había visionado incontables documentales de similar temática, programas que incluían, de forma habitual, información sobre la manera de trabajar de los cuerpos de seguridad. En parte, aquella formación autodidacta que había llevado a cabo era la que le estaba conduciendo al éxito y a que, en toda su vida, la policía no hubiera sospechado de su implicación en ninguno de los homicidios que había cometido.

Recordó un documental en concreto sobre un caso bastante siniestro que se grabó en su memoria, aunque ya hacía bastante tiempo que este había terminado por pasar a un segundo plano. La docuserie se llamaba "Los crímenes de Elm Street" y aquello despertó en él nuevas ideas que podría llevar a cabo. Le resultó curioso que justo se refiriesen a la calle en la que sucedían las famosas películas de la década de los ochenta de Freddy Krueger. Como al protagonista de esas obras de ficción, a él le gustaría convertirse en la peor pesadilla de una persona.

Le dio vueltas al caso que se relataba en el primer capítulo de la serie documental. Lo recodaba casi como si lo hubiera visto tan solo unas horas antes. Las posibilidades que aquello le podía proporcionar eran infinitas. Podría hacer realidad cualquier tipo de fantasía que hubiera tenido jamás. Sin embargo, requería de una planificación y un estudio más profundo que nada de lo que hubiera hecho hasta la fecha. Eso también le gustaba, pues solía disfrutar de los preparativos. Como decía Eduard Punset en uno de sus libros, la felicidad reside en la antesala de la felicidad.

Además, esa fase de inmersión en un proceso de investigación profunda, le daba la ventaja de proporcionarle un tiempo de

enfriamiento entre un crimen y el siguiente, lo que le ayudaría a no despertar el interés de la policía hacia su persona.

Algo se removió en su interior.

Se quedó paralizado.

¿Volvían a repetirse los síntomas?

Lo que experimentaba era verdaderamente desagradable.

Centró toda su atención a su cuerpo y a las sensaciones que se producían dentro de él.

No lograba hallar una explicación médica, y mucho menos científica, que se ajustara a lo que estaba sintiendo ese día. Tampoco encontraba cómo describirlo de manera precisa. Se concentró para poder detectar cualquier cambio que se produjera. Daba la impresión de que algo habitaba dentro de él, algo ajeno y extraño, como un invasor que procuraba conquistar un terreno empleando los medios que fueran necesarios.

Por un segundo, temió que los síntomas que surgieron unas horas antes volvieran a reproducirse en toda su extensión. Cerró los ojos y trató de analizar lo que sucedía en su cuerpo, la secuencia exacta de aparición de cada una de las sensaciones de aquel día y de cómo se habían desarrollado. Esa experiencia extraña era totalmente nueva para él. Era difícil de explicar con palabras. Estas se quedaban cortas. Una vez más, tenía la impresión de que había algo dentro de él que se movía, esa era la mejor explicación que podía encontrar.

No podía ser.

Eso no tenía ningún sentido.

Parecían desvaríos de un chalado.

Repitió las respiraciones profundas que le ayudaron a relajarse cuando se encontraba en el centro de la ciudad. Apagó la televisión, pues se había convertido en molesto ruido. Se tumbó en el sofá. Colocó una almohada bajo su cabeza. Cerró los ojos para aislarse de lo que había a su alrededor, para evitar que nada lograra distraerlo. Debía entrar en un estado de relajación que ahuyentara todo aquel cúmulo de síntomas que no correspondían a un cuadro clínico. Al menos, no a uno que él conociera.

Poco a poco, su cuerpo volvía a un estado basal normal. Le costó más tiempo del que supuso al principio, pero lo logró. Cuando

se sintió lo suficientemente relajado, se incorporó nuevamente y se levantó para salir al patio posterior de la casa. Sabía que posiblemente el resto del día se encontrase más alterado de lo habitual, pendiente aunque no lo quisiera de cualquier sensación no habitual que registrase en su cuerpo.

A pesar de que no tenía ni el menor apetito, se forzó a comer. Sentía debilidad y debía recuperar fuerzas, si es que era eso lo que le faltaba. Hasta eso le parecía extraño. Su naturaleza no era frágil, sino todo lo contrario. Toda su vida se había empeñado en cultivar su cuerpo para que este fuera fuerte, la base de una buena salud física, pero también mental.

Aunque le costó ingerir la comida, se obligó a hacerlo. Tomó una ración equilibrada de verduras, proteínas e hidratos. Añadió un puñado de frutos secos y semillas, para complementar el aporte de minerales que pudieran faltarle.

Confiaba en que todo aquello fuera pasajero y pronto regresase la normalidad.

MADISON



CAPÍTULO 7



Madison Turner era una madre de dos preciosos niños, Justin y Claire, a los que criaba en solitario después de que su marido, una fría mañana de enero, decidiera coger la puerta para no volver jamás. Desde aquel momento, le había hecho la guerra a los hombres, así en general y sin hacer distinción alguna, en el sentido de que no quería ver a ninguno de ellos a menos de cien metros y mucho menos tener una relación con uno. Por sus experiencias en la vida, nunca le habían aportado algo positivo, a pesar de que con Michael sintió que verdaderamente podrían tener una vida en común y tener una bonita familia.

Se equivocó.

Posiblemente fue cosa de la ingenuidad de la juventud.

Después de que nacieran los gemelos, tardó apenas unos meses en decidir que la paternidad le venía grande y que no soportaba tantas noches sin dormir. Todo un ejemplo de hombría y resistencia. Desde aquel momento, el contacto con sus hijos había sido testimonial, lo cual los críos habían asumido asombrosamente bien. A estas alturas de la vida, rara vez preguntaban por el hombre que les había proporcionado su apellido.

Quizá el problema fuera ella, puesto que algunas de sus amigas si parecían haber encontrado al compañero adecuado y parecían llevar una vida de ensueño que a Madison le costaba creer que fuera tal. Tanto amor eterno al más puro estilo Disney le chirriaba, pero no

sería ella quien se empeñara en desengañar a sus ilusionadas amigas. Además, hacía ya tiempo que apenas coincidían, puesto que las obligaciones del día a día lo hacían casi imposible.

Lo cierto era que, por esa y otras circunstancias, se convirtió en una mujer muy fuerte y luchadora. Hija única de una madre que quedó viuda bastante joven, había tenido un buen ejemplo en aquella mujer, la cual no ser rendía nunca y le había enseñado a luchar y creer siempre en sus posibilidades.

Precisamente era su madre la que solía ayudarla con los niños. Estos adoraban a su abuela y les encantaba pasar tiempo con ella. Era una referencia para ellos y disfrutaban muchísimo escuchando sus historias. Tenían una abuela muy divertida que siempre tenía alguna batallita que relatarles, ya fuera de miedo o de las que estás a punto de morirte de la risa.

—Mamá, no deberías contarles ese tipo de cuentos a los niños —la reprendía Madison.

—Bah, no digas bobadas, anda hija. Se lo pasan fenomenal —respondía invariablemente Rose con buen gesto y tono conciliador.

—Sí, estoy segura de que es así, pero luego soy yo la que se queda por la noche y aguanta sus pesadillas cuando les narras historias de terror.

—Bueno, yo no diría tanto como terror… En cualquier caso, ya sabes que, cuando quieras, puedes mandarlos a dormir conmigo, ya que no quieres que venga a quedarme con vosotros en vuestra casa.

—No es eso y lo sabes. Lo que no quiero es que te instales aquí para siempre, que me da en la nariz que son tus intenciones —argumentó, señalando con su dedo índice justo el lugar de la cara al que había hecho referencia—. Tenemos que salir adelante nosotros por nuestros medios. Además, a mi edad, te aseguro que lo que más me apetece no es precisamente volver a vivir con mi madre para que esta me controle como si todavía fuera una cría.

—Maddy, tranquila, que lo comprendo. Aun así, ya sabes que insisto por si te pillo en un momento de debilidad. Es lógico que esta pobre vieja solitaria intente colarse en la vida de su familia. ¿Qué me queda si no?

—¡Cómo te gusta hacerme chantaje emocional! —Rio ante las palabras de su madre—. Te quedan tus partidas con tus amigas y los viajes con la asociación, ¿te parece poco? Pero bueno, te permitiré que te hagas la víctima un rato si así te vas más contenta a casa.

—El caso es echarme. —La mujer puso los brazos en jarras fingiendo indignación—. Vale, hija, lo pillo. Me voy ya. Te recordaré tus palabras cuando me llames la próxima vez.

—Pues mañana mismo puedes hacerlo, porque tengo turno de tarde y necesito que te quedes con los niños.

—Y aquí está mi hija necesitándome otra vez, aunque mañana tampoco dudarás en enviarme a casa después de cenar, ¿a que sí?

Madison miró a su madre con ternura, pero también con una sonrisa asomando a su cara. Era una manipuladora de primera, pero era de las buenas, no de esas personas que intentan manejarte con intenciones espurias. Ella solo pretendía pasar más tiempo con la única familia que le quedaba.

—Pues mira, no. Mañana pensaba invitarte a que te quedes a dormir con nosotros. ¿A que no te lo esperabas? Además, como es viernes, veremos una película, comeremos pizza y palomitas y pasaremos una noche inolvidable. ¿Qué te parece el plan?

—Consultaré mi agenda, por si las chicas habían programado algo.

—Pero serás… —gruñó la mujer más joven, poniendo los ojos en blanco.

La madre se rio con ganas. Ese tipo de conversaciones eran un clásico entre ellas, puesto que se repetían bastante a menudo invariablemente con el mismo resultado.

—Bueno, bueno, si me lo pides así, lo cancelaré todo y me quedaré con vosotros. Pero que conste que lo hago solo por mis nietos, porque conmigo la noche les resultará mucho más divertida. En esta familia sé que soy imprescindible y debo asumirlo con humildad.

— Sí, sí, sobre todo con humildad. Por cierto…

—¿Qué?

—¿No te ibas? —le preguntó Madison con ironía y expresión de triunfo.

—Vale, vale. ¡Qué carácter!

La abuela levantó las manos en señal de rendición. Fue a darle un beso a sus nietos y a despedirse de ellos, cogió su abrigo y se marchó.

Madison se quedó con una sonrisa en su cara mientras observaba cómo su madre se metía en su coche y se alejaba. Se tenían la una a la otra. Había sido así desde que perdió a su padre. Tenía recuerdos muy borrosos de aquella época. Suponía que era debido a que su mente trataba de protegerla de aquellos momentos de tanto dolor.

Justo antes de darse la vuelta, le pareció ver una sombra entre los arbustos.

CAPÍTULO 8



Le costó levantar a los pequeños. Eran dos dormilones. Habían salido a ella, porque desde luego a Madison le encantaba dormir y solía hacerlo a pierna suelta, salvo esa noche. La preocupación por la sombra que le pareció que acechaba su casa se convirtió en una inquietud creciente. A pesar de que no quería darle vueltas, no pudo evitar que una y otra vez acudiera a su cabeza la idea de que alguien estaba vigilando su casa. Lo más seguro era que no tuviera ningún fundamento, pero las preocupaciones a veces son así de absurdas.

No obstante, hacía algo más de un año estuvo saliendo unas semanas con un tipo con quien no acabó demasiado bien. De hecho, ella decidió cortar la relación porque le parecía que era demasiado dominante y no quería a su lado a alguien con ese talante. Después de aquello, estuvo un tiempo acechándola y, en más de una ocasión, tuvo que llamar a la policía porque se plantaba de noche frente a su casa y se quedaba mirando hacia allí durante horas. No hacía nada más, pero su presencia la incomodaba y la hacía sentirse insegura.

Aquello había convertido a Madison en una persona un tanto paranoica, puesto que presentía la presencia de alguien acechando en momentos insospechados, cosa que poco después no le quedaba más remedio que convencerse de que no era así. De hecho, desde la última vez que habló con él la policía, no había vuelto a verle y, aun así, ella seguía viendo cosas donde no las había.

Aquella mañana ya amaneció cansada, pues no había tenido todas las horas de descanso que necesitaba, algo que no llevaba bien y sabía que hasta la noche no tendría posibilidad de dormir. Envidiaba a la gente que con solo unas pocas horas le resultaba suficiente. No era su caso. Ella necesitaba el estándar recomendado de ocho horas para estar a pleno rendimiento, algo que solía estar fuera de su alcance.

El día podía ser duro, pero no valía de nada anticiparlo. Más le valía dejarse llevar. Al fin y al cabo, cada uno de nosotros somos los únicos responsables de la actitud con la que afrontamos las circunstancias que nos tocan vivir cada día.

Efectivamente, apenas paró un momento. No tuvo tiempo de darle más vueltas a sus preocupaciones de la noche anterior. Sin embargo, y tal vez justo por ello, la jornada se le pasó volando. Cuando llegó a casa, notaba sus piernas y pies pesados y cansados. A falta de un masaje, le vendría bien tumbarse en la cama un rato para reponer fuerzas, pero sabía que ni una ni otra cosa iban a ser posibles. Por fortuna, su madre ya había bañado a los niños y la esperaban con la cena puesta en la mesa de la cocina. La bendijo interiormente por ello y fue consciente de la suerte que tenía por contar con su ayuda. Les pidió unos minutos más para ducharse. Necesitaba relajarse mínimamente y prometió no tardar demasiado.

Así lo hizo.

Cuando regresó unos minutos después, observó que sus pequeños ya no habían podido aguantar el hambre y le habían dado un par de bocados a sus bocadillos de dos pisos con pinta deliciosa que les había preparado la abuela. La situación le hizo gracia. Imaginaba que habrían tratado de esperar lo más posible, pero la impaciencia había ganado la batalla.

A pesar de todo, de los apuros económicos que pasaban a veces, de todas las horas que tenía que pasar fuera de casa trabajando, de muchas noches en vela cuidando de sus hijos porque estos se encontraban enfermos, se sentía tremendamente afortunada por la familia que tenía y por los maravillosos momentos que pasaban juntos. Era algo impagable.

El esfuerzo, sin duda, valía la pena.

Madison miraba divertida a la pequeña Claire, que se estaba poniendo perdida de *ketchup*, cuando algo detrás de ella llamó su atención. Por la ventana parecía reinar una oscuridad casi absoluta y, a pesar de ello, estaba casi convencida de haber percibido movimiento. ¿Eran otra vez sus obsesiones o tenía razón en esta ocasión?

Al fijar un poco más la vista, tuvo la impresión de que se encontraba allí la misma sombra que percibió la noche anterior. ¿Se estaba sugestionando o había algo de verdad en esa percepción? Salir a comprobarlo no se le antojaba la mejor opción. No obstante, prefería seguir alerta por si, llegado el momento, tenía que llamar a la policía.

Pero, ¿qué les iba a decir? ¿Qué creía haber visto algo que no podía concretar fuera de su casa? No la tomarían en serio, como era lógico. Y lo que todavía era peor, si posteriormente tenía que llamarles porque sucediera algo de verdad, cabía la posibilidad de que ya no la creyeran.

Su preocupación se traslució en su cara. Tal fue así, que Justin no puedo evitar sentir curiosidad.

—¿Pasa algo, mami?

Madison no respondió de momento. Parecía no haberlo escuchado, abstraída como estaba en sus cavilaciones. La abuela se giró en la misma dirección hacia donde estaba mirando su hija buscando aquello que captaba toda su atención.

—Mami. Mami —repitió otra vez el niño.

Entonces, ella se giró hacia el pequeño, como si acabara de oírle por primera vez.

—¿Qué quieres, hijo?

—Te preguntaba que si pasa algo, porque te has puesto muy seria de repente —le dijo, al tiempo que se relamía los labios cubiertos de mayonesa.

—No, cariño, no pasa nada. Tranquilo. Me había parecido ver algo ahí fuera, pero creo que ha sido el viento moviendo las hojas de los árboles y las de los arbustos.

—A mí también me pasa eso, mamá —señaló ahora Claire—. A veces, veo sombras en mi cuarto y creo que son monstruos.

Entonces enciendo la luz y desaparecen. ¿Quieres que encendamos la del porche? Seguro que así te quedas más tranquila.

—¿Sabes qué te digo? Me parece una excelente idea.

Se levantó y se dirigió hacia el lugar en el que estaba el interruptor que conectaba la iluminación del exterior de la vivienda. El porche se extendía por todo el frontal de la casa, donde daban la cocina y una ventana del salón.

Por un segundo dudó. Sintió un terrible miedo de que, al hacerlo, se confirmaran sus sospechas y hubiese alguien ahí acechando en la oscuridad.

Tomó aire.

Daba la impresión de que lo que estaba a punto de hacer fuera una tarea de extrema complejidad, cuando solo consistía en apretar un interruptor.

Miró otra vez hacia la oscuridad.

Dio la luz.

Sus miedos se desvanecieron.

Allí no había nadie.

CAPÍTULO 9



Sábado. Sin lugar a dudas, su día preferido de la semana. No tenían que madrugar ni ir a toda prisa de un lado para otro para llegar a todas las obligaciones que imponían las jornadas laborales. En su trabajo le ofrecían la posibilidad de hacer horas extra los fines de semana que estaban muy bien remuneradas, pero Madison tenía claro que valía mucho más poder pasar tiempo con sus hijos, aunque eso implicara más estrecheces.

Ese día, se levantarían sin prisa y aprovecharían el buen tiempo para ir a dar un paseo por la naturaleza. Era una actividad ideal para hacer en familia. Los niños disfrutaban de la libertad que les daba estar entre los árboles, y la madre descansaba de los ruidos y del ajetreo de la civilización. Le servía para desconectar de las preocupaciones y regresar a tiempos en los que la vida resultaba más sencilla.

Después de una larga caminata que llevaba hasta un arroyo, se sentaron a comer, Madison sintió que aquel momento era uno de esos que merece la pena guardar en tu memoria para siempre. Sentía que ser feliz, en verdad, podía ser algo muy simple y que nada tenía que ver con las posesiones materiales. Por suerte para ella, no necesitaba demasiado para sentirse satisfecha.

Cuando terminaron, pasaron un rato jugando y, cuando Madison se dio cuenta de que era más tarde de lo que pensaba, deshicieron

el camino hasta el *parking* en el que habían dejado estacionad el coche, a la entrada del parque natural.

En el camino de regreso, iban cantando canciones y hablando de las cosas que más habían disfrutado aquel día. Se les hizo muy corto y, antes de que pudieran darse cuenta, ya estaban en la calle en la que se encontraba su casa.

El tiempo, literalmente, había volado aquel día.

Cuando Madison aparcó junto a la acera que estaba delante de su vivienda, se dio cuenta de que la puerta principal de la casa estaba abierta de par en par. Los latidos de su corazón se aceleraron de forma incontrolable. Estaba segura de que había cerrado y echado la llave. No tenía sentido que ahora se encontrara abierta.

Barajó la posibilidad de que hubiera pasado por allí su madre, pero no era propio de ella hacerlo sabiendo que no estaban en casa, salvo que ella misma le pidiera que fuera por algún motivo, como por ejemplo, si tenía que ir el del seguro por una avería, tal y como había sucedido en alguna ocasión.

Pensó si era buena idea bajarse de coche. Quizá sería conveniente llamar a la policía primero y alertarles de lo que sucedía. No obstante, una vez más consideró que seguramente no era la mejor idea, puesto que no verían justificación para enviar a una patrulla hasta allí y argumentarían que lo más probable fuera que ella misma no habría cerrado bien antes de irse.

Pero estaba convencida de que no era así.

Lo que tenía bien claro era que no quería que sus niños entrasen en la vivienda hasta que estuviera totalmente segura de que no había nadie allí y de que no les acechaba ningún peligro. Debía protegerlos ante todo. Quedaba descartado que fuera el padre el responsable, ya que llevaba años sin tener el menor contacto con sus hijos. Sería toda una sorpresa que así fuera.

—Justin, Claire, quiero que me esperéis un momento en el coche. Voy a entrar en casa a ver una cosa y quiero que os quedéis aquí dentro con todas las puertas cerradas. No tardaré mucho.

—¿Pasa algo, mamá? —preguntó la cría, detectando la preocupación en el rostro de su madre.

—Nada, cariño. Es solo que quiero comprobar una cosa antes —le respondió, mostrando una sonrisa y procurando resultar convincente.

Dudó si dejarles el teléfono. Por un lado, si detectaba algo fuera de lugar, podría llamar para pedir auxilio inmediatamente. Por otro, si le pasaba algo, al menos sus pequeños tendrían la oportunidad de pedir ayuda. Pero, ¿cómo sabrían si debían hacerlo? ¿Cuánto tiempo les diría que esperasen antes de llamar a la policía?

Al final, decidió llevar consigo el teléfono y confiaba en tener la oportunidad de contactar con emergencias si era necesario.

Se apeó del vehículo y cerró la puerta de forma silenciosa. Se dirigió hacia la entrada de la casa. En el corto camino de acceso que había entre la acera y la puerta principal de la vivienda, no detectó ninguna anomalía. Ni huellas, ni rastros visibles, ni hierba aplastada ni cualquier otro indicio de que alguien hubiera estado allí. Claro que tampoco ella era ninguna experta para asegurar que no había nada fuera de lugar.

La negrura que se percibía en el espacio abierto le puso los pelos de punta. Era su casa y, a pesar de ello, parecía un lugar amenazante, como una boca oscura que quería tragarla a su interior. Se hizo consciente del poder que la sugestión estaba ejerciendo sobre ella en aquel instante y trató de ser más racional. Tener la cabeza fría era lo más inteligente, pero no por ello lo más fácil.

Antes de acceder a la casa, se giró para comprobar que seguían sus hijos en el coche y que no la habían desobedecido. No los distinguía con claridad, pero sí le pareció ver sus dos siluetas. Tendría que bastarle, pues la otra opción sería regresar otra vez hasta allí y comprobarlo debidamente. Debía entrar cuanto antes y terminar con aquello lo más rápido posible.

La siguiente decisión que tuvo que tomar era si le convenía o no encender la luz. Si lo hacía, alertaría al presunto intruso y podría darle ventaja. Al mismo tiempo, eso podría servir para que saliera de la casa, si es que seguía dentro.

Resultaba increíble que decisiones habitualmente tan simples que casi se hacen de forma automática, resultasen ahora tan difíciles de

tomar. Finalmente, entró alumbrada únicamente con la linterna de su móvil.

Exploró someramente el pequeño recibidor en el que únicamente había una percha para los abrigos y un pequeño mueble con un espejo y varios cajones para guardar llaves y otros utensilios.

Nada.

A continuación, pasó a la cocina, la cual se encontraba a su derecha. Tampoco había nadie allí. Abrió el cajón de los cubiertos y sacó un cuchillo grande y afilado. Miró por la misma ventana por la que la noche anterior percibió una presencia y observó su coche. Los niños seguían allí.

Respiró aliviada.

Ahora se dirigió al salón. Sus pasos eran como si caminase sobre nubes, silenciosos y ligeros. Recorrió la estancia con sus ojos siguiendo el leve haz de luz que le proporcionaba su teléfono. Escuchaba los latidos de su corazón con absoluta claridad en sus oídos. El miedo colonizaba todo su cuerpo. Notó que la mano que sostenía el cuchillo temblaba ligeramente. ¿Qué sucedería si apareciese el intruso delante de ella? ¿Sería capaz de defenderse?

Se movió hacia la parte de atrás del sofá. Podría perfectamente haber escondida allí una persona, parapetada tras el respaldo. Dio un paso, y otro más. Estaba a solo uno más de ver lo que había detrás. Apretó la empuñadura del cuchillo y avanzó.

CAPÍTULO 10



Los niños aguardaban en el coche. Les resultaba muy extraño que su madre les dejase allí dentro, sobre todo porque no era nada habitual en ella hacer algo así. Muchas veces le habían oído hablar con su abuela y decirle que no entendía por qué la gente dejaba a los niños dentro de los vehículos cuando iban a comprar o cualquier otra cosa, pues era algo muy peligroso. Contaba que, incluso en alguna ocasión, se habían encontrado a algunos muertos por el calor y otras cosas que no recordaban en aquel momento. Se suponía, por lo que ellos entendían con su mente infantil, que eso lo hacían las madres que no querían demasiado a sus hijos.

—¿No te parece muy raro que mamá nos dejé aquí dentro? —le preguntó Claire a su hermano mirándole en mitad de la oscuridad. La luz de las farolas era demasiado tenue y no servía para iluminar demasiado bien el interior del coche.

—Sí, me parece que es muy pero que muy raro —respondió, alargando la o de la última palabra—. No lo había hecho nunca antes.

Los dos críos miraron hacia la casa. Estaba todo oscuro. De pronto, observaron como si hubiera una luz débil dentro de la casa, justo en el lado en el que se encontraba la cocina. Luego la luz se desplazó por el interior, moviéndose de forma lenta.

—¿Tú crees que hay alguien dentro? —preguntó la niña con temor.

Justin no sabía qué contestar. A pesar de que ambos eran de la misma edad, ya que eran gemelos, se sentía responsable de los dos, como si fuera el hermano mayor que tuviera que protegerla. Por otro lado, desde que eran muy pequeños, Justin se había mostrado más seguro de sí mismo y, con los años, seguía siendo así. Por eso, Claire acudía a él cuando algo le preocupaba o tenía miedo.

—Seguro que no hay nadie, Claire. Ya sabes que las mamás suelen preocuparse mucho. Es lo que hacen todo el tiempo.

—Sí, es verdad. Mamá se preocupa por muchas cosas siempre, ¿a qué sí?

—Buff, todo el rato —respondió el crío, poniendo los ojos en blanco.

—Pero aun así, Justin, puede que esta vez sea diferente.

—¿Por qué dices eso?

—Porque creo que mamá tenía mucho miedo cuando ha bajado del coche. ¿No te has fijado en su cara? Yo diría que estaba aterrorizada.

—No digas tonterías. Mamá nunca tiene miedo. Es supervaliente, ya deberías saberlo.

—Claro que lo sé, tonto. Pero ser valiente no significa que nunca tengas miedo.

—Claro que significa justo eso. Los miedosos son cobardes.

La niña pareció dudar. El razonamiento de su hermano tenía pinta de ser incontestable. Pero, de todos modos, estaba convencida de que su madre estaba asustada. Lo había visto en su rostro con total nitidez. Incluso le dio la impresión de que le temblaba un poco la voz.

—Yo, a veces, tengo miedo y no creo que por eso sea cobarde —replicó la niña.

—Claire, tú siempre tienes miedo de todo.

—¡No es verdad! Yo también sé ser muy valiente y cuando quieras te lo demuestro.

—Vale, vale, no te pongas así.

Ambos siguieron observando por la ventanilla en dirección a su casa. Estaban deseando que su madre saliese sana y salva de la

viviend. Además, se encontraban cansados de estar todo el día por ahí y querían tumbarse un rato a ver los dibujos en la televisión.

Siguieron con la vista los destellos de luz que detectaban a través de las ventanas moviéndose por el interior de la vivienda. De ese modo, trataba de imaginar dónde se encontraba en cada momento.

—Creo que mamá ya ha subido a la planta de arriba. Ojalá no tarde ya en bajar y venga a buscarnos. Estoy muy cansada y tengo hambre.

—No ha subido a la planta de arriba.

—Sí, sí lo ha hecho. Acabó de ver cómo se movía la cortina de mi habitación.

—Pues yo acabo de ver cómo se movía la luz por el salón, así que es imposible que ya esté arriba. Además, yo no veo nada. Te lo has inventado.

—No me lo he inventado. Sé lo que he visto. ¿Por qué nunca me crees?

—Porque eres una mentirosa y te inventas las cosas.

—Eso no es verdad. Tú sí que eres un mentiroso.

—No lo soy. Seguro que la cortina se ha movido porque a ti se te olvidó cerrar la ventana. Siempre te lo tiene que recordar mamá.

Los críos empezaron a pelearse, tal y como es frecuente entre hermanos de la misma edad. Eso les distrajo de lo que sucedía a su alrededor y los libró del miedo por un rato.

CAPÍTULO 11



Dentro de la vivienda, Madison seguía tratando de averiguar si alguien había accedido a su casa en su ausencia. Subió los escalones con sumo cuidado, procurando no hacer ningún ruido, algo que se tornó imposible cuando crujió la madera del quinto escalón.

Se detuvo un segundo, intentando averiguar si había algún sonido fuera de lugar. Como no escuchó nada, siguió subiendo. Cuando comprobó que no había nada extraño en las tres habitaciones superiores, encendió las luces de la planta superior y bajó a la de abajo para hacer lo mismo.

No había nadie.

La puerta del sótano y la de la buhardilla estaban cerradas, así que aquella opción quedaba descartada. Se sintió aliviada, aunque no totalmente, pues aquello no explicaba el motivo por el que se habían encontrado la puerta principal abierta.

Corrió a por sus pequeños. Debían estar preguntándose qué andaba haciendo su madre. Una vez que estuvieran dentro, ya tendría tiempo de comprobar si había accedido algún ladrón aprovechando que estaban fuera para robarles. Resultaba tan extraño.

Ahora eso no era lo más importante.

—Vamos chicos, hora de bañarse —les dijo como si tal cosa nada más abrir la puerta de coche.

—No, no me apetece. Quiero ver los dibujos —se quejó Claire.

—Luego, señorita. Pero primero a bañarse. Sabe que eso no es negociable.

—Joooooo —protestó la niña de forma inútil, pues sabía que no se saldría con la suya. Madison obvió su protesta y continuó desabrochando sus cinturones de seguridad.

—¿Qué pasaba, mamá? —preguntó Justin, quien estaba intranquilo por lo que había sucedido.

—Nada, cariño. Tranquilo. Está todo bien. No hay de qué preocuparse.

—Ya soy mayor, puedes decírmelo.

No, lo cierto es que estaba lejos de ser mayor, por mucho que él a sus nueve años pensara que ya era lo suficientemente grande como para que los adultos compartiesen con él sus preocupaciones.

Madison decidió contarle una versión edulcorada de las preocupaciones que había tenido cuando, al aparcar el coche frente a la casa, había visto la puerta principal abierta. Al fin y al cabo, alguna explicación debía darles para su conducta de esa noche.

—Pues parece ser que esta mañana se me olvidó cerrar bien la puerta y me he asustado pensando que, tal vez, se había metido alguien en nuestra casa, pero ya he comprobado que me equivocaba, así que podéis estar tranquilos.

—Pero yo te vi cerrar la puerta, estoy seguro. Le diste dos vueltas a la llave.

Ella también estaba segura de haberlo hecho, pero el estado en el que se encontraba cuando llegaron y comprobar que no había nadie dentro y que tampoco parecía faltar nada, desmentía esa posibilidad. ¿Cómo iba a haberse abierto la puerta sin más si de verdad la había candado con llave? Esa no era una opción viable.

—Pues se ve que nos equivocamos los dos, peque. De lo contrario, es imposible que estuviera abierta cuando hemos llegado.

—Tiene que haber alguna explicación, mamá, porque en serio te digo que estoy totalmente seguro de que te vi cerrarla bien.

—Olvídalo ya, ¿vale? Venga, es tarde y todavía tenemos que pasar por la ducha y cenar.

Justin no insistió, pero eso no era sinónimo de que no siguiera pensando en el tema. Sabía lo que había visto esa mañana. Su madre cerró con llave. Ahora le daba miedo entrar en casa. Por mucho que le dijera que no había nada que temer, él no pensaba lo mismo. Era realmente muy extraño que le puerta estuviera abierta cuando llegaron. Algo tenía que haber sucedido para que estuviera así. ¿Cómo era posible que su madre estuviese ahora tan tranquila? No se lo tragaba.

Decidió que, mientras su madre ayudaba con el baño a su hermana, él investigaría y revisaría hasta el último rincón de la casa. Cuando entraron en su hogar, le dijo a su madre que no le importaba cederle el turno a Claire, algo nada habitual, pues solía ser motivo de pelea entre los hermanos. Madison le miró extrañada, pero lo dejó estar. Era absurdo cuestionar esa decisión y perder el tiempo con algo que no merecía la pena.

Justin consideró que tendría que darse prisa en mirar bien por todos lados en busca del posible intruso. No se paró a pensar en qué haría si lo encontraba. ¿Se enfrentaría a él? ¿Gritaría? ¿Saldría corriendo sin más?

Después de recorrer todas las habitaciones con las luces encendidas, no halló nada sospechoso. A pesar de todo, el miedo no le abandonaba y sentía que alguien estaba en su casa. Ahora que era incluso más consciente de lo que eso significaba, sintió un miedo aterrador. Lo más seguro es que fuera una mala persona que quería causarles algún tipo de daño. Corrió hacia el baño en el que estaban su hermana y su madre. Claire estaba terminando de ponerse el pijama cuando él llegó.

—Justo a tiempo, Justin. ¿Has traído el pijama?

—No, se me ha olvidado.

—Pues ve a por él.

El crío se quedó quieto, paralizado por el temor que le producía ahora ir solo a su habitación, después de haber recorrido toda la casa minutos antes. Ahora era más consciente del peligro que

suponía que alguien estuviera en su casa. Podría herirles a los tres. Podría incluso matarlos.

Un escalofrío le recorrió la columna vertebral.

—Justin, ¿me has oído?

—Me da miedo, mamá.

Madison miró a su hijo de manera comprensiva. Era lógico que se sintiese así después de lo sucedido. No tenía ni la menor idea de que el crío había estado recorriendo casi cada rincón tan solo unos minutos antes. De haberlo sabido, no habría reaccionado de forma tan magnánima teniendo en cuenta la contradicción que suponía la conducta actual del pequeño.

—Está bien. Quédate aquí con tu hermana. Voy a buscarlo.

Se quedaron los dos niños en el baño a la espera de que regresara su madre. Tardó poco más de un minuto en estar de vuelta.

—¿Ves como no pasa nada, cariño? Todo ha sido una falsa alarma —comentó para tranquilizarlo e intentando creerlo ella misma.

Pero no podía.

La inquietud se había instalado en su interior y se negaba a irse sin más. No tenía una explicación racional que justificase que encontrasen la puerta principal abierta a su regreso. Alguien tendría que ser responsable de aquello, pero no se le ocurría quién. Pensándolo bien, esa idea también le pareció una auténtica bobada. ¿Quién querría hacerles daño? ¿Quién querría robar en esa vivienda? Si alguien tenía esa intención, desde luego se iba a marchar con las manos casi vacías, pues no tenían apenas nada de valor.

Después del baño, cenaron los tres juntos en la cocina. Tuvieron una conversación amena y animada. Cuando recogieron todo entre los tres, fueron a ver un rato la televisión. El cansancio de todo el día motivó que los gemelos cayeran rendidos y se durmieran a los pocos minutos.

Era hora de acostarse.

Tratar de aguantar más tiempo despierta no tenía ni el menor sentido. Bastante cansancio de toda la semana acumulaba ya.

CAPÍTULO 12



A las tres de la mañana la despertó el sonido de un fuerte golpe. Se incorporó en la cama, en tensión, intentando buscar una explicación a aquel ruido tan fuera de lugar en mitad del silencio de la noche. Aguzó sus oídos y prestó atención por si se detectaba algo anómalo.

Nada.

Esperó alerta por si volvía a repetirse aquel estruendo. Estaba claro que se había terminado lo de dormir aquella noche. Por mucho que lo intentase, estaba convencida de que ya no sería capaz de volver a conciliar el sueño. Permaneció a oscuras unos instantes más, escuchando. Ojalá los latidos de su corazón no golpeasen tan fuerte. Parecían dispuestos a cobrar todo el protagonismo en aquel instante.

Divagó unos segundos, pensando si era buena idea encender la luz. Lo más probable es que se hubiera caído algo, quizá en la cocina. Tal vez la sartén había quedado mal apoyada en el escurridor y había terminado por resbalarse. No era la primera vez que algo así pasaba y se llevaba un susto de muerte. En mitad de la noche, cualquier sonido adquiere una resonancia espectral.

El problema en aquel momento es que ese día no era otro cualquiera, sino el que se había encontrado la puerta de su casa abierta al llegar, un hecho que la había llenado de incertidumbre y, por qué negarlo, de miedo. Esa sensación no se había disipado.

Finalmente, se bajó de la cama, se puso las zapatillas de estar en casa y se levantó. Cogió el móvil de la mesilla y pensó en qué más podría llevar para defenderse si alguien había entrado en su casa. No encontró nada en su habitación que le sirviera. Pensó en ir a la de Justin y coger su bate de béisbol, pero no quería despertarle.

Justo al pensar en su hijo, se despertó su instinto de protección y lo primero que hizo fue dirigirse a las habitaciones de sus pequeños para comprobar que estaban bien. La preocupación hizo que los pocos metros que separaban su dormitorio de los de ellos le parecieran casi insalvables. Sin duda, la sugestión que se había instalado en ella cuando llegaron a casa después de la excursión por el campo se negaba a abandonarla.

Entró primero en la de la niña, pues es la que le quedaba más cerca y, acto seguido, en la del crío. Para su tranquilidad, ambos dormían plácidamente. Nada había perturbado la paz de su descanso. Ojalá siguieran así hasta la mañana siguiente.

Se detuvo más tiempo en la habitación del niño. Miró en derredor en busca del bate. Por la ventana, se colaba la luz de la luna que, con la forma de los visillos, llenaba la estancia de un baile de sombras. Después de recorrer con la vista un par de veces toda la sala, por fin sus ojos localizaron lo que buscaban.

Pasó su móvil a la mano izquierda y, con la derecha, sujetó la madera. Se dio cuenta de que no era una buena idea. Si necesitaba usarlo, sería preciso usar ambos brazos, así que guardó el teléfono en el bolsillo de su pijama.

Salió al pasillo y cerró la puerta de la habitación de Justin. Justo cuando iba a bajar las escaleras, se detuvo. Pensó en que no había revisado la buhardilla, puesto que esta llevaba mucho tiempo cerrada y la trampilla estaba atascada. Se situó debajo y se puso de puntillas tratando de alcanzar la argolla, pero no tuvo éxito. Decidió tomar una silla para poder alcanzarla con mayor facilidad.

Aquella habitación le daba pánico.

Pero no era momento de dejarse vencer por lo que le atormentaba desde que era una niña.

Una vez subida en la silla, no tuvo problemas en agarrar la escurridiza argolla. Tiró con fuerza, pero para su alivio, seguía

atrancada. Nadie habría podido subir ahí. Además, no tuvo la impresión de que aquel fuerte sonido proviniese de arriba, sino más bien de la planta baja.

Con alivio, y quizá demasiada rapidez, descartó la idea de que un intruso estaba en la buhardilla.

Colocó nuevamente la silla en su sitio y se dirigió a las escaleras. Se aseguró de que su móvil siguiese en su bolsillo. Si lo necesitaba, tenía que estar segura de poder echar mano de él con rapidez. Sujetó el bate con ambas manos y bajó despacio por la escalera, procurando no hacer ni el menor ruido. Le pareció casi surrealista el hecho de que estuviera repitiendo las mismas acciones pero a la inversa que cuando regresaron a su hogar unas horas antes. Era una situación angustiosa.

Llegó al salón. Una vez más, recorrió despacio y con sigilo la estancia, buscando algo fuera de lugar. Los nervios que sentía provocaron que sus manos sudasen profusamente, lo que hacía que el agarre del bate no fuera tan firme, puesto que parecía que se le escurría por momentos. Sus ojos trataban de acostumbrarse a la oscuridad reinante, de modo que lograsen captar la máxima información en esas condiciones.

Sus nervios no paraban de crecer, a pesar de que no había vuelto a oír ninguna vez más aquel ruido estruendoso y amenazante que la despertó unos minutos atrás. Empezaba a pensar que solo había sido una pesadilla, una que había parecido muy real, tanto que, incluso, se había despertado sobresaltada.

¿Y si todo estaba en su mente?

La sombra de la noche anterior.

La puerta abierta al llegar.

El sonido brusco que la había despertado.

Si aquel ruido espantoso solo se había producido dentro de su cabeza, todo lo que estaba haciendo desde que se desveló resultaba del todo absurdo. En cualquier caso, ante la falta de certezas, continuó avanzando para intentar averiguar si había algún extraño en su casa. Ya que no iba a pegar ojo esa noche, mejor asegurarse.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó, casi sin ser plenamente consciente de que lo hacía. Era como si su cerebro hubiera dado la

orden desde la parte en la que reside nuestro subconsciente, tal vez porque pensase que era la forma más rápida de resolver aquel embrollo.

El silencio la respondió.

Evidentemente, nadie iba a responder a esa cuestión. Si una persona permanecía agazapada y oculta en su hogar no iba a descubrir su presencia de una forma tan inocente y pueril.

El miedo nos hace cometer estupideces.

Entonces, algo pareció congelarle la sangre a Madison.

La puerta de la entrada volvía a estar abierta de par en par.

TAYLOR



CAPÍTULO 13



Después de una noche de descanso reparador, Taylor se sintió plenamente recuperado. Esta vez sí. Sin embargo, aquel día era una de esas escasas ocasiones en las que podía recordar algo de lo que había soñado mientras dormía. Concretamente, durante su período de inconsciencia su mente le recordaba imágenes de una casa que vigilaba de su exterior, aunque estaba seguro de no haber estado nunca allí. Dentro de la vivienda, había una presencia extraña y poderosa que le atraía pero que, a la vez, le repelía de forma inexplicable.

Los sueños, sueños son.

No trató de interpretarlos.

Tampoco le dio ni la menor importancia a aquello.

Decidió entrenarse, así que salió a correr sus diez kilómetros habituales y realizó una tabla de ejercicios de fuerza a su regreso. Una vez finalizado, se metió en la ducha, usando el agua fría para relajar su musculatura tras el esfuerzo. Su cuerpo, débil el día de antes con aquellos inexplicables síntomas, parecía estar por fin absolutamente recuperado. Después, se preparó un desayuno completo para reponer los electrolitos perdidos y cargarse de energía. Se encontraba hambriento.

Las malas sensaciones del día anterior parecían ahora solo un mal recuerdo. Barajó la posibilidad de hacerse un chequeo, tal y como había pensado mientras los experimentaba, pero finalmente lo

descartó. No era capaz de encontrar una explicación satisfactoria a aquel malestar tan incapacitante, pero no merecía la pena quedarse anclado en esas sensaciones cuando las del nuevo día eran tan buenas.

Tal vez, simple y llanamente, había sido un colapso, una llamada de atención de su cuerpo que le decía que le estaba llevando demasiado al límite, no solo en su trabajo, sino también por esas actividades extracurriculares que llevaba a cabo y que le proporcionaba ese chute de adrenalina. Le resultaban muy gratificantes, era innegable, pero también suponían una dosis extra de estrés.

Más le valía tenerlo en cuenta.

Esa teoría no parecía suficiente por sí sola, considerando los síntomas que tuvo, pero tendría que bastarle por el momento. Permanecería atento en los próximos días a las reacciones de su cuerpo para estudiar si se repetía otro episodio como aquel o se desataba cualquier otra alerta que debiera ser atendida. En ese caso, tomaría las medidas oportunas.

Era su segundo día libre consecutivo. El primero lo había desaprovechado por esa debilidad sobrevenida. No iba a desperdiciar el tiempo que le quedaba hasta reincorporarse a sus obligaciones laborales. No era lo más habitual disfrutar de dos días seguidos de descanso, motivo adicional para aprovecharlo al máximo.

En más de una ocasión, había acumulado horas extra y guardias para poder juntar días y así dedicar tiempo a hacer aquellas cosas que le gustaban, es decir, aterrorizar a la gente, verlos sufrir y acabar asesinándolos. En esta ocasión ese no sería el caso. Era demasiado pronto. Debía permanecer por un tiempo en la fase de análisis y de búsqueda. Los preliminares también podían resultar gratificantes.

Alguna vez había intentado satisfacer esas necesidades tan primarias viendo películas Gore, pero le había resultado totalmente insuficiente ese disfrute vicario. No había nacido para disfrutar de algo en segunda persona, sino que necesitaba vivirlo en sus carnes. Se dio cuenta en esas ocasiones de que no era capaz de reproducir las sensaciones que le proporcionaba la experiencia en directo, ser él

la mano ejecutora que causaba un dolor y un daño indecibles. No obstante, era mejor que nada y tendría que conformarse con ello por una temporada.

Debido a que su vida social se reducía a prácticamente cero, no tenía planeado ver a nadie conocido aquel día. Aprovechando el buen tiempo, saldría a pasear por la naturaleza, con calma, sin prisas, solo por el hecho de relajarse y respirar aire puro. Al regresar, pasaría por el supermercado para comprar algunas cosas que necesitaba, entre otras, fruta fresca, ya que prefería elegirla él. No se fiaba de lo que le mandaban cuando hacía los pedidos online, puesto que en no pocas ocasiones le había llegado en mal estado.

Cuando llegó a una de las zonas de aparcamiento del parque natural, algo llamó poderosamente su atención. No solo eso, sino que tuvo la impresión de que algo por encima de él le marcaba el camino que debía seguir a partir de ese instante. Poco a poco, una idea fue gestándose en su cabeza. Era alocada e imprudente, pero tenía una poderosa atracción. De manera rápida, se formó un plan que tendría que ir definiendo paso a paso, pero que requería de una acción inmediata. Además, era viable que encajase con aquella idea loca que llevaba unos días macerando.

Permaneció junto a su coche. Abrió el maletero para coger la pequeña mochila que había preparado antes de salir de casa, por si, al final, decidía alargar su excursión aquel día, cosa que cada vez parecía menos probable. Sin quitarle el ojo a su objetivo, tomó también la pequeña bolsa que escondía en el segundo fondo del maletero en el que guardaba las herramientas del coche. Ahí almacenaba sus utensilios primordiales para ejecutar sus fechorías.

Se armó de paciencia y se entretuvo cambiándose el calzado, al tiempo que observaba con detenimiento todo lo que había a su alrededor, empapándose de cada detalle que pudiera resultar útil. No podía arriesgarse a cometer errores por falta de cálculo. Era demasiado pronto para ir a por otro objetivo, ese ya era un error de por sí, pero no podía arriesgarse a ninguno más. Estudió con detenimiento cada rincón, buscando posibles cámaras. No detectó ninguna. En realidad, en pocos aparcamientos de los parques naturales de la zona había videovigilancia, salvo los que estaban en

las inmediaciones del centro de visitantes. Por ese motivo, siempre podías encontrar un cartel que aconsejaba no dejar nada a la vista en los vehículos. Nadie se hacía responsable si, a la vuelta del paseo, te encontrabas que te habían roto las ventanillas de tu coche para llevarse cualquier objeto que considerasen útil o valioso.

Por suerte para él, ese *parking* no era ni de lejos el más concurrido de esa área. Si tenía suficiente paciencia y esperaba el momento idóneo, podría llevar a cabo lo que tenía en mente sin correr demasiados riesgos.

Vio como su objetivo se dirigía con despreocupación hacia la senda de entrada. Casi le dio lástima, si no fuera porque no conocía ese sentimiento. Se abría la ventana de oportunidad, ahora solo tenía que elegir el momento perfecto antes de que esta se cerrase.

Cuando solo se escuchaba el canto de los pájaros, decidió que era la hora de dar el primer paso. Se acercó al vehículo que acababan de abandonar sus ocupantes. Lo hizo agachado y por la parte de atrás del resto de coches que estaban aparcados, ocultándose a cualquier posible observador indiscreto. Revisó el entorno una y otra vez, comprobando y calculando los riesgos.

Nadie.

No podía demorarse.

Se acercó a la puerta del copiloto. La documentación estaría guardada en la guantera. Por suerte para él, se trataba de un coche bastante viejo, con lo que le bastó la ganzúa y su buen toque de muñeca para abrirlo en un santiamén. Agazapado abrió ligeramente la puerta, lo suficiente para acceder al lugar en el que suponía que estaba lo que buscaba. En efecto, ahí se encontraba todo lo que necesitaba.

Sonrió de forma siniestra.

En pocos segundos, se hizo con la información que precisaba. Había resultado mucho más sencillo de lo que había imaginado. Se cuidó bien de no dejar nada que pudiera incriminarle y echó el cierre de seguridad por dentro antes de cerrar la puerta otra vez.

Su paseo por la naturaleza acababa de cancelarse.

Una vez más, sin pretenderlo, su objetivo le había encontrado a él. Quizá si no se hubiera sentido indispuesto el día anterior, hoy no

habría decidido acudir a la naturaleza a desintoxicarse del ambiente de la gran ciudad.

Los caminos del señor son inescrutables.

Pero, ¿los del señor del mal o del bien?

CAPÍTULO 14



Su ánimo había mejorado varios puntos. Se sentía sumamente motivado, con energías renovadas y muchas ganas de empezar su nuevo proyecto. Este no sería como los anteriores, aunque rara vez había repetido. No se trataba de hacer o no lo mismo, sino de prolongar en el tiempo el disfrute que le iba a proporcionar aquella situación.

Colarse al interior de la vivienda fue pan comido. Estaba acostumbrado a acceder a propiedades con ciertas medidas de seguridad y esta no tenía ninguna. No entendía cómo la gente podía ser tan confiada. Gracias a que era una casa con jardín que no presentaba ningún vallado exterior, no le resultó nada complicado acceder a la parte de atrás, donde encontró una ventana que no opuso ni la menor resistencia. El plan B era forzar la cerradura de la puerta principal, pero eso habría dejado un rastro que un policía entrenado habría detectado con facilidad. Por muy cuidadoso que fuera con la ganzúa, sabía que siempre quedaba algún rastro que indicaba que alguien la había abierto de forma ilegal.

Una vez dentro, lo primero que hizo fue buscar copias de las llaves de la casa. Eso le proporcionaría un acceso limpio en las siguientes ocasiones. Con cuidado de no revolver y dejar todo tal y como estaba, abrió los cajones del mueble de la entrada. Enseguida localizó varias copias. Las probó y, al primer intento, pudo comprobar que eran las adecuadas.

Se guardó una en el bolsillo y dejó las demás en el mismo sitio en el que las había hallado. Era fundamental ser extremadamente cuidadoso en eso. Miró la esfera de su reloj. Estaba convencido de que todavía tardarían horas en regresar. Tenía tiempo para estudiar con detenimiento la vivienda, sus recovecos y posibilidades, así como para investigar a sus habitantes.

Quería causarles terror, observar cómo crecía el miedo cada día en ellos y nutrirse de su sensación de vulnerabilidad. Prolongaría la situación todo lo que estuviera en su mano, hasta que llegase el momento de dar un paso más y acabar con su sufrimiento.

Se relamía al pensarlo, anticipando las sensaciones que podría proporcionarle esa nueva forma de hacer las cosas que iba a poner en práctica. Paseó por las habitaciones, observó con detalle las fotos de las paredes. La casa hablaba mucho de quienes moraban en ella. Le daba información de sus rutinas, de sus gustos, de sus posibles aficiones, de la situación económica familiar y de muchas cosas más.

No sabía guardar secretos.

En la planta baja, vio una puerta que posiblemente llevaba al sótano. Lo revisaría en su momento. Primero quería estudiar la buhardilla y las posibilidades que esta le ofrecía. La trampilla estaba en el pasillo de la planta de arriba, entre el dormitorio principal y una de las otras habitaciones. Gracias a su altura, cerca de un metro noventa de estatura, no precisó de ningún elemento de ayuda para alcanzar la argolla. Ser tan alto no siempre le traía tantas ventajas. Por ejemplo, resultaba un inconveniente a la hora de esconderse, algo que solía suplir con una dosis extra de ingenio.

Tiró hacia abajo y enseguida notó que no se abría con facilidad. Podría estar atascada por algún motivo. Quizá por la dilatación de la madera. En cualquier caso, no podía forzarla demasiado. Además, cuando la cerrase, debía asegurar que continuase esa sensación de bloqueo. Tiró una vez más y, con un crujido, en esta ocasión logró abrirla. Desplegó la escalera y accedió a la planta superior.

Había trastos abandonados por doquier. Imaginó que estaba dentro de una película de terror y le vinieron a la cabeza las infinitas posibilidades que aquella habitación le ofrecía para sus propósitos.

Allí mismo apreció muchos rincones y sitios en los que esconderse. Su cabeza empezó a trazar distintos planes sin apenas esfuerzo.

Bajó y cerró la trampilla. Comprobó que ofrecía la misma resistencia que la primera vez que lo intentó. Acto seguido, bajó hasta la planta principal y se dirigió hacia el lugar donde había visto aquella puerta que suponía llevaba al sótano. Cuando movió la manija, no obtuvo resultado. Estaba cerrada con llave. Probó las llaves que tenía y ninguna servía. Regresó al mueble en el que había encontrado las demás. Ni rastro de ninguna que no fueran las que ya había cogido. Antes de tratar de abrirla de una manera poco convencional, decidió probar suerte y rebuscar por el resto de la casa. Se le ocurrió que podría estar en el salón, en la cocina o en la habitación principal. Tras unos segundos de duda, eligió mirar en los cajones que estaban junto al fregadero. Tras abrir tres de ellos, localizó dos manojos de llaves en el último, bajo algunos enseres para cocinar y trapos. No era un escondite brillante, pero podría ser suficiente para alguien que no dispusiera de demasiado tiempo para rebuscar.

Una vez que las comprobó y encontró la que abría la puerta que quería, dejó el resto en el lugar en el que las había localizado. Bajó al sótano. Suponía que todavía tenía tiempo, pero tampoco podía dormirse en los laureles. Llevaba en el interior de la casa unas tres horas, así que tampoco debía demorarse por si regresaban antes de lo que él suponía.

Sin prisa, pero sin pausa.

Esa era la clave.

El sótano le sorprendió gratamente, no solo por los típicos trastos que había en él, similares a los de cualquier otra vivienda, sino por su singular estructura. Allí se encontraba el corazón de la casa, desde donde partían tuberías y vigas. Tal y como había visto alguna vez en reportajes y artículos que había leído sobre arquitectura de los siglos veinte y veintiuno, en esa vivienda, desde el sótano, se podría acceder al interior de las paredes, no sin cierta dificultad, pero no por ello imposible. De ese modo, cuando había alguna avería, para los fontaneros o electricistas resultaba más fácil resolverlas. Además, la separación entre las paredes hacía las veces

de cámara de aire, lo que ayudaba a mantener la temperatura de la casa más o menos constante, si no fuera porque la madrea estaba bastante ajada en algunas zonas.

No podía creerse que tuviera tanta suerte.

Empezó a imaginar todas las posibilidades que aquello le ofrecía. Desde su interior, lograría tener a su merced a esa familia y podría observar de cerca como el miedo crecía día a día dentro de ellos, sin que lograran comprender qué estaba sucediendo, hasta que ya fuera demasiado tarde.

Familiarizado ya como estaba con la vivienda, de la cual había hecho en su mente una representación fidedigna, comenzó a planear lo que haría en los próximos días. Por desgracia, después de esos dos días de descanso que había disfrutado, se le avecinaban jornadas de trabajo largas y varias guardias.

Mirando el lado positivo, eso podría jugar a favor de sus intereses. Después de lo que sucediese esa primera noche, pasarían días en los que nada perturbador ocurriese en el interior de la casa, lo que tranquilizaría relativamente a los ocupantes de la vivienda. Eso haría que se relajasen y que olvidasen los episodios de ese día.

Otro punto a su favor.

Manejar bien los tiempos suele ser de suma importancia.

Dejó todo como estaba antes de subir nuevamente y anotó mentalmente los espacios que mejor le facilitarían el trabajo, ya que podría hacer pequeños agujeros apenas perceptibles y que le sirviesen para vigilar los movimientos de la familia cuando él estuviera dentro y ellos también.

Estaba oscureciendo.

No tardarían en llegar.

Se sintió anhelante.

Nervioso.

Miró su reloj con desesperación, como si eso pudiera adelantar el paso del tiempo y lograra que este corriera al ritmo que él precisaba.

Improvisó lo que haría a continuación, algo impropio de él que medía cada decisión con tino y paciencia. Decidió que dejaría la puerta de la entrada abierta de par en par. Sin duda, eso resultaría sumamente perturbador. Bajaría otra vez al sótano y se escondería

en una de las paredes. Por esta vez, no podría ver con sus propios ojos lo que sucediera, pero podría sentirlo.

Suficiente, por el momento.

Los sonidos, amplificados en los silencios nocturnos, le rebelarían los movimientos de la familia.

CAPÍTULO 15



Aguardó agazapado con suma paciencia, como hace un buen cazador mientras vigila su presa. Temía que aquella noche no podría dormir demasiado. Eso podría afectar a su trabajo del día siguiente, lo cual no le convenía. Repasó mentalmente su agenda, intentado recordar lo que tenía programado para esa jornada. No le venía a la mente ninguna operación complicada. Estaba demasiado excitado para recordarlo con claridad, aunque estaba casi seguro de que el día sería tranquilo. Salvo que entrase en urgencias un caso difícil, lo más seguro era que pudiese centrarse en pasar consulta más o menos con calma y sin sobresaltos.

Escuchó cómo accedía la madre a la vivienda. Casi le dio la risa cuando la escuchó preguntar si había alguien en la casa. ¿Acaso pensaba que un intruso iba a revelar su posición? Era absurdo pensar así. Debía actuar presa del miedo. Subió las escaleras con sigilo y se acercó a la puerta. Aunque suponía que no podría ver nada, probó a mirar a través de la cerradura de la puerta del sótano sin el menor éxito. También hizo lo propio con las rendijas que se percibían entre las jambas. Eran demasiado estrechas y la oscuridad reinante en la casa tampoco ayudaba.

Durante varios minutos, sintió a la mujer moviéndose por las distintas estancias con sumo cuidado. Era una casa vieja de madera y los crujidos, aunque tenues, revelaban aproximadamente su posición.

Una vez se convenció de que no había nadie en casa, encendió las luces y salió a buscar a los niños. Ahora sí podía percibir mínimamente una parte del pasillo, lo suficiente para ver pasar, de cuando en cuando, a la madre y los pequeños. Además, podía escuchar sus conversaciones.

Llegó el momento en el que se fueron a la cama. Esperaría un tiempo prudencial a que se durmiesen. Después, ejecutaría la segunda parte de lo que había pensado.

Se sintió a gusto en ese espacio angosto y oscuro en el que se encontraba. No podía entender que fuera así. Estaba convencido de que, la mayoría de las personas, se sentirían terriblemente incómodas e, incluso, angustiadas por ese mínimo espacio vital tan opresivo.

Pero él no era como los demás.

Desde siempre, supo que era diferente. No le dolían las cosas que le causaban dolor a los demás. No sentía miedo. No sabía lo que era la tristeza, ni el amor, ni las emociones que experimentaban sus iguales. Él solo era capaz de disfrutar cuando veía a otro sufrir, en especial si él era el causante de dicho sufrimiento.

Someter a otras personas le resultaba sumamente gratificante. Ver el miedo en sus ojos, la súplica, la última esperanza antes de que les arrebatase lo más preciado que tenían, le producía una sensación que no había palabras que pudieran describirla con precisión. Siempre se quedaban cortas y resultaban imprecisas e insuficientes.

Ahora se adentraba en terreno desconocido. Nunca antes se había infiltrado en la vida de alguien para acompañarlo a lo largo de días o semanas. Prolongaría su estancia lo máximo posible, experimentando nuevas sensaciones, probando otros métodos, inventando actos y acciones que no había llevado a cabo hasta ese instante.

Se convertiría en su pesadilla.

Se colaría en sus sueños, pero también en su día a día, en sus rutinas, formando parte de su vida como si fuera uno más.

Cuando la quietud reinó por fin, aguardó todavía un poco más. No sabía con exactitud cuánto tiempo llevaba allí escondido. Decidió

que antes de marcharse, debía despedirse debidamente.

Salió del hueco en el que había estado aguardando esa noche. Era más amplio de lo que había imaginado. No tardó en localizar una herramienta en el sótano. Era una llave inglesa de gran tamaño. Se aproximó a la puerta del sótano para girar la llave de la cerradura, de tal modo que solo tuviera que accionar la manija para salir de allí.

Se adentró en el espacio en el que había localizado las tuberías. Eran de metal, lo que produciría un mayor impacto gracias a la reverberación del sonido.

Había llegado el momento.

Golpeó con fuerza la tubería, pero no tanto como para romperla o dañarla. El estruendo se hizo paso en mitad del silencio nocturno. Sonaba tan amenazante que casi sintió miedo. Tuvo la tentación de quedarse a observar las consecuencias, de disfrutar lo que una acción tan simple había provocado. Pero ya era tarde. Debía irse a dormir un poco. Al día siguiente tenía una larga jornada de trabajo.

Salió del sótano, con cuidado de no ser descubierto, con los oídos atentos al menor ruido. Justo antes de abandonar la casa, sintió movimiento en la planta superior. Seguramente la madre se había levantado para asegurarse de que lo que había escuchado no formaba parte de un sueño.

La semilla del miedo estaba plantada.

No hacía falta nada más por el momento.

Y, sin embargo, en el último instante, decidió hacer algo que seguro que provocaría alguna reacción.

Dejó la puerta de la entrada principal abierta.

La evidencia de que alguien había estado allí.

La prueba de que un intruso había invadido su intimidad.

CAPÍTULO 16



Se levantó de buen humor. A pesar de que había dormido pocas horas, se sentía descansado y lúcido. Estaba deseando tener una nueva oportunidad para poner en práctica sus planes, pero sabía que eso no sería posible a corto plazo. Le esperaban varias jornadas seguidas de trabajo y, además, debía dosificarse. Correr demasiado solo le conduciría a cometer equivocaciones que eran evitables.

En más de una ocasión había leído que los asesinos en serie cometían más errores cuando entraban en un periodo de degeneración, en parte por reducir los tiempos de enfriamiento entre uno de sus crímenes y el siguiente. Era importante el *tempo*, así como dedicar los recursos necesarios a investigar y estudiar a las víctimas. Si no lo hacía, si se volvía impaciente e impulsivo, lo único que conseguiría es que lograsen atraparle y acabar con todo lo que llevaba tantos años construyendo.

No estaba entre sus planes dar con sus huesos en la cárcel.

Su caso no era el clásico que suele relatarse, en el sentido de que él no fue un niño castigado ni maltratado en la infancia. No guardaba rencor a sus padres ni tampoco sintió nunca que no le valorasen, que fueran excesivamente estrictos con él o que le menospreciaran de manera alguna. No obstante, su madre, quizá precisamente por ese instinto maternal, presintió, desde que era tan solo un crío muy pequeño, que Taylor albergaba dentro la semilla del mal.

Y tal vez no se equivocara.

En alguna ocasión, él mismo había llegado a sentir una presencia maligna cerca de él. Estando en su cuarto de pequeño, había creído ver unos ojos rojos que le miraban en la oscuridad y que desaparecían al encender la luz. Lo más lógico era pensar que todo estaba en su imaginación, pero algo en su interior le decía que no era así. Algo que le hablaba desde una parte muy profunda de su ser.

Al contrario de lo que pudiese parecer, Taylor jamás sintió miedo ante aquella presencia que presentía de una forma que no se puede explicar de manera clásica. Sus ojos no la veían, sus manos no la tocaban, sus oídos apenas la escuchaban, salvo si tenía en cuenta aquel zumbido casi imperceptible, pero él estaba convencido de que estaba ahí, aguardando en la sombras.

Se sentía cómodo, seguro e incluso protegido por ese ser de esencia malvada que le visitaba. De hecho, buscaba que se manifestase de una forma más clara para evidenciar que tenía razón y que no eran cosas de su imaginación. Le invocaba y reclamaba sus visitas. Probó distintas cosas para entrar en contacto con aquel ente inmaterial que estaba seguro que procedía del inframundo, pero no logró nada más allá de aquellas visiones efímeras que se desvanecían con facilidad o de esos presentimientos que no podían explicarse con evidencias.

No había movimientos extraños e inexplicables de muebles, ni ruidos procedentes de lugares indeterminados, ni nada de aquellas cosas que solían reflejar las películas de miedo que había visto en tantas ocasiones. Le hubiera encantado que fuera así, habría disfrutado observando el efecto que ese tipo de cosas provocaría en los demás, su poder incomparable. Era obvio que el más allá, el mundo de los muertos, ese universo paralelo y desconocido que cohabita con nosotros los mortales, suele causar pavor entre la mayor parte de los seres humanos. Algunos lo reconocen abiertamente pero, incluso los que no lo hacen, en el fondo, lo único que intentan es esconder su miedo a los demás, refugiándose detrás de esa falta de fe para convencerse de que los fantasmas no existen y que los muertos no regresan para atemorizarnos.

Taylor no había vuelto a sentir aquella presencia desde que era un crío. Lo achacaba a que, al fin y al cabo, debía ser debido a cosas propias de la infancia. Es indudable que la imaginación parece retraerse según nos adentramos en el mundo adulto, haciéndose más pequeña, ocupando cada vez menos espacio para dejar que la realidad lo abarque casi todo. Sin embargo, en más de una ocasión, había llegado a la conclusión de que esa tendencia que tenía a hacer daño a los demás, esa necesidad de herir a otros y verlos sufrir, debía ser una señal de que él era un hijo de la oscuridad.

La huella del mal se encontraba impresa en su interior.

Mientras reflexionaba sobre aquello, cayó en la cuenta de algo que había experimentado en más de una ocasión. Quizá la ciencia lo explicase de forma biológica o, mejor dicho, fisiológica, en cuanto que aquellos impulsos insanos debían responder a un cableado cerebral anómalo y a una combinación química dentro de él desajustada. Podría ser un caso más de neurodivergencia. Bien sabía él como médico las consecuencias que implicaba cualquier desequilibrio hormonal en el comportamiento humano. Pero lo que le ocurría a él estaba convencido de que era algo más.

Algo que escapaba a una explicación racional.

Algo cuyo motivo no era exactamente de este mundo.

De pronto, volvió a experimentar una sensación extraña dentro de él. Se encogió y se plegó sobre sí mismo, en una posición defensiva que no lograba proporcionarle ni el menor alivio. Tenía la impresión de que algo en su interior se estaba removiendo, que se agitaba, que buscaba una salida, que intentaba tomar el control. No pudo evitar doblarse un poco más hasta caer al suelo de rodillas.

Se agarró el abdomen, envolviéndose con ambos brazos en actitud de protección. Apretó con la intención de controlar aquella sensación tan extraña y tan parecida a la de dos días atrás. ¿Qué demonios le estaba sucediendo? ¿Qué tipo de mal le había sobrevenido?

Tal vez al final sí estuviera enfermo.

¿Y qué mejor sitio que un hospital para ser examinado?

No obstante, se negó por el momento a buscar ayuda. Era demasiado orgulloso para ello. Realmente debía sentirse entre la

vida y la muerte para hacerlo.

Pasó unos minutos tendido en el suelo en posición fetal hasta que, poco a poco, aquella sensación extraña se fue apagando hasta desaparecer. Una vez más, era incapaz de encontrar una explicación para aquello. No se sentía enfermo. Se negaba la posibilidad de estarlo. En esta ocasión, había sido casi como un espasmo, aunque tampoco podría definirlo exactamente así. En cualquier caso, igual que vino se fue, puesto que ya no notaba nada.

Se incorporó. Se dirigió al baño y fue a lavarse la cara. Se miró en el espejo, mientras las gotas todavía resbalaban de su rostro. Algo en sus ojos le llamó la atención. Parpadeó varias veces seguidas, por si estaban engañándole y lo que veía no era más que un efecto de su imaginación.

Juraría que había un punto rojo en su interior.

MADISON



CAPÍTULO 17



Pegar ojo fue misión imposible después de lo sucedido el día anterior. Es más, había desistido de subir a su habitación. Era absurdo hacerlo, sabiendo que no sería capaz de dormir. Lo sucedido la noche anterior era sumamente extraño y le había dejado un regusto amargo. No comprendía qué podría haber pasado. Se sentía muy intranquila, en especial por no poder controlar la situación y no encontrar nada que la explicase de una manera lógica. Por ello, decidió que lo más seguro, y quizá lo más sensato también, era sentarse en el sofá a vigilar la puerta de entrada por si volvía a abrirse en mitad de la noche. Eso sí, después de asegurarse, una vez más, de que no había nadie en la casa.

Porque no había nadie más.

Estaba segura.

O casi, al menos.

No se atrevió a bajar al sótano, pero comprobó que la puerta seguía cerrada con llave, tal y como ella la mantenía siempre. Era inviable que alguien estuviera allí. Con lo tocante a la buhardilla, había logrado abrir la trampilla, no sin dificultad. Seguía atrancada como había estado desde que se mudaron a la casa. Tras armarse de valor, subió la escalerilla y, desde el penúltimo escalón, hizo un barrido con la linterna y no vio nada sospechoso.

Desde que era una niña, Madison tenía algo que podría considerarse un trauma con esas dos estancias anexas de la

vivienda, es decir, tanto con el sótano como con la buhardilla. Por eso evitaba en la medida de lo posible no entrar ni en uno ni en la otra. Cuando tenía ocho años, sucedieron cosas extrañas en su hogar, cosas para las que nunca llegaron a encontrar una explicación lógica y fiable. Aquello supuso un antes y un después en sus vidas, hasta que finalmente se mudaron a vivir a otra ciudad. Querían poner la máxima distancia de por medio.

No lo había vuelto a hablar con su madre, pero era algo que estaba ahí, flotando entre ambas como una nube inmaterial que podría descargar en cualquier instante. Sin embargo, había una parte de lo que ocurrió en aquella época de la que ella no tenía ni el menor recuerdo y que jamás le había relatado Rose.

Una noche del mes de octubre, Madison se levantó sonámbula y estuvo a punto de salir de casa. No era la primera vez que lo hacía, pues había tenido ya varios episodios, aunque ninguno parecido a aquel. Desde luego, el de ese día fue aterrador y desconcertante a partes iguales. Quizá por ese motivo, su madre jamás le había hablado de ese suceso que bien le gustaría que jamás se hubiese producido.

Por suerte para la niña, su padre la vio en el último momento. Imposible imaginar qué le hubiera podido pasar a la pequeña Madison de no detenerla a tiempo. Sin embargo, puede que no fuera lo mejor para él, aunque Rose nunca sabría si habría cambiado en algo el destino de los acontecimientos posteriores.

Cuando Frank se dirigió, como tantas veces había hecho, a su hija para impedirla salir y tratar de que esta regresara a la cama, ocurrió algo sumamente desconcertante. Madison se giró de forma brusca hacia él, aún con los párpados cerrados. Sonrió de una forma extraña, tanto es así que parecía más una mueca siniestra que la típica sonrisa dulce de su pequeña. Con expresión de suficiencia, comenzó a hablar con una voz que no era la suya. De pronto, abrió los ojos de forma brusca, pero el padre apreció que no parpadeaba, incluso después de varios minutos. Su gesto era desafiante y burlón, algo que no encajaba en absoluto con la personalidad de su dulce niña, siempre dócil y amable. Cuando insistió en que debía regresar

a la cama, esta le dijo con aquella voz aterradora algo que lo dejó petrificado.

—Frank, Frank, Frank. Tengo noticias para ti y creo que no te an a gustar. Vas a morir en tres días. No hay nada que puedas hacer para evitarlo. Serás nuestro para toda la eternidad —le avisó la niña, con aquella voz grave y profunda y una sonrisa estremecedora.

El padre se quedó estupefacto. ¿Por qué decía esas cosas horribles su pequeña Madison? ¿Qué le estaba pasando? ¿Acaso estaba enferma o había desarrollado algún trastorno sin que se hubieran percatado de ello? Habían acudido con ella al médico en varias ocasiones y le habían hablado de sus episodios de sonambulismo. Los doctores jamás le dieron importancia, pues aseguraban que era algo que posiblemente se corregiría con los años.

Cuando bajó Rose, la madre de la criatura, esta se encontró con un panorama espeluznante. Se había despertado y le extrañó la ausencia de su marido en la cama junto a ella. Al comprobar que no estaba en el baño de la planta de arriba, decidió bajar a buscarlo. Fue entonces cuando sus ojos presenciaron una escena que nunca habría imaginado que podría ver, más allá de las películas de terror. La pequeña Madison, caminaba a cuatro patas pero de espaldas, de tal modo que su cuerpo quedaba un tanto arqueado. La cabeza le colgaba y a la madre le pareció ver una expresión extraña en el rostro de su hija. Juraría que se le estaban marcando las venas de la cara, como si la piel de su rostro se estuviera apergaminando.

Frank estaba absolutamente paralizado presenciando aquel grotesco espectáculo. Se leía el terror en su rostro. Fue entonces cuando empezaron a escuchar golpes cada vez más fuertes que provenían de arriba y de abajo de la vivienda. Había algo malvado en todo aquello.

—¡Ya vieeeeeeneeeeeeen! —dijo la niña en tono burlón, sin recuperar todavía una postura normal. Comenzó a reír de forma grotesca, haciendo que su cuerpo se agitara de forma compulsiva.

En ese momento, ante la inacción de su marido, Rose se aproximó a su hija, para hacerla levantarse y ver qué le estaba

sucediendo. No podía permitir que siguiera así ni un minuto más. Tenía que parar aquello, fuera de la manera que fuera.

—¡¡No me toques, perra!! —espetó de forma tosca, con esa voz que, sin duda, no podía ser la de su hija. Rose no supo cómo reaccionar al principio. La sorpresa era demasiado grande para hacerlo. Sentía miedo, no lo podía negar. Pero no podía permitirse ceder a él.

—¿Qué está pasando aquí, Frank? —preguntó asustada, sin quitarle un ojo de encima a su hija y, por supuesto, sin poder obviar los espantosos ruidos que procedían de arriba y de abajo. La atmósfera de la vivienda era aterradora en aquel instante. Tenía la impresión de estar dentro de una pesadilla.

—No lo sé, Rose. No tengo ni la menor idea. No entiendo qué está pasando. Esto parece algo diabólico, ¿no crees?

—No digas tonterías, hombre —le respondió, descartando lo que, por el momento, quería descartar por resultar una idea estúpida y nada racional.

Se arrodilló junto a su hija, para hablarle cerca del oído, a pesar de que dudaba que esta se lo permitiera en esas circunstancias. En muchas ocasiones, se había despertado sonámbula, pero esto desde luego era mucho más que otro episodio más. No guardaba ninguna semejanza con ningún acontecimiento anterior. Le gustara reconocerlo o no, había algo maligno en lo que estaba aconteciendo en ese preciso instante y en ese preciso lugar.

—Madison, es hora de irse a la cama. Vamos, pequeña, vámonos a dormir, por favor —le susurró lo más cerca que pudo del oído, superando su miedo y su agitación por lo que estaba presenciando.

—Rose, Rose. La buena de Rose. La pobre Rose, que nunca se entera de lo que pasa —le dijo la niña con la cabeza colgando, mirándola en una posición casi imposible—. Pues, ¿sabes qué? Esta vez estás de suerte y te vas a enterar de lo que va a suceder, porque tu querido maridito va a morirse en tres días, ¿qué te parece eso? Nos lo vamos a llevar a un lugar frío y oscuro y no volverás a verlo jamás. Ya puedes ir despidiéndote de él.

—Madison, ya está bien. Es hora de irte a tu cuarto —le ordenó ahora tratando de sonar autoritaria, aunque, en realidad, su voz

sonaba frágil. Era imposible sobreponerse a lo que estaban viviendo: su hija en aquella posición antinatural, hablando con una voz que no le pertenecía y rodeada de ruidos terribles que recordaban a fuertes golpes en distintos lugares de la casa, como si alguien estuviera allí dentro.

Quería creer que, efectivamente, todo aquello no era más que una pesadilla, una muy vívida y real, pero que desaparecería cuando despertara y abriese los ojos. Pero, por desgracia, no era así. No necesitaba pellizcarse para darse cuenta de que aquello era muy real.

—Frank, por favor, no te quedes ahí parado y ayúdame.

Pero su marido no podía responder.

Algo que acabaría con su vida tres días después del incidente había empezado ya a devorarlo por dentro.

CAPÍTULO 18



Pasada cerca de una hora, los ruidos cesaron de golpe y Madison cayó desplomada en el suelo, poco antes de que su padre también lo hiciera. Aquello era inaudito. Todo lo ocurrido esa noche resultaba una abominación inexplicable. ¿Qué habían hecho para merecerlo? Eran buenas personas que solo intentaban hacer las cosas lo mejor que sabían… o podían. ¿Por qué, entonces?

Rose se vio desbordada por la situación. Las dos personas más importantes para ella yacían en el suelo inconscientes. Llamó a emergencias y rezó para que las ambulancias llegaran rápido, puesto que estaba aterrorizada y no sabía cómo actuar. Su familia parecía estar derrumbándose sin que ella pudiese hacer nada. Se sintió tan impotente que solo podía llorar de rabia y frustración al verse incapaz de ayudarlos.

No se le ocurría cómo explicar lo sucedido en el momento en el que se lo preguntaran los sanitarios cuando llegasen. Lo más probable era que la tomaran por loca y no le hicieran ni el menor caso, algo que le parecía hasta razonable. Ella misma reaccionaría así en otras circunstancias, si no hubiera presenciado un hecho tan estrambótico como aquel. Parecían delirios de una mente enferma.

Su hija daba la impresión de estar poseída por el demonio.

¿Estaba segura de lo que había visto esa noche?

¿Y si se había vuelto loca y solo fueron alucinaciones?

No, no lo había imaginado. Sabía muy bien lo que sus ojos habían presenciado. No le mentían, por mucho que fuera demasiado duro para digerirlo. Esas imágenes, además, se grabarían para siempre en su memoria. ¿Cómo no hacerlo cuando habían sido las más grotescas que había presenciado nunca antes?

En el hospital, les hicieron numerosas pruebas al padre y a la hija. No obstante, no hallaron nada relevante. Desde luego, no dieron con aquel aneurisma que, de manera silenciosa, se preparaba para sesgarle la vida a Frank Moore en menos de setenta y dos horas.

Cuando regresaron a casa, se sintieron exhaustos por lo acontecido. Habían sido horas de locura, con una preocupación extrema y el miedo agarrado al estómago. Sin embargo, los médicos no fueron capaces de llegar a ninguna conclusión. El no saber, el no tener una explicación a la que agarrarse, fue como una losa que portaban sobre sus cabezas, salvo la niña, que decía no recordar nada.

Madison volvía a ser la misma de siempre. Nada en su forma de hablar o de moverse, ni su mirada o la expresión de su rostro, recordaban que acabara de atravesar un episodio como el de unas horas antes.

Nunca le llegó a confesar a sus padres que, en los días previos, había oído voces que la llamaban desde la buhardilla cuando estaba en la planta de arriba o que reclamaban su atención desde el sótano cuando estaba en el salón, la estancia más cercana al sótano de la casa. Aquello le producía terror, pero no era capaz de relatárselo a sus padres, quizá porque temía que pudieran hacerles daño de algún modo.

Y así fue.

Frank no experimentó ningún síntoma más que alertara de un problema de salud hasta que, en el plazo exacto que predijo Madison, cayó desplomado en mitad de la cocina cuando iba a desayunar.

No pudieron hacer nada para reanimarle.

Después del funeral de su marido, Rose tuvo que reconstruir su vida y la de su hija. Empezar de cero saliendo desde ese pozo de

tristeza se le antojaba un imposible, pero debía hacerlo. Encontraría las fuerzas necesarias para lograrlo.

Salir del *shock* inicial no fue sencillo, pero el hecho de saberse la única adulta de referencia para su pequeña aceleró el proceso. No podía fallarla. No tenía a nadie más que la guiara en la vida. Para surgir de las cenizas en las que se había convertido su existencia, veía con claridad que era necesario comenzar de cero. Y eso solo es posible cuando te trasladas a otro lugar que ofrezca nuevas oportunidades.

Después de fallecer su padre, las voces que la llamaban se volvieron más insistentes, lo que atemorizaba a la pequeña. Le decían cosas horribles y le aseguraban que su vida les pertenecía. No podía escapar de su destino y debía asumirlo cuanto antes.

Para intentar que Madison subiera a la buhardilla o descendiera al sótano, le decían que estaba su padre allí esperándola. En más de una ocasión, escuchó su voz llamándola con claridad. Reclamaba su atención y aseguraba que si acudía en su ayuda, él podría volver junto a ella y su mamá.

Por ello, finalmente tuvo que confesarle a su madre que oía voces que provenían de esas partes de la casa y que tenía que ir. Por mucho que le aterrorizara ir a cualquiera de esas dos partes de la casa, tenía que convencer a su madre para entrar allí.

—Deja de decir tonterías, hija. Tu padre no va a volver. Sé que es muy duro para ti, pero tenemos que asumirlo, mi vida —le contestaba entre lágrimas, inundada a partes iguales por la rabia y la tristeza.

Las cosas no pararon ahí. De hecho, muchas noches se despertaba gritando en mitad de una pesadilla y aseguraba que había alguien allí con ella que le insistía en que tenía que subir a la buhardilla y no podía esperar más o sucedería algo verdaderamente grave.

—Le he visto, mamá, te lo juro. Tiene unos ojos rojos que brillan en la oscuridad —le confesó temblorosas.

Rose no quería creerla, pero después de lo acaecido aquella terrible noche, tampoco podía estar segura de que únicamente estuviera en la imaginación de su hija. Cosas en las que jamás

habría creído se materializaron de una manera incomprensible durante aquel incidente que jamás olvidaría.

—Mira, cariño, aquí no hay nadie —le demostró con la luz encendida.

—Porque ahora está en la buhardilla con papá.

Rose tragó saliva. Aquello era demasiado duro para afrontarlo ella sola. Parecía que los problemas se multiplicasen. Era hora de tomar decisiones drásticas y no demorar más su traslado.

—Voy a hacer una cosa, ¿vale? Voy a subir y a comprobar que no hay nadie. Así podrás estar tranquila, cariño.

—No lo hagas, mamá. ¿Y si te hacen daño?

—No me va a pasar nada —afirmó, a pesar de que no estaba totalmente segura de ello—. Tú quédate aquí debajo de las sábanas, que yo vuelvo enseguida.

Y así lo hizo. Subió a la buhardilla, la cual solía usar su marido para tallar figuras de madera, afición que le fascinaba. Le gustaba la luz de esa habitación y el silencio y la calma que encontraba allí. A Rose se le encogió un poco el corazón al entrar. Todo en ese lugar hablaba de Frank. Se le hizo un nudo en la garganta y le costó contener el llanto. Tras un rápido barrido visual, concluyó que allí no había nada.

Regresó junto a su hija para tranquilizarla. Quería convencerse de que todo eran imaginaciones de la niña. Le comunicó que no había visto a nadie en la buhardilla y se quedó un ratito tumbada a su lado. Cuando ya estaba a punto de irse a su dormitorio, comenzaron a escucharse ruidos de golpes que provenían de arriba y de abajo. Sonaban muy parecidos a lo de la fatídica noche en la que Madison había estado a punto de salir de la casa y parecían ser cada vez más fuertes.

La cría comenzó a gritar muerta de miedo. Rose la abrazó fuerte, para darle consuelo y también por ella misma, la cual también estaba aterrorizada. No podía ser. Acababa de estar arriba y allí no había nada fuera de lugar, nada que explicase esos ruidos. ¿Y los que provenían del sótano? Allí hacía mucho que no entraba. El único que solía hacerlo era Frank, aunque únicamente cuando comenzaba

el invierno y ponía en marcha la caldera. Tenían una casa grande y les sobraba espacio, así que no lo usaban para nada.

¿Qué diablos se había apoderado de su casa?

De pronto, los ruidos cesaron y la vivienda quedó en absoluto silencio. Lo único que escuchaba Rose eran los latidos acelerados del corazón de su hija.

CAPÍTULO 19



Aunque resultó ser una decisión difícil, terminó viendo con claridad que lo mejor era mudarse cuanto antes lejos de esa casa que fue su hogar y que, de la noche a la mañana, se convirtió en un lugar de pesadilla. Se dio cuenta de que, si permanecían allí, no podría evadirse de lo sucedido aquel fatídico día ni de lo ocurrido pocos días después, con el fallecimiento repentino de su marido y con aquellos episodios incomprensibles de ruidos en mitad de la noche, puesto que se repitieron en más de una ocasión.

Igual que venían, se iban.

No podían continuar en esa situación.

Sintió verdadero miedo. Por un lado, el clásico miedo a lo desconocido, a no saber qué vas a encontrarte en tu nuevo destino, a no encajar, a no estar a gusto y sentirte como pez fuera del agua. Además, al trasladarse a una nueva ciudad, no tendría el apoyo de sus amigos ni nadie con quien hablar. Serían dos perfectas desconocidas para todos. Por otro lado, si se repetía el inexplicable episodio que sufrió Madison, no contaba con la compañía del que había sido su esposo para afrontarlo. Tendría que hacerlo totalmente sola y eso la aterraba, pues no estaba segura de saber reaccionar apropiadamente. Sin embargo, apostaba porque, al alejarse de aquella casa, el problema quedase atrás y pudieran empezar como si nada hubiera pasado.

Y en parte tuvo razón.

Lo más sorprendente de todo era que su hija se encontraba muy bien y no recordaba absolutamente nada de la noche en la que pareció estar poseída por algún espíritu. Daba la impresión de que nunca hubiese acaecido. Sí recordaba los episodios de los ruidos, de las llamadas de las voces y de las pesadillas en mitad de la noche en las que aseguraba que había alguien en su habitación. No obstante, en su mente formaban más parte de su imaginación que de la realidad.

En lo concerniente a Rose, esta no podía borrar de su memoria aquellas imágenes terribles que tuvo que presenciar ni el miedo padecido. ¿Cómo pudo ocurrir? ¿Qué explicación había? Aquellas preguntas la asaltaban en el momento más inesperado. Parecían una serie de sucesos paranormales, pero tampoco tenía sentido que ocurriese de manera aislada y no se repitiese más.

¿O sí?

No sabía qué pensar. Igual esas cosas solo pasaban en los libros y en las películas. Ella siempre había sido bastante escéptica con el tema, pero después de haber vivido aquello en primera persona, ya no sabía muy bien qué creer. Y no se atrevía a compartirlo con nadie, pues la tacharían de loca, algo que no le convenía en absoluto en un lugar en el que intentaban buscar su hueco.

Tampoco quería darle muchas más vueltas a aquello. Bastante angustia experimentaba ya con la pérdida de su marido y con tener que ejercer de madre y de padre para su niña. Su vida había virado de forma tan brusca que no vislumbraba la forma de enderezarla. Era consciente de que necesitaría tiempo. Primero, para coger fuerzas y sentirse fuerte. Segundo, para afrontar lo que tuviera que venir. Tercero, para resolver los problemas que surgieran de la mejor forma posible y buscando los apoyos que pudiera necesitar.

Se instalaron en un piso pequeño, que era lo que se podían permitir hasta que encontrase trabajo y que, además, se le hacía más accesible y confortable. Nada de sótanos o buhardillas, eso era importante. No tardó demasiado en encontrar dónde la contratasen y tuvo la suerte de conseguir un puesto con un sueldo que les daba para vivir de manera holgada, incluso después de pagar el alquiler.

Por fin, un poco de buena suerte.

Por si eso fuera poco, los episodios de sonambulismo desaparecieron por completo. Aquello que tanto había preocupado a Rose y Frank en el pasado, se había convertido en un recuerdo más que no parecía factible que volviera a interferir en sus vidas.

Al final, se sintieron tan cómodas en aquella pequeña pero acogedora vivienda, que pasaron los años y no necesitaron nada más. Daba igual que, con sus mejoras laborales, Rose hubiera logrado ganar un sueldo más amplio que les daba para permitirse caprichos y algún que otro lujo. Era su lugar seguro, su refugio, en una zona bastante céntrica de la ciudad, rodeadas de gente y de edificios. Les gustaba el clima que había allí, las personas que veían cuando salían del portal, las cafeterías y el ambiente con las tiendas de la zona. Un lugar que bullía de vida en el que no sentirse solas ni aisladas del mundo.

Desde su traslado, no hablaron de lo sucedido en su vieja casa. No era aconsejable remover el pasado. Aquel que había sido su hogar durante un tiempo y que con tanta ilusión compraron Frank y Rose antes de tener a Madison estaba sepultado en un lugar muy profundo de sus vidas, a pesar de que, con él, desaparecían en parte los recuerdos del padre y marido que tan importante había sido para ambas.

Pasaron los años instaladas en aquella exquisita tranquilidad que tanto valoraban. A pesar de que la situación económica de Rose era cada vez más que desahogada, siguió sin plantearse cambiar de casa a una más nueva o mejor. No quería arriesgarse a perder aquello que tenía más valor para ella: la calma y la paz que aquella pequeña vivienda les proporcionaba.

Hasta que Madison conoció al que en la actualidad era su ex y el padre de sus hijos. Unos pocos meses después de conocerse, se quedó embarazada y fue el momento en el que tomaron la decisión de irse a vivir juntos para formar su familia.

A Rose le aterrorizaba aquello.

Quizá no tenía porqué preocuparse. Habían pasado ya muchos años desde el incidente. No se había repetido nunca más y todo indicaba que tan solo era un mal recuerdo que no acaba de

extinguirse. Su hija debía seguir con su vida y, le gustasen o no, era la que tenía que tomar sus propias decisiones.

Encontraron una casa que llamó su atención. Aunque era vieja, la oferta era excelente. No lo dudaron ni un segundo. Era una oportunidad que no podían dejar escapar. Necesitaba algunas mejoras y pequeñas reformas, pero eran jóvenes y tenían toda la vida por delante para hacerlas.

En aquella vivienda nacerían los gemelos unos meses después. La convirtieron en su hogar y, hasta que Taylor Reid se cruzara en sus caminos, fue su reducto de calma, su refugio, su lugar seguro.

CAPÍTULO 20



La noche se le hizo interminable sentada mirando a la puerta. En su cabeza parecían despertar recuerdos que habían permanecido durante mucho tiempo sepultados. Le venían *flashes* cortos y rápidos que no acababan de materializarse en una imagen nítida. Lo achacó a la tensión y al cansancio. Había sido una noche muy dura e interminable. Por suerte, sus hijos habían podido conciliar el sueño y estaba convencida de que apenas se habían enterado de lo ocurrido. La energía con la que se levantaron no hizo otra cosa que confirmarlo.

Las horas a lo largo de la noche pasaron despacio y el cansancio se fue acumulando. Agradeció la luz que entraba por la ventana del salón con los primeros rayos de sol del amanecer. Sin embargo, ¿qué iba a hacer en adelante? No podía pasarse las sucesivas noches en vela asegurándose de que nadie entrara en la casa. De todos modos, sabía que no era tan sencillo. No se trataba simplemente de vigilar la puerta de entrada, sino que tenía la impresión de que había algo más en todo aquello.

Dentro de su ser, una voz le alertó de los peligros.

Un miedo atávico se apoderó de ella. Junto con esos recuerdos que la asaltaban sin llegar a definirse, presentía que en esa extraña situación se escondía algo más que todavía era incapaz de comprender. Lo sucedido esa noche tenía raíces oscuras que todavía no era capaz de desentrañar, pero que, quizá, lo haría con el tiempo.

El sonido de pisadas en la planta superior la sacó de sus pensamientos. Sus pequeños debían estar despiertos y levantados ya. Seguramente habrían ido al cuarto de su madre y, al comprobar que no estaba allí, no tardarían en llamarla y bajar a buscarla.

No se equivocó.

Sus voces coreando su nombre le llegaron con absoluta nitidez.

—Estoy aquí abajo, chicos.

Acto seguido, bajaron casi volando por las escaleras y se abalanzaron sobre ella. Estaban de buen humor y se les veía felices de poder disfrutar otro día más junto a su madre, sin las obligaciones que traían las jornadas del resto de la semana.

Debía prepararse para afrontar un domingo con dos niños llenos de energía a los que poco les importaría que su madre no hubiera dormido más que dos horas como mucho. Por más que quisieran portarse bien, ella sabía que necesitaban actividad y entretenimiento. Sus hijos eran muy activos y eso requería rendir al cien por cien.

Eran buenos niños, educados y de carácter agradable, pero no eran de los que disfrutaban sentados viendo la televisión o haciendo puzles, por poner un par de ejemplos. A ellos les encantaba salir, ir por ahí con la bici, correr y todo aquello que significara movimiento. Además, les encantaba estar en el exterior, sin importarles si hacía calor o frío.

Por suerte, la abuela de los críos había quedado en pasarse por allí a mitad de mañana. Tal vez, Rose pudiera aprovechar para quedarse con sus nietos mientras Madison dormía un rato, lo justo para recuperar algo del sueño perdido aquella interminable noche. Estaba segura de que a su madre no le importaría en absoluto.

No sabía si sería buena idea hablarle de lo sucedido. Conocía a su madre y esta era un poco hermética para según qué cosas. No significaba que negase los problemas o que no quisiera afrontarlos, pero le costaba hablar de ellos en ocasiones, en especial según el asunto del que se tratara. Por otro lado, no quería asustarla, puesto que se guardaría la preocupación muy adentro y trataría de tomar las riendas de la situación para proteger a sus seres queridos,

ocultando sus sentimientos bajo en una espesa capa, como tantas veces había hecho.

Preparó el desayuno. Tomarían tortitas con chocolate. Lo hacían así todos los domingos. Era una tradición que disfrutaban y que no pensaba saltarse. A veces, es en esas pequeñas rutinas en las que reside nuestra cordura, puesto que nos acercan a una realidad estable y sin cambios bruscos.

Mientras desayunaban y los niños hablaban sin cesar, Madison se preguntaba cómo podía protegerlos de los peligros que nos acechan a diario. Le parecían unos seres tan inocentes y frágiles, que se sintió abrumada por el temor de no poder protegerles. ¿Qué harían si ella les faltaba? Tendrían a su abuela, eso era cierto, la misma mujer que la había sacado a ella misma adelante tras el brusco fallecimiento de su padre.

Conocía en carne propia lo que era criarse sin tu figura paterna de referencia. Fue difícil y muchas veces le echó de menos. Todavía lo hacía. Su padre nunca se había borrado de su memoria y jamás lo haría. Y ahora sus hijos tenían que pasar por una experiencia similar pero, en su caso, porque este apenas mostraba interés en lo que les pasara.

Era algo tan triste.

Pero no era el momento para la melancolía. No podía hacerle un hueco ese día, o se instalaría en su vida de manera permanente si no la mantenía bajo control.

Antes de que se diera cuenta, entró su madre en la casa. Con su llegada, la nube de nostalgia comenzó a disiparse poco a poco.

TAYLOR



CAPÍTULO 21



Pensamientos intrusivos le asaltaban cuando menos lo esperaba aquel día. Notaba que no estaban totalmente bajo su control y eso le ponía nervioso. No debía permitir que fuera así, puesto que ese tipo de distracciones podrían provocar un error fatídico que le provocase un problema en el hospital.

Desde el primer episodio de malestar de dos días atrás, parecía que algo se estaba gestando dentro de él. No sabía muy bien cómo definirlo o describirlo. Lo de hoy era un tanto diferente, pues no tenía un correlato fisiológico *per se*. Sentía una sensación extraña que no había experimentado nunca antes hasta ese momento. La impresión de que de que algo o alguien controlaba su mente se hacía cada vez más poderosa. Sabía que eso era una estupidez y que, al fin y al cabo, todo estaba dentro de su cabeza, pero no por ello lograba deshacerse de esa molesta impresión.

No era por falta de sueño, puesto que se había levantado descansado. Cayó rendido en cuanto se tumbó en la cama, a pesar de la adrenalina que circulaba a raudales por sus venas en aquellos instantes. No obstante, había algo que podría describirse como un rumor constante que le recordaba que no se encontraba como siempre. Además, el recuerdo de los síntomas repentinos tan molestos sufridos en la cafetería le habían desestabilizado, puesto que, a pesar de que ahora se encontraba bien, sabía que podían

volver a aparecer de forma inesperada en cualquier momento, tal y como había sucedido previamente.

Quizá debiera darse un descanso de verdad.

A veces, la mejor idea es parar para avanzar.

En los próximos días, no tenía previsto acercarse a la casa de aquella familia, por mucho que sus instintos más bajos se lo reclamaran. No podía caer en el error de ser víctima de sus deseos. Debía doblegarlos y controlarlos en su favor para no ponerse en riesgo. Quizá después de dejar un tiempo prudencial de margen, podría acercarse poco a poco, y vigilarlos desde la distancia para comprobar si eran capaces de recuperar sus rutinas. Si se olvidaban del incidente y lo veían como algo inexplicable y aislado, era más probable que bajaran la guardia y retomasen sus rutinas sin más.

Eso le proporcionaría una ventaja.

Podría acceder con facilidad a sus vidas.

Necesitaba conocer bien su día a día. Si había visitas habituales o no, los horarios de los niños y los de la madre, cuando salían y cuando entraban en casa, a qué hora se acostaban y toda la información que pudiera recabar. Sabía que, considerando su propio horario de trabajo, debía dedicar muchas jornadas a su labor de investigación, algo que no era del todo factible.

Por otra parte, debía planear con inteligencia lo que iba a hacer. ¿Cuándo entraría en la casa? ¿Durante cuánto tiempo se quedaría? ¿Necesitaba algún tipo de material adicional? ¿Le convenía llevarse algo de alimento? Quizá sí, en el caso de que fuera a pasar varias horas o incluso más de una jornada en el interior de esas paredes.

Solo imaginarlo ya le resultaba excitante.

El simple hecho de planificar esto y de pensar en los detalles, le ilusionaba y le aceleraba el pulso. Aquel era su gran proyecto. Conviviría con la familia durante días sin que ellos tuvieran ni la menor idea de que lo hacía. No sabrían que un extraño se había colado en sus vidas y que era un espectador de lujo de su día a día, desde la mañana a la noche, preparado en las sombras para destrozarlos en el momento que menos lo esperasen.

Conocería a cada uno de sus miembros a unos niveles inimaginables. Podría saber con certeza cuáles eran sus miedos, sus

inquietudes, las cosas que los reconfortaban y las que les hacían sentir mal. Sería casi cómo estar dentro de sus cabezas. Y es que, en realidad, eso era lo único que le faltaría, poder escuchar sus pensamientos y experimentar lo que sentían en ese nivel más íntimo al que nadie puede acceder, salvo uno mismo.

Pasadas dos semanas, aquellos extraños síntomas parecían haber quedado en el olvido. Se sentía bien y nada indicaba que hubiese algún problema de salud latente. Quizá el estrés fuera el motivo que desencadenó aquellas reacciones inesperadas en su organismo.

Volvía a estar en plena forma.

Decidió que era momento de regresar y empezar a recabar información. Lo hizo coincidiendo con otro par de días libres. Cuando contase con suficientes datos, se cogería parte de las vacaciones que tenía acumuladas para poner en marcha sus ideas y comprobar por sí mismo los efectos que provocaría en aquella madre y sus dos hijos todo ello.

Enseguida se dio cuenta de que era una familia demasiado previsible. Las rutinas eran claras y variaban muy poco. La abuela de los niños solía acudir con frecuencia, casi siempre a la misma hora o una muy similar. No recibían muchas visitas más, salvo algún amigo de los críos que iba a jugar y las madres cuando iban a recogerlos. Pocas veces eran los padres los que acudían, perpetuando en gran parte el estereotipo que parece seguir dominando en la sociedad, aunque cada vez un poco menos.

En realidad, eso a él le daba igual. No suponía ningún inconveniente que fueran hombres o mujeres los que acudieran a recoger a los amigos de los niños. Eso no interfería en sus planes en absoluto. No eran ellos su objetivo. No pensaba eliminarlos, salvo que fuera estrictamente necesario, aunque la idea no era complicarse la existencia, sino pasárselo bien.

En cualquier caso, tampoco merecía la pena darle demasiadas vueltas a aquello. Debía concentrar sus energías en lo realmente importante. Había algo en la abuela de los críos que le inquietaba. Tenía la sensación de que era demasiado desconfiada. La veía mirar siempre con recelo a su alrededor antes de entrar en la casa. Quizá

ella sí supusiese un inconveniente y tuviera que liquidarla tempranamente.

Tiempo al tiempo.

En sus primeras observaciones, percibió que, el margen temporal transcurrido desde el día que se coló en su casa había operado un efecto relajante. Estaba bastante seguro de que, al menos los primeros días, la madre estaría más alerta de lo habitual.

No era para menos, después de sus travesuras.

Sin embargo, por lo que apreciaba desde su posición, ahora ya ni siquiera solía detenerse a comprobar que la puerta de la entrada había quedado bien cerrada. Otros en su misma situación bien podrían haber desarrollado casi un trastorno obsesivo compulsivo, gracias a la inseguridad que les habría generado encontrársela abierta dos veces en la misma noche y sin explicación posible.

Por un instante, hasta admiró la capacidad para sobreponerse a la adversidad de aquella mujer. Otra cosa sería la procesión que llevara por dentro, que no dudaba que, de algún modo, aquellos hechos tenían que haber calado en ella.

Iba siendo hora de prender de nuevo el fuego de sus miedos.

CAPÍTULO 22



Terminó su turno. El último antes de esas ansiadas vacaciones. Las últimas semanas las intervenciones quirúrgicas que tuvo que realizar salieron a pedir de boca, sin complicación alguna. Se merecía aquellos días de descanso alejado del trabajo. Tenía ya todo preparado en el coche para cuando saliese del hospital. Llevaba lo básico e imprescindible. La clave suele estar en viajar ligero de equipaje. Cuantas más cosas lleves, más posibilidades de dejar algún rastro imprevisto.

Cuando estaba a punto de salir del complejo hospitalario, le llamó la directora, la cual se encontraba al frente del consejo de administración. Tuvo que contener su rabia y controlarla, algo que le resultó complejo. Llevaba mucho tiempo esperando este momento, demasiado para su gusto, como para encima tener que perder más todavía. Confiaba en que fuese breve.

—Taylor, me gustaría hablar contigo un momento antes de que te vayas.

—Estaba a punto de irme, Rebecca. ¿Es urgente?

La mujer puso un claro gesto de desagrado. No le gustaba que la contradijesen y daba por hecho que, cuando le decía a alguien en el hospital que quería hablar con él, este dejaría todo inmediatamente para cumplir con sus deseos.

—Bueno, es evidente que, si no lo fuera, no habría salido a buscarte, ¿no te parece?

Taylor respiró hondo. Contrajo sus músculos faciales debido a la tensión interna que sentía. Miró hacia la salida, tan tentadora, tan cerca y a la vez tan lejos, con sus inminentes planes para calmar ese hambre que llevaba demasiados días manteniendo a raya.

—Muy bien. Hablemos entonces. ¿Qué es lo que quieres?

—Aquí no. Mejor en mi despacho.

Eso suponía mayor retraso del que esperaba. No tenía claro si es que no se lo podía decir justo allí, o si estaba vengándose por no acceder a sus deseos sin rechistar. En cualquier caso, sonaba a conversación más larga de lo estrictamente necesario.

Odiaba esa situación. Era demasiado egocéntrico y narcisista como para aceptar esa sensación de inferioridad sin más. Por un instante, fantaseó con su muerte, con el modo en la que le causaría el mayor dolor posible, con la forma en la que sus manos rodearían su cuello mientras sus ojos pidiendo clemencia se hundirían en los de él, profundos e insondables.

El problema era que ella no encajaba en ese código que se había autoimpuesto y que le mantenía alejado del radar de la policía: nunca asesinar a alguien conocido, mucho menos alguien de su entorno personal o profesional. En el caso de Rebecca, sobrepasaría dos líneas rojas de golpe puesto que, en lo profesional, esta era su jefa y, en lo personal, habían compartido varias noches de sexo en el pasado, hasta que él se aburrió y le dijo que no quería seguir con aquello.

Había sido una estupidez mezclar trabajo y placer, lo sabía. Sin embargo, no siempre uno puede mantener a raya todas las tentaciones. En el caso de Rebecca, fue una oportunidad demasiado fácil y demasiado a mano. Además, no podía negar que la erótica del poder había hecho subir un punto el nivel de excitación y curiosidad que había sentido. Hacerlo, la primera vez, de manera clandestina en una fiesta de recaudación de fondos había puesto la guinda al pastel. Tal vez fue esa sensación de peligro lo que lo hizo un poco más emocionante todavía.

Supuso que ella igual que él lo habían interpretado como algo puntual, pero no fue así. Rebecca le reclamaba sexo más a menudo de lo que él habría imaginado y se acabó convirtiendo casi en una

costumbre, lo que era demasiado peligroso. Ese fue el otro motivo por el que Taylor cortó con la relación, la cual en su caso nunca tuvo ni el menor componente romántico.

De aquello hacía ya varios meses.

Su relación laboral desde entonces era más tensa, algo que tampoco había previsto, ya que para él no supuso nada más que un desahogo. Su incapacidad para sentir nada por otro ser humano le había hecho pensar que Rebecca era igual, puesto que desde luego se esforzaba en mostrarse fría y calculadora ante los demás. Era la cualidad que más admiraba de ella, hasta que descubrió que era solo una fachada, algo que le resultó decepcionante.

La siguió hacia su despacho mirando su reloj. No podía permitir que aquello durase demasiado. Tenía calculado el tiempo al milímetro. Si se retrasaba, la familia llegaría a casa y se esfumaría, por esa noche, la oportunidad que tenía de entrar antes que ellos.

—Doctor Reid, he estado revisando las solicitudes de vacaciones y me ha llamado la atención que el jefe de cardiología haya solicitado tantos días de repente. De hecho, he comprobado que incluso ha pedido las atrasadas que se le deben.

Taylor se quedó estupefacto. Tenía derecho a reclamar sus días libres cuando más le conviniese. No faltaba jamás al trabajo y, en efecto, no solía disfrutar de gran parte de sus vacaciones. Ahora que las solicitaba, no podía creer que se lo recriminase.

—Rebecca, ¿en serio vas a hablarme ahora de usted? Dime lo que tengas que decir sin rodeos, ¿vale? Tengo bastante prisa y mi turno ha terminado —le reprochó, mostrando evidencias claras de lo que le molestaba aquella situación.

—Si te hablo de usted, Taylor, es porque esto me parece excesivo y creo que hay que tratar el tema con la seriedad que se merece. Me da la impresión de que has olvidado que eres el jefe de cardiología. No creo que alguien en tu posición deba tomarse tantas vacaciones, la verdad. Eres el responsable de que tu sección funcione, no eres un becario que está pensando en salir cuanto antes del trabajo para correrse una juerga.

—Si no me equivoco, el equipo de cardiología da pocos quebraderos de cabeza, tanto a ti como al resto del consejo de

administración. Creo que cumplo a la perfección con mi trabajo. Además, he dejado arreglado y ordenado lo mío. Douglas se queda al mando. Sabes tan bien como yo que es un médico perfectamente competente y que lo va a hacer bien en mi ausencia. Además, si pasa algo, le he dicho que me lo comunique enseguida.

—Si es tan competente, quizá sea mejor que dirija él cardiología —le desafió.

—Si lo veis adecuado, por mi perfecto. En ese caso, aprovecharé las vacaciones para ofrecerme al resto de hospitales del estado. Quizá me plantee incluso abrir el abanico y ver qué ofrecen en el resto del país. Al fin y al cabo, aquí no me ata nada.

Se estaban echando un pulso en toda regla.

Rebecca Weller le mantuvo la mirada durante unos instantes. Tampoco quería tensar demasiado la cuerda, por el momento. No le convenía. Era consciente de que, si el consejo de administración se enteraba de que le había abierto la puerta de salida a uno de los médicos más famosos del hospital, a la que le darían la patada sería a ella con bastante probabilidad. Le gustaba demasiado su trabajo y el sueldo que venía asociado a su cargo. No debía ser tan estúpida como para dejarse llevar por su frustración.

—No hace falta que seas tan drástico. Simplemente quería que supieras que me sorprende esa falta de profesionalidad en un médico de tu caché.

Ella sabía que no iba a hacerle cambiar de parecer, pero tampoco quería desaprovechar la oportunidad de hacerle daño cuestionándole. Conocía de sobra su ego. Ese era su punto débil, aunque él pareciese no saberlo.

—¿Hemos terminado? —preguntó cortante, deseando poner fin a esa conversación absurda que solo le estaba entreteniendo y que no le aportaba absolutamente nada.

Rebecca dudó unos segundos que a Taylor se le hicieron interminables. Cada vez era menos tolerante y le costaba más controlarse para no soltar lo primero que le cruzaba por la mente.

—Espero que estés localizable durante tus vacaciones.

—Procuraré estarlo, pero no te aseguro que en el lugar en el que voy a quedarme pueda tener el móvil conectado.

CAPÍTULO 23



La inútil conversación le había hecho perder un tiempo precioso. No le gustaba hacer las cosas con prisas, pues ese tipo de cosas eran las que, antes o después, ocasionaban errores imperdonables que podían suponer el fracaso de sus planes. Se subió al coche y pisó el acelerador a fondo. Quizá su forma tan agresiva de conducir en aquel instante era tan solo un reflejo de su estado de ánimo. Somos como mapas. Nuestras reacciones son las líneas que dibujan el paisaje que conforma nuestra personalidad.

Decidió tomárselo con un poco más de calma. Todavía tenía margen para ajustarse a lo planeado. Lo que no le vendría nada bien sería que le parase la policía por exceder la velocidad recomendada. Además, aquello podría suponer en el futuro el cabo suelto que terminase por situarle en las proximidades de la vivienda de sus potenciales víctimas. Bien era cierto que no iba a asesinarlos esa noche, así que relacionarlo con ellas sería una tarea realmente compleja, pero tampoco había que tentar a la suerte.

Pasó primero por su casa a darse una ducha y cambiarse. Se puso la ropa que había elegido para la ocasión, toda oscura y cómoda, de tal forma que le permitiera moverse con facilidad. Recogió el kit de utensilios que necesitaba y, antes de abandonar la vivienda, comió algo calórico y bien cargado de hidratos de carbono, puesto que no sabía cuándo sería la próxima vez que comiese. No obstante, entre las cosas que llevaba con él, portaba algunas

barritas energéticas que, al menos, mantendrían el hambre a raya y le proporcionarían la energía que iba a necesitar.

Una vez llegó a la calle en la que se situaba la casa de la familia, pasó de largo y se dirigió al lugar en el que había dispuesto esconder su vehículo. Estaba bastante próximo a la vivienda, de modo que podía acceder a él con suficiente rapidez, si es que lo necesitaba. Antes de bajarse, estudió bien el entorno. No podía dejarse ver. Tendría que evitar cruzarse con otras personas. Debía ser invisible, de forma que nadie pudiese recordar su presencia en ningún momento y bajo ninguna circunstancia.

Por la hora que era y la temperatura que hacía, era poco probable que hubiera alguien por la calle. Ese día de la semana la madre solía llegar muy tarde a casa y la abuela era quien recogía a los chicos de la actividad a la que iban. Por lo que había deducido tras días de observación, los pequeños iban a clase de patinaje sobre hielo. Tenía tiempo para entrar en la casa y acomodarse sin prisas, salvo que algún imprevisto provocara que regresaran antes de lo que era habitual.

Confiaba en que no fuera así.

Por si acaso, se mantendría alerta de todos modos.

Accedería a la vivienda de la misma manera que lo hizo la primera vez. A pesar de que contaba con la copia de la llave de la puerta principal, entrar por ahí era arriesgarse demasiado a que alguien lo viera. Había luces en la calle, aunque no muchas y tampoco alumbraban demasiado, pero en el pórtico de acceso sí había iluminación suficiente para que, si algún vecino se asomaba a la ventana por casualidad, lo viera con facilidad.

Cuanto más prudente fuera, más probabilidades de éxito.

Una vez dentro, no encendió ninguna luz, salvo la de una pequeña linterna que llevaba consigo. Todo estaba igual que la última vez, quizá un poco más desordenado. Daba la impresión de que en esa familia el tiempo y los recursos se quedaban cortos. En realidad, esa era la misma situación de muchas familias con niños pequeños.

Metió la llave en la cerradura de la puerta del sótano. Empezaría por allí, aunque tenía previsto alternar entre el subsuelo y la

buhardilla. Sería el dueño y señor del cielo y el infierno de la casa. Ambas partes, le proporcionaban formas de aterrorizar a los ocupantes de la casa de forma diferente, algo que no pensaba desaprovechar. No obstante, el sótano le ofrecía la oportunidad de aclimatarse a la vivienda y a los ritmos de sus habitantes con más comodidad. El acceso rápido a la calle también tenía sus ventajas.

Bajó las escaleras despacio.

Estaba claro que era un espacio que no usaban asiduamente. Es más, estaba convencido de que apenas lo habían pisado desde que vivían allí. El estado de abandono era patente. Solo había que ver la cantidad de telarañas que había ahí dentro. Las fue apartando con los brazos mientras se hacía paso hasta la parte más profunda de la casa, como si se estuviera metiendo en sus entrañas.

Había numerosos objetos abandonados. Tenía casi la certeza de que, la gran mayoría de ellos, no pertenecían a los actuales residentes. Apartó aquellos que más le estorbaban y reubicó otros, de forma que le sirvieran en algún sentido, bien para acomodarse, bien para acceder al interior de las paredes.

Era muy singular la forma de construir aquellas casas. De hecho, si estaba haciendo aquello no era por mera casualidad. Varias semanas antes, recordó un caso que vio en un documental muchos años atrás y que le resultó fascinante. Un joven de Massachussets estuvo viviendo durante seis meses entre las paredes de la casa de una familia que había perdido a su madre. Hacía ruidos y provocaba fenómenos que, en ocasiones, las hijas interpretaban como la presencia de su recién fallecida madre y la forma de comunicarse con ellas.

Taylor reflexionó sobre aquello, se regocijó poniéndose en la piel de aquel joven, procurando entender lo que tendría que ser atemorizar día a día a otros seres humanos sin que se percatasen siquiera de su presencia, hasta que él quisiera hacerse visible y matarlos con sus propias manos. Cuántos días de sustos, cuántas noches sin dormir, cuánto miedo tuvo que ocasionarles, cuánto sufrimiento del que él era un testigo privilegiado.

Tuvo la tremenda suerte aquel día que fue de excursión a la naturaleza de encontrarse con Madison y sus hijos y de que estos

vivieran en una casa que cumplía a la perfección con sus propósitos. Una vez más, sus víctimas habían llegado a él sin pretenderlo, cruzándose en su camino como si fuera algo predestinado por una fuerza superior. La estructura de la vivienda le permitía adentrarse en el interior de algunas de sus paredes y ejercer desde dentro un maltrato psicológico difícil de igualar.

Tendría que jugar bien sus bazas y ser paciente para sacarle todo el jugo a aquella experiencia. Por el momento, se acomodaría y aprovecharía el tiempo que siguiera vacía la casa para adentrarse hasta donde su construcción se lo permitiera.

Se fusionaría con ella hasta convertirse en su mismísima alma.

CAPÍTULO 24



Aproximadamente tres cuartos de hora después, oyó ruido proveniente de la entrada de la casa. Enseguida se hicieron audibles las voces de los niños y de la abuela. Parecían haber disfrutado de un rato de diversión y estaban de buen ánimo. Por desgracia para ellos, no les duraría demasiado, puesto que pensaba amargarles la existencia todo lo posible. Poco a poco, cociendo el terror a fuego lento. Porque las cosas que se hacen despacio salen mejor, dan tiempo para evaluar errores y hacer ajustes.

Eso sí, no haría nada mientras estuviera la abuela en la casa. Era mejor esperar a que se encontrara la madre a solas con sus hijos. El objetivo era desestabilizarla, hacerla dudar. Si una de las dos jamás escuchaba los ruidos, le resultaría difícil creer lo que la otra le contaba.

Ese era el plan inicialmente.

Le sorprendía, en cierta medida, lo fácil que resultaba invadir la vida privada de la gente sin que ellos ni siquiera lograsen imaginarlo. Estaba convencido de que podría vivir con ellos durante días, quizá semanas o incluso meses si jugaba bien sus bazas. La cuestión era si podría aguantar tanto tiempo allí. Ahora disponía de días de vacaciones, pero luego volvería la rutina del trabajo y las obligaciones. Mejor sería disfrutar del momento sin pensar demasiado en el incierto futuro. Como se suele decir, el instante perfecto es ahora.

Durante la mañana o la tarde, cuando estuvieran ausentes por el motivo que fuera, podría usar su baño y su cocina sin que lo sospecharan. Se cuidaría mucho de dejar todo exactamente igual para que no sospecharan ni lo más mínimo. De ese modo, podría hacer más cómoda su estancia y alargarla lo que estimase oportuno, limitando sus salidas al coche lo mínimo posible para no arriesgarse a que alguien en el exterior se percatase de su presencia.

Sería como un miembro más de la familia.

Una persona más conviviendo con ellos.

Una sombra fundida con la oscuridad.

Escuchó con claridad a la abuela hablarle a los críos. Justin y Claire, esos eran sus nombres. Les regañaba porque estaban peleando por un juguete, algo tan cotidiano y simple en la vida de cualquier familia. Aquello le resultó emocionante, pues era la constatación de que nadie por el momento se apercibía de su presencia allí, a tan solo unos pocos metros de distancia.

—¡Os he dicho que lo dejéis los dos ahora mismo! —exclamó con voz firme la abuela—. Es hora de ducharos y tenéis que estar listos para que podamos cenar cuando llegue mamá. ¿O acaso queréis que se enfade con vosotros? Sabéis lo cansada que llega a casa muchos días. Creo que se merece que os portéis bien.

Taylor escuchó el silencio que vino a continuación. Imaginó la cara compungida de los niños. Decidió que no quería limitarse solo a recrear en su mente lo que sucedía en esa casa, sino que quería verlo con sus propios ojos. Podría hacerlo de dos maneras. Una, haciendo pequeños agujeros en las paredes. Otra, instalando cámaras escondidas. Tenía tiempo de sobra para hacerlo, pero le parecía que la segunda opción era más arriesgada. Además, no tenía motivos para querer grabar a la familia. Tampoco le emocionaban los riesgos que eso conllevaba. No había ni le menor necesidad de dejar una huella digital que alguien con los conocimientos necesarios supiera rastrear. Solo quería estudiar más de cerca el comportamiento de cada uno de sus integrantes para conocerlos mejor y sacar provecho de sus debilidades. La información es poder y hay que saber sacarle rédito.

—Lo siento, abu. Yo no quiero que mamá se enfade.

—Gracias, Claire. ¿Y tú Justin? ¿Tienes algo que decir?

Imaginaba que el niño estaba en posición defensiva, con los brazos cruzados y cara de enfado, puesto que tardaba en dar su respuesta.

—De acuerdo, abuela —dijo alargando las palabras con cierto desdén.

—Así me gusta, jovencitos. Ya vais siendo mayores y tenéis que ser responsables. Sabéis de sobra que no me gusta que os comportéis así. Recoged vuestros patines, coged el pijama y al baño ahora mismo. No voy a repetíroslo ni una sola vez más.

Se escucharon las pisadas apresuradas de los niños mientras subían corriendo a su habitación, tal y como les había ordenado su abuela. Esta suspiró sonoramente, quizá agobiada por la responsabilidad que tenía encima, haciéndose cargo de dos críos pequeños para poder ayudar a su hija.

Taylor desconocía qué habría sido del padre de los chicos, pero era evidente que no estaba presente en la vida de los menores. En el tiempo que había estado observándoles, nunca vio aparecer a esa figura paterna para recogerles o visitarles, al menos. Quién sabía si ese detalle no lo podría usar también a su favor, para jugar con ellos. Si resultaba que el padre había fallecido hacía tiempo, podría reaparecer en sus vidas de forma mágica.

Se rio internamente.

La madre de los pequeños, por otra parte, tenía una vida social bastante escueta. Todo su mundo parecía reducido a sus hijos y su trabajo. Eso le había puesto a Taylor las cosas mucho más fáciles, gracias a esas rutinas tan establecidas que tenían y que pocas veces se saltaban. Sus vidas parecían seguir el ritmo marcado por un metrónomo. Si hubiera sido capaz de experimentar algún tipo de sentimiento, le habría dado hasta pena estar dispuesto a hacerles la vida todavía un poco más difícil de lo que ya la tenían.

Pero él era incapaz de sentir compasión.

Taylor se nutría del dolor ajeno.

Se oyó la puerta de la entrada. No había escuchado el ruido del motor del coche. Bien era cierto que desde el sótano los sonidos se percibían más amortiguados, pero él no estaba estrictamente en el

subsuelo, sino que había ocupado el espacio que se habría entre dos paredes y que daba a la planta baja. Ese vehículo era antiguo y bastante ruidoso. Quizá había estado demasiado abstraído en sus pensamientos.

De pronto experimentó una sensación muy extraña, que jamás antes había sentido. Por un instante, fue él quien se supo observado. Tenía la impresión de que, en algún lugar, unos ojos se posaban sobre él. Se giró sobre sí mismo como pudo en el reducido espacio que ocupaba. Sintió un frío repentino.

Estaba nervioso.

Agitado.

Daba la impresión de que alguien le había descubierto. Pero eso era simplemente imposible. Nadie más se podría haber escondido allí.

—¿Qué te ocurre, hija? —escuchó a la abuela preguntar—. Tienes mala cara.

—No lo sé. Supongo que no es nada.

MADISON



CAPÍTULO 25



Otra jornada más agotadora. Ojalá a su madre le hubiera dado tiempo a bañar a los niños y hacer la cena. ¿Estaba siendo egoísta? Quizá sí, pero estaba tan cansada que llegar a casa y tener todas las tareas del día a día pendientes se le hacía muy cuesta arriba. La noche anterior apenas había dormido, puesto que Claire había estado tosiendo y se tuvo que levantar en múltiples ocasiones. Ser madre soltera era una tarea muy complicada, a pesar de que ella contaba con la ayuda de su madre.

Si no fuera por ella, no creía que pudiera hacerlo. Sus condiciones laborales no le permitían conciliar como necesitaba su trabajo con su vida profesional. Quejarse no le serviría de nada, salvo para frustrarse más. Sin embargo, había ocasiones en las que casi no podía remediarlo. Era una forma de permitirse una vía de escape, de desahogarse en alguna medida.

Bajó del coche y miró hacia su casa. Allí dentro se encontraban las personas más importantes y a las que más quería. No imaginaba cómo sería vivir sin ellos. Debía sentirse afortunada en lugar de lamentarse. Sus hijos nacieron sanos y, salvo las típicas enfermedades que cogen los críos, se encontraban realmente bien. Su madre no era todavía demasiado mayor, y además gozaba de una estupenda salud y una energía que gente más joven ya quisiera para sí.

En cuanto abrió la puerta, le invadió una sensación extraña. Su cuerpo se puso alerta, tenso, y un sexto sentido le alertó de que algo no iba del todo bien. Por un instante, pensó que lo que estaba sintiendo en ese momento estaba relacionado con algún evento de su pasado. Esa impresión era inexplicable. Enseguida lo descartó y se olvidó del tema, ya que sus hijos salieron corriendo a recibirla a la entrada y se le echaron encima para abrazarla.

La abuela salió a continuación de la cocina y se dirigió también a la entrada.

—Ya decía yo que tanto alboroto debía ser por una buena razón —comentó con una sonrisa—. Estos críos tienen tanta energía que bien podrían iluminar la calle entera. ¡Son incansables!

Rose, risueña hasta ese instante, se fijó entonces en la expresión de Madison. Vio algo que no le gustó. ¿Tal vez se encontraba enferma? Esperaba que solo fuera cansancio, nada más. Sin embargo, algo en ella le recordó a aquel suceso de hacía ya tantos años que, en tantos sentidos, había cambiado sus vidas.

—¿Qué te ocurre, hija? —le preguntó, por fin, incapaz de ocultar su preocupación—. Tienes mala cara.

—No lo sé. Supongo que no es nada —respondió, todavía abrazando a Justin y a Claire.

La respuesta no terminó de convencerla. Muy al contrario, provocó una mayor agitación en la anciana. Sabía que su hija no era muy dada a compartir lo que le sucedía, a veces hasta que ya era demasiado tarde.

—¿Has tenido un mal día en el trabajo, cariño?

No le dio tiempo a responder. Los pequeños tenían otros planes. Llevaban todo el día sin estar con su madre y estaban deseando compartir con ella su grandes logros de aquella jornada.

—Mami, mami, tengo que enseñarte los dibujos que he hecho hoy en el cole —dijo la niña, reclamando la atención de su madre—. Mi profe me ha dicho que son superbonitos. ¡Ya verás cómo te gustan!

—Y yo quiero que la abu te cuente las piruetas que he hecho hoy en patinaje. Enséñale el vídeo que has grabado para que lo vea, por favor —dijo el pequeño, dirigiéndose a las dos.

—Chicos, chicos, dejad un poco de espacio a vuestra madre que me parece que es lo que necesita ahora mismo. Id a ver la televisión que enseguida va ella para allá y le contáis todo lo que queráis.

Los niños, no sin protestar, se dirigieron finalmente al salón.

—Dime, hija, ¿qué sucede? Te conozco bien y sé que te pasa algo. A mí no puedes ocultármelo, así que será mejor que ni lo intentes.

Madison no sabía bien cómo poner en palabras lo que estaba presintiendo. Quizá su madre la tomase por loca, pero necesitaba asegurarse de que no fuera real.

—¿Estás segura de que no hay nadie más en la casa? —preguntó, por fin.

Rose se quedó desconcertada. Se llevó su mano derecha al pecho un tanto asustada. No se esperaba que dijera algo semejante.

—Por supuesto que no, hija. Salvo en tu habitación, creo que he estado en todas las estancias de esta casa y te aseguro que no he visto a nadie más en ninguna. ¿Por qué me preguntas eso?

Madison miró en todas direcciones, como si sus ojos pudieran detectar algo que se le hubiera escapado a su madre. No vio nada extraño, nada que estuviera fuera de lugar o que le resultara sospechoso. No obstante, percibía una intrusión, aunque no supiera explicar cómo.

Parecía estar absolutamente concentrada. Entonces cerró sus párpados, tratando de que sus sentidos fueran más agudos y percibieran algo que todavía no había captado con claridad. Se percibía una tensión extraña en su rostro, un gesto turbio y severo que transformaba su cara.

Rose, al verla así, se asustó. Su hija parecía abstraída, como si su mente estuviera en un lugar muy alejado de allí. No entendía qué pretendía con lo que estaba haciendo. Lo único que sabía era que no le gustaba aquella situación extraña. Un gesto que hizo Madison la retrotrajo a ese momento de terror cuando Frank todavía vivía. Cuando su mundo empezó a ponerse totalmente del revés.

—¡Madison, para ya! —le ordenó intentando controlar sus propios miedos—. Me estás asustando y vas a aterrorizar a los niños si

sigues así. No sé qué pretendes. Llevamos horas en casa y no ha pasado nada fuera de lo normal.

Esta salió del trance, no sin expresión de disgusto. Su mirada un tanto extraviada al principio le puso los pelos de punta a Rose. Hacía años que no veía aquello en los ojos de su hija. Y sin embargo, el paso del tiempo no había logrado que lo olvidara, puesto que lo reconoció al instante.

Había algo maligno en aquella forma de mirar.

—¿Qué te preocupa, madre? —le preguntó con una voz que a Rose no le pareció totalmente la de su hija. Era una voz con una resonancia extraña, como con eco, como si surgiera de las profundidades de la tierra, algo por otra parte inconcebible. Le daba la impresión de que poseía una gravedad extracorpórea.

—Si sigues así, me voy a llevar a los niños, te aviso —amenazó.

Madison transformó su expresión nuevamente, esta vez a una más propia de ella. Tenía la sensación de que su rostro volvía a suavizarse y recuperar la dulzura natural de su hija.

—¿Qué estás diciendo? ¿Y por qué ibas a llevártelos? Ya estoy en casa, mamá. Yo me ocuparé a partir de ahora de ellos. Son mis niños y esta es mi obligación. Te agradezco todo lo que haces por nosotros, pero no quiero que equivoques las cosas.

La voz de la mujer más joven volvía a ser la de siempre.

—Pues entonces deja de decir tonterías. Aquí no hay nadie más que nosotras y los niños. No has hecho más que meternos miedo desde que has llegado.

Madison dudó si contarle lo sucedido unas semanas atrás, cuando se encontró con la puerta principal abierta al regresar a casa de una excursión por el monte. Quizá lo mejor era no asustarla más y dejarlo estar. Seguramente estaba un poco paranoica desde aquel día, aunque no había vuelto a experimentar esa impresión desde entonces.

Además, lo que había sentido ahora era diferente a entonces. En esta ocasión, estaba segura de que había una presencia ajena en la casa. No tenía forma de demostrarlo, pero un sexto sentido dentro de ella le clamaba que tuviera cuidado.

Curiosamente, no sentía miedo.

Eso realmente le sorprendió.

—Tienes razón, mamá. Supongo que Estoy tan sumamente agotada que ya no sé ni lo que digo. Lo siento —dijo con un tono suave.

—No pasa nada, hija —respondió Rose, restándole cierta importancia.

—No sé qué habrás cocinado esta noche, pero huele fenomenal. ¿Qué tal si cenamos y luego decides si te quedas a dormir o regresas a tu casa?

CAPÍTULO 26



Finalmente, Rose volvió a su piso después de la cena. No tenía sentido quedarse allí esa noche. Ella estaba acostumbrada a su independencia y sabía lo importante que era mantenerla. Si empezaba a caer en la debilidad de quedarse un día sí y otro también en casa de su hija para ahuyentar la soledad, no haría otra cosa que perjudicarse a sí misma. No temía estar sola y le gustaba sentir la libertad que eso le daba, por mucho que, a pesar del paso de los años, siguiera echando de menos a su difunto marido. Le gustaría poder hablar con él aunque solo fuera una vez más, pero también era consciente de que eso era un imposible.

Cuando falleció, el hecho de tener que sacar adelante a la hija de ambos le dio las fuerzas que creyó que no tenía para continuar con su vida y no quedarse metida entre las sábanas llorando su pérdida. Aquello la convirtió en una mujer con una fortaleza que desconocía que habitaba en su interior. Sin embargo, un episodio como el de esta noche no hacía otra cosa que alimentar sus miedos y sus inseguridades.

No podía parar de darle vueltas a lo sucedido. La voz de Madison tan poco natural, aquella mirada extraña que no reconocía en los ojos de su hija, su expresión furtiva y huidiza, la rigidez de su rostro y su piel… Juraría que, por unos instantes, había sido presa de una especie de trance, como si algo hubiera secuestrado su alma. Estaba muy preocupada. Quizá, no tuviera motivos para ello, pero no podía

estar totalmente segura. Es más, ese instinto que solo tienen las madres le decía que algo no iba del todo bien.

A su mente volvieron recuerdos del pasado. Lo que le dijeron en una ocasión, años atrás, hizo que la angustia no se disipase, sino todo lo contrario. Un año después de trasladarse tras el fallecimiento de Frank, tuvo una conversación con el párroco de la iglesia a la que solían acudir los domingos. En un momento de dicha conversación, acabó confesándole las peleas que tenía con Madison para ir a la celebración del culto cada semana y, además, lo que les sucedió tres días antes de que muriese Frank. Le relató cómo su hija, precisamente, predijo su fallecimiento y las circunstancias en las que aquello se produjo. La zozobra que la mención de aquel recuerdo le producía se hizo patente de manera inmediata.

El padre Anthony la escuchó en todo momento con suma atención. La angustia de su feligresa le conmovió, el cual trató de reconfortarla lo mejor que pudo. No obstante, a Rose no se le escapó el gesto serio y preocupado del sacerdote. Esperaba que él la tranquilizase, pero no fue eso exactamente lo que logró con su expresión, por lo que le solicitó una explicación adicional.

—¿Y dices que no ha vuelto a suceder nada similar?

—No, ni tampoco nos había pasado antes. Fue algo totalmente inesperado. Nada en nuestra hija indicaba que podía pasar algo así. Siempre ha sido muy buena y muy dulce, muy inocente además. Pero aquel día… —relató, dejando a medias la última frase, ya que la angustia le impedía continuar hablando.

—Bueno, salta a la vista que Madison es una niña muy especial —comentó el sacristán, tratando de apaciguar la agitación de la madre de la criatura.

—Sí que lo es —respondió—. Estoy muy orgullosa de ella. Después de lo que nos ha tocado vivir… No ha sido nada fácil empezar de cero.

—Sí, lo comprendo. Imagino que tiene que haber sido muy duro. No obstante, has demostrado una gran fortaleza. Habéis sabido reconstruir vuestra vida y debéis estar orgullosas por ello. Sois un ejemplo a seguir.

—Gracias.

—Sin embargo… —comenzó a decir, pero haciendo una breve pausa para encontrar las palabras adecuadas. A Rose se le puso el estómago boca abajo atenazada por el miedo como estaba en aquel instante.

—Sin embargo, ¿qué?

—Bueno, lo que me has contado ha suscitado en mí algunas preguntas y me gustaría poder evaluar a Madison. No sería yo, sino alguien que conozco y que está especializado en estas cosas.

—No comprendo, padre Anthony. ¿Qué es lo que hay que evaluar? —preguntó escéptica. No estaba preparada para lo que el cura quería comentarle.

El sacerdote suspiró. No era fácil decirle aquello a una madre. No obstante, tenía que hacerlo. Quizá no fuera nada, pero cabía la posibilidad de que tuviera razón. En ese caso, había que actuar. Dejar pasar el tiempo no era lo más inteligente. Cuanto antes lo abordasen, sería mucho mejor para todos.

—Rose, estoy seguro de que sabes que os aprecio y que me preocupo por vosotras.

—Sí, desde luego. No tengo ninguna duda al respecto. Pero no sé a qué viene todo esto.

—Lo que quiero decir es que, aunque afortunadamente no es algo frecuente, lo cierto es que, a veces, algunos niños pueden tener la huella del mal dentro de ellos —explicó, de forma dubitativa.

La madre de Madison palideció en ese instante. En realidad, por su mente habían pasado todo tipo de posibilidades, pero las había desechado de manera inmediata, ya que no era capaz de aceptar lo que estas suponían. Se agarraba a lo que decían los médicos como a un clavo ardiendo. Ninguno halló afección alguna que justificase lo sucedido con Madison aquella noche. La niña, según concluían las pruebas, estaba perfectamente.

Y ahora un miembro de la iglesia suscitaba nuevas dudas.

Era la primera vez que alguien ponía en palabras sus pensamientos y el pánico se apoderó de ella. ¿Su hija estaba poseída? ¿Era eso lo que sugería el padre Anthony? ¿Había algo malvado en su pequeña? No estaba dispuesta a aceptar nada de eso. No tenía el arrojo necesario todavía para afrontar algo así.

—Lo siento, creo que es hora de marcharme. Mi hija está ahí fuera en el parque jugando con otros niños y se ha quedado una de mis amigas al cargo. No puedo abusar más de su tiempo. Siento haberle molestado con mis tonterías, padre.

—Rose, por favor. No te vayas así —le suplicó, sin querer aceptar esa derrota.

—Es tarde. De verdad que tengo que marcharme.

—Muy bien, como quieras. Pero piénsalo, por favor. No digo que tenga razón, pero sí convendría saberlo para ayudar a Madison. No perdemos nada por hacer una valoración y se puede ganar mucho a cambio —argumentó, con la vana esperanza de convencerla.

—Madison está ahora muy bien. Hemos dejado atrás aquellos momentos horribles. Necesitamos mirar hacia el futuro con ilusión.

—Por supuesto y es heroico que lo hayáis hecho pero, respóndeme a una pregunta: ¿no te has preguntado nunca cómo pudo predecir tu hija la muerte de su padre? Estoy seguro de que alguna vez te has hecho esta pregunta.

Las lágrimas afloraron a los ojos de Rose Coleman. Claro que había pensado en ello infinidad de veces. ¿Cómo pudo saber que Frank iba a morir tres días después? Era tétrico y siniestro, a la vez que alarmante. Su marido estaba sano y se cuidaba. En los distintos chequeos médicos que se había hecho a lo largo de los años, nada había revelado que tuviera problema de salud alguno.

—Lo siento, padre. Mi hija me espera.

Dio por concluida la conversación con el clérigo. No soportaba seguir hablando de ese tema. Quizá estuviera dando la espalda a algo importante, pero, por el momento, no se veía preparada para abordar un problema de tal magnitud.

Cuando salió de la estancia, el padre Anthony se asomó a la ventana para ver la reacción de su feligresa. Esperaba sinceramente no haberla alterado en exceso, pese a saber que había hecho lo correcto. Su intención, en ningún caso, era causarle ningún daño.

Cuando lo hizo, algo le puso los pelos de punta.

Madison le miraba fijamente desde el jardín que rodeaba la iglesia en el que estaban el resto de los niños jugando. Instantes después, su madre la agarraba de la mano y se la llevaba lejos de allí.

CAPÍTULO 27



Cuando se fue su madre aquella noche, Madison retomó sus pesquisas. Presentía una presencia en su casa. No podía eludirlo. No era capaz de explicar con palabras por qué tenía la certeza de que era así, pero la realidad era que estaba segura de que tenía razón. Era un sentimiento demasiado fuerte para obviarlo.

Los niños ya estaban acostados y, aunque al día siguiente tenía que trabajar y más le valía acostarse pronto para descansar, algo dentro de ella le decía que no lo podía dejar estar. Si había alguien allí… o algo… su vida y la de sus niños podrían correr peligro. ¿Qué clase de madre no haría todo lo que estuviera en su mano para proteger a sus retoños?

De algún modo, esta situación era diferente de la de la última vez, cuando encontró la puerta abierta de su casa y el miedo se apoderó de ella de pies a cabeza. En esta ocasión, no había ni rastro de ese terror que experimentó entonces. Una determinación desconocida en ella lo había sustituido. No temía a nada de lo que tuviera que enfrentarse. Estaba dispuesta a hacer lo que fuera necesario.

Sintió ahora una sensación que la estremeció. Era como si su parte racional y la emocional entrasen en conflicto. Su mente le pedía prudencia, mientras que el corazón le pedía sangre. Un sentimiento visceral solicitaba neutralizar la amenaza del modo que fuera necesario, incluso si eso implicase transgredir las leyes. Debía

acabar con el problema de forma radical, extirparlo, cortarlo de raíz para que no pudiera reproducirse en ninguna forma imaginable.

La parte de Madison que todavía era capaz de pensar, le decía que si encontraba algún peligro, llamase a la policía y buscase el modo de escapar. Existían formas correctas de solucionar las cosas. Tomarse la justicia por su mano jamás sería la opción más adecuada. Ella no era violenta, sino todo lo contrario.

Agitó la cabeza, procurando alejar así tantos pensamientos intrusivos y emociones tóxicas e inexplicables. Su mente parecía una batidora en la que se mezclaban y removían emociones e ideas, sentimientos y reflexiones de lo más variopintas. No la estaban ayudando en ningún sentido, solo contribuían a retrasarla en su misión.

Se dirigió a la cocina y tomó un cuchillo de carne bien afilado. Estaba dispuesta a usarlo sin contemplaciones. Se sorprendió a sí misma pensando así, con esa seguridad y ese aplomo, pero lo cierto era que no albergaba ni el menor atisbo de duda.

Exploró las diferentes estancias de la planta baja de forma pausada y minuciosa. No podía dejarse ningún rincón por explorar. Olfateó como un animal el aire, como si así pudiera discernir que alguien ajeno a su familia hubiera estado o estuviera todavía allí. No detectó nada que justificase, por el momento, sus sospechas.

Entonces, después de coger la llave, se acercó a la puerta del sótano, aquel lugar en el que residían sus miedos del pasado, los cuales se habían agarrado muy fuerte a ella, hasta el punto de lograr que evitara bajar allí desde que se habían ido a vivir a esa casa, hacía ya muchos años. Era casi un lugar prohibido.

Dentro de ella, una sensación interna le recordaba que el sótano era el sitio donde residían esos monstruos que no mueren tal y como era de esperar, sino que poseen una fuerza sobrenatural que los mantiene con vida sin importar lo que hagamos.

La puerta emitió un crujido. Las bisagras oxidadas se quejaban del descuido al que habían sido sometidas desde hacía tantos años. El tacto de la madera era áspero, su aspecto desvencijado, reflejos del abandono y del paso del tiempo. Con su mano, buscó a tientas

en la pared buscando la forma de iluminar aquel pozo lleno de sus inseguridades y sus miedos.

Pulsó el interruptor.

Una luz pobre se iluminó en una bombilla desgajada por el tiempo. Las telarañas que la recubrían le quitaban todavía un poco más de luminosidad y alimentaban las sombras a su alrededor, las cuales bailaban al son de una música inexistente.

Se detuvo en la parte alta de la escalera.

Una vez más, olfateó el aire buscando partículas extrañas, pero, de nuevo, sin éxito. Solo era una forma más de investigar. No dudaba que hallaría lo que presentía que se encontraba allí.

Se sentía inusualmente segura de sí misma.

Comenzó a bajar las escaleras con determinación, pero también con cuidado de no tropezar. Sus piernas daban pasos firmes, y a la vez silenciosos, que reflejaban su estado de ánimo, su confianza en sus posibilidades y su determinación de carácter.

A mitad de escalera, se paró de nuevo. Cada vez la oscuridad le ganaba más terreno a la luz. Decidió tomar su móvil y encender la linterna. Cuando llevó su mano izquierda al bolsillo trasero de sus vaqueros, se dio cuenta de que no lo tenía allí. Lo había dejado en la encimera de la cocina. No le importó. Tal vez fuera lo mejor. Así, si había alguien ahí abajo, no le alertaría de su posición.

Debía poner todos sus sentidos al bajar las escaleras. No era cuestión de partirse la crisma. Con eso solo conseguiría dejar a sus hijos a su suerte, sin nadie que les protegiera si estaba en lo cierto y en la casa se había colado alguien con intención de hacerles daño.

Como era de esperar, la madera crujía bajo sus pies. Se quejaba de un esfuerzo al que ya no estaba acostumbrada. Era una casa bastante vieja y, aunque Madison había hecho algunas reformas desde que se fueron a vivir allí, el sótano no lo había tocado. Ni siquiera estaba segura del estado en el que se encontraba. Era innegable que ese desconocimiento no era lo más prudente, puesto que incluso la estructura de la casa podía verse comprometida si algo en el sótano estaba en malas condiciones.

Pero sus miedos ganaron la batalla.

Hasta ese instante.

Comenzó a sentir un hormigueo extraño en su nuca. Era similar a una planta trepadora que crece y va ganando espacio, hasta invadirlo todo. Con la mano libre, se rascó intentando aliviar esa sensación incómoda, pero no lo logró del todo. Trató de permanecer ajena a ello, abstraerse de esa infructuosa distracción. Debía centrar toda su atención en lo que tenía que hacer.

—«Está ahí. Lo sabes. Es uno de los nuestros».

Se giró de forma brusca. Estaba segura de haber escuchado a alguien hablándole al oído. Movió sus manos para palpar el espacio que la rodeaba, pero allí no había nada ni nadie más que ella en mitad de la escalera.

Durante unos segundos, se quedó petrificada, estudiando la situación. Estaba sorprendentemente segura de que, aquella voz que le había hablado, no pertenecía a quien ella había ido a buscar allí abajo.

No podía seguir atascada en ese intermedio.

Le convenía bajar hasta el suelo, a un terreno más estable para minimizar los riesgos. No podía exponerse a una caída tonta por quedarse ahí parada. Sería una estupidez colosal por su parte.

En cuanto posó sus pies en el suelo, se dio cuenta de que la oscuridad allí era densa y espesa. Casi se podía tocar. El olor a humedad colonizó sus papilas olfativas, eliminando la posibilidad de detectar cualquier otro aroma. Instintivamente miró hacia arriba y le pareció que la luz de la bombilla estaba en un lugar muy lejano y cada vez era más débil.

Se adentró un poco más en la negrura.

CAPÍTULO 28



Después de lo que contempló en casa de Madison, conciliar el sueño aquella noche fue misión imposible. A su mente acudían continuamente imágenes que no hacían más que intranquilizarla. Rose había visto en su hija aquella noche algo maligno que la acechaba otra vez. Aquella voz con la que le había hablado no era totalmente la suya, sino que estaba teñida de algo que ya había estado en ella mucho tiempo atrás.

No se veía con fuerzas para luchar contra aquel horror otra vez. Ahora era mucho mayor que cuando tuvo que hacerlo por primera vez. Era inevitable pensar en todo lo que pasaron ambas tantos años atrás, en un pasado que más bien parecía de otra vida. No podía, no sabía y no quería hacerle frente de nuevo, porque el recuerdo de la última ocasión era demasiado doloroso y terrible.

Después de aquella conversación con el padre Anthony, los días siguientes no pudo quitarse de la cabeza lo que este le había dicho. Algunos niños podían llevar en su interior la huella del mal amenazando su inocencia natural. Eso es lo que había sentenciado, palabra por palabra. Suponía que lo que, en realidad, había intentado decirle con lo que expresó a continuación era que, si no se hacía nada para remediarlo, esa huella permanecería dentro de ellos para siempre.

¿Su hija llevaba dentro la huella del mal?

Imposible.

No quería creer que aquello fuera ni siquiera una mínima probabilidad y, durante varias semanas, trató de desterrarlo de su mente. Sin embargo, las peleas con la niña para ir a la iglesia cada vez eran mayores. Madison solía mostrarse tranquila y dócil durante la semana, pero cuando llegaba el domingo, se volvía rebelde y contestona. Mostraba un rechazo frontal a acudir al templo y se oponía de todas las formas que se le ocurrían. Casi tenía que arrastrarla literalmente hasta la iglesia. Una vez allí, solía mostrarse inquieta y agitada durante la mayor parte del tiempo que permanecían entre sus muros. A veces, Rose tenía la impresión de que su hija se retorcía mientras permanecían en el interior del templo.

Sin embargo, eso no fue lo único que la impelió a acudir nuevamente al padre Anthony. El detonante final lo puso una llamada del colegio. La convocaron de urgencia a una reunión con la tutora y la directora.

—Señora Coleman, no sabemos muy bien cómo decirle esto —comenzó a explicar la directora con tacto y prudencia—. Antes de nada, nos gustaría saber si ha habido algún cambio brusco últimamente en casa o ha pasado algo que haya podido alterar a Madison.

Aquellas palabras la inquietaron. Algo sumamente grave debía haber ocurrido para que en el centro educativo barajasen la posibilidad de que había ocurrido algo malo en casa. Desde su incorporación, estaban al corriente del fallecimiento repentino de su padre y de su posterior traslado. No obstante, se aseguró de que la directora también conocía aquel dato.

—No, se lo habría dicho. Supongo que ya está al corriente de que su padre murió de manera inesperada. Fue un golpe muy duro para las dos, pero eso fue hace varios meses, antes de que nos mudásemos aquí.

—Sí, sí. Estoy al corriente. Me lo contó su tutora.

—Verá, señora Coleman, cuando hemos hablado en otras ocasiones, siempre le he dicho que Madison es una niña muy buena y muy tranquila —le explicó la profesora de la niña—. Es muy fácil

trabajar con ella. Además, suele poner atención e interés a lo que se explica o se trata en clase. Es una alumna muy aplicada, la verdad.

—Sí. Me lo han dicho siempre de ella, desde que era muy chiquitina.

—Pues es cierto… en la mayor parte de las ocasiones. Sin embargo hoy… Bueno, ha pasado algo verdaderamente preocupante —señaló la maestra.

Rose notó el modo en el que su corazón se ponía en modo alerta y comenzaba a bombear sangre como si estuviera preparándose para huir de una amenaza que pondría en peligro todo su mundo. ¿Qué podía ser tan grave para que estuvieran allí sentadas las tres?

—¿Y qué es lo que ha ocurrido? —preguntó con un leve temblor en la voz.

La profesora y la directora se miraron la una a la otra, como decidiendo quién debía hablar a continuación. Finalmente fue la tutora la que tomó la palabra.

—Se ha peleado con un compañero de su clase y ha estado golpeándole de manera despiadada hasta que un adulto ha logrado agarrarla y separarla de él.

Rose se quedó petrificada. Su mente se negaba a aceptar aquello que acababan de relatarle. Debía tratarse de una equivocación.

—No comprendo… Eso no es propio de mi niña.

—Eso nos ha parecido a todos, pero la realidad es que ha sido desproporcionado. Le aseguramos que no estamos exagerando. Hemos tenido que llamar incluso a los servicios de emergencia para que atendieran al crío.

La cara de la madre se descompuso. Sintió tal dolor en el centro del pecho, que creyó que estaba a punto de darle un infarto. Lo que le contaban era demasiado duro para asumirlo. Sonaba a una brutalidad desconocida para ella. La imagen que estaban describiendo no se correspondía con la niña que ella conocía.

—Tiene que haber un error —susurró, a punto de derramar las primeras lágrimas. No sabía por cuánto tiempo podría retenerlas, pero no sería demasiado. Que Madison hubiera estado golpeando de forma cruel a otro niño hasta el punto de necesitar atención médica

era algo inconcebible. El nivel de crueldad que eso implicaba resultaba devastador.

—Me temo que no lo es, y debido al tipo de conducta que ha demostrado, nos vemos obligados a tomar medidas drásticas. Supongo que lo comprenderá —aseveró ahora la directora con gesto severo.

—Además, es una forma de evitarle más problemas. La familia ha amenazado con denunciar a su hija. Me imagino que estará de acuerdo con nosotras en que debemos evitar que eso suceda en la medida de lo posible. Eso quedaría para siempre en el expediente de su niña.

No sabía ni qué contestar. Estaba absolutamente estupefacta. Ese nivel de violencia… ¿Cómo era posible que hubiera sido capaz de hacer algo así?

Preguntó por el estado del niño en aquel momento. Lo que le dijeron no fue nada alentador. El pequeño seguía en el hospital. Esperaba que se recuperase cuanto antes. No estaba segura de que los padres mantuvieran su palabra en cuanto a lo de no denunciar a Madison. Tampoco podría culparles si no lo hacían.

Una vez finalizada la conversación, se dirigió a buscar a su hija, la cual la esperaba en el despacho del psicólogo del centro educativo. Este solicitó a la niña que esperase unos minutos fuera para poder hablar un poco con su madre. Lo que este le contó, la dejó todavía más impactada. Su hija no había mostrado ni el menor remordimiento y solo había insistido en repetir que aquel crío idiota se lo merecía y que debía haberle dado más fuerte.

Después de aquel incidente, cambiaron a Madison de colegio y fue cuando Rose pensó que debía volver a considerar lo que el padre Anthony le había insinuado. No servía de nada mirar para otro lado. Los problemas no desaparecen por sí solos, si no que requieren de actuaciones encaminadas a encontrar la mejor solución para ellos. En su caso, podía volver a acudir a los médicos, pero cabía la posibilidad que, una vez más, le dijeran lo que ella quería oír, que su hija era una niña perfectamente normal y que no había motivos para preocuparse.

No elegiría el camino fácil.

Acudiría a aquellos que consideraba que, para lo que necesitaban ahora, podrían ayudarlas.

Se citó con el párroco de su iglesia. Este le prometió que le pondría en contacto con alguien especialista en esos temas.

CAPÍTULO 29



La oscuridad la fagocitó a su interior y la envolvió como lo haría una madre amorosa. Sus ojos se adaptaron a la ausencia de luz con asombrosa facilidad, como si fuera una criatura de la noche. Resultaba chocante que, de pronto, aquel lugar que tanto terror le provocaba se convirtiera en uno conocido y casi agradable para ella.

Aferró con fuerza el cuchillo con su mano derecha. Se adentró un poco más y, como ya había hecho con anterioridad en la planta de arriba, olfateó el aire buscando partículas odoríferas que le alertaran de la presencia de alguien en aquel lugar. Una vez más, la humedad colonizó sus sensaciones olfativas.

Siguió avanzando. Procuraba hacer el menor ruido posible. No quería alertar de su posición a quien estuviera allí, si es que, en verdad, había alguien. Un sexto sentido la ayudaba a avanzar por el sótano sin tropezar con los múltiples objetos que estaban esparcidos aquí y allá. No se percató de que algunos habían sido movidos. Todos ellos pertenecían a sus anteriores dueños y fueron abandonados en su día de manera inmisericorde.

Una pianola antigua estaba apoyada junto a una de las paredes del fondo. Tenía varias teclas rotas y hacía demasiados años que ya no salía de su interior ninguna melodía reconocible. Madison llegó hasta ella, situada en la parte más alejada de las escaleras, sin percibir nada extraño que confirmase sus sospechas y, aun así, seguía convencida de que alguien se encontraba allí.

No tenía ninguna evidencia de que tuviera razón, pero su intuición era tan fuerte que no podía obviarla. Algo dentro de ella le alertaba de modo insistente de que un intruso había osado colarse en su casa. Miró en derredor desde donde estaba. Sus ojos apenas podían distinguir los contornos de los objetos más voluminosos.

Posó su mano izquierda sobre la tapa del instrumento. Notó la compacta y espesa capa de polvo alojada allí durante años. Pensó que no sería mala idea buscar un hueco en la planta de arriba y colocar allí el instrumento. Podría ser un estímulo para los niños. Quizá, los tres podrían aprender a tocarlo.

De pronto, imágenes desconocidas se formaron en su mente. No conocía a las personas que salían en ellas. Ni siquiera le resultaban mínimamente familiares o conocidas. Daban la impresión de pertenecer a una época anterior. Había música y la gente se divertía. Los ánimos se encontraban exaltados por el alcohol.

Celebraban una fiesta.

De repente, todo terminó de manera brusca. Una presencia malvada irrumpió en la escena. Era alto y su figura resultaba imponente. Sus ojos eran rojos como las ascuas que prenden un fuego. Con movimientos rápidos, acabó con las vidas de todos los presentes. Se sucedieron escenas sangrientas, condensadas de violencia.

Madison se estremeció.

No entendía lo que veía. ¿Por qué se habían formado esas imágenes en su cabeza? Eran como trozos de un rompecabezas, como piezas sueltas de una figura antigua que se juntaban para volverla a configurar, aunque de manera imperfecta. Levantó la mano agitada, tratando de alejar aquello de su mente.

—«¿Lo has visto, verdad?» —susurró una voz grave junto a su oído.

Madison se giró de forma brusca en su dirección. No había nadie allí. Y sin embargo, estaba segura de haber escuchado con nitidez esas palabras. Era la segunda vez esa noche que ocurrí lo mismo. Todo aquello era demasiado extraño. No comprendía qué estaba sucediendo. Miró en derredor, alargando la mano que llevaba el

cuchillo de forma amenazante. Si había alguien, se lo haría pagar muy caro, de eso no tenía dudas.

De pronto, la voz de uno de sus hijos la sacó de ese estado de absoluta concentración en el que se encontraba. Justin la llamaba desde arriba. Estaba buscando a su madre y ella no se hallaba donde él esperaba encontrarla. Puede que estuviera asustado o que la necesitase por algún motivo.

Tenía que subir inmediatamente.

Muchas veces había alertado a los niños de que no bajaran al sótano. Les había hablado de incontables peligros que podrían correr allí abajo, muchos de los cuales acechaban en la oscuridad. Ahora tenía que buscar una explicación que justificase que ella misma hubiera accedido a aquel lugar terrorífico.

Miró una vez más alrededor antes de subir. La negrura le impedía ver con claridad, pero no detectaba ninguna sombra fuera de lugar ni nada que se moviese. Su expedición había resultado ser un fracaso, a la par que desconcertante.

Resopló.

Se mantendría alerta y al acecho.

Subió corriendo los escalones.

Mientras todo aquello sucedía, una presencia la observaba y acechaba entre las paredes.

Ahora era él el que, en cierto sentido, tenía miedo.

TAYLOR



CAPÍTULO 30



Taylor no comprendía qué estaba sucediendo. Era imposible que ella supiera que él estaba en el sótano escondido. Había tenido sumo cuidado y se metió en la casa cuando esta se encontraba desierta. Igualmente, estaba bastante seguro de que no le vio ninguno de los vecinos. De hecho, la abuela de los niños, ni siquiera había sospechado lo más mínimo de su presencia. Había estado con ellos toda la tarde y ninguno dio muestras de pensar que un extraño se encontraba en el interior de la vivienda.

Aquello no tenía sentido.

Curiosamente, la madre de los críos parecía decidida a no rendirse hasta que encontrase a quien había ido a buscar. Daba la impresión de poseer un alto índice de seguridad en cuanto a sus sospechas. Taylor le daba vueltas a aquello sin ser capaz de encontrar en qué se había equivocado o qué evidencia podría haber dejado. Repasaba en su mente cada uno de los pasos que siguió antes de entrar. Quizá la conversación con Rebecca antes de abandonar el hospital le había hecho perder la concentración. Incluso si ese era el caso, no creía que hubiera dejado ningún rastro tan evidente como para que aquella mujer no albergase dudas acerca de su presencia allí.

¿Cómo podía saberlo?

Sintió una rabia desconocida que nacía de la más honda frustración. Taylor no perdonaba el error de nadie, menos el suyo

propio. Era muy exigente consigo mismo. Se fijaba elevados estándares ante cualquier objetivo que se plantease y solía alcanzarlos. Estaba convencido de que esta ocasión no era una excepción y que había hecho todo de la forma que había planificado.

Debía tratarse de otra cosa.

El primer día que se coló allí, dejó pistas evidentes de que había entrado. Fue algo premeditado. Un juego que disfrutó mucho. La puerta abierta no inducía a errores, sobre todo la segunda vez que la dejó así con la intención de que la descubriera. En aquella ocasión, percibió con claridad el miedo en la mujer.

Algo había cambiado.

No había ni rastro de esa emoción en la actualidad.

La voz de uno de los pequeños acababa de salvarle. Estaba bastante convencido de que ella habría podido localizarlo al final. Se quedó muy cerca de hacerlo, de hecho. Era incomprensible que se hubiera mostrado tan segura de sí misma y tan decidida.

¿Qué le había conducido a esa férrea convicción?

No paraba de darle vueltas. No había hecho ningún ruido desde que estaba ahí abajo. Se mantuvo casi inmóvil, con una paciencia que no estaba al alcance de cualquiera. Estaba esperando el momento perfecto para comenzar a asustar a la familia. Quizá cuando llegase el primer sueño y disfrutar presenciando lo que sus acciones provocaban en ellos. Su intención era provocarles un nivel de terror extremo para tenerlos a su merced.

Habría estado cerca de lograrlo.

Sin embargo, podía ser que no hubiera elegido bien a sus víctimas. Durante el tiempo que las estuvo observando, nada le había alertado de esa inquebrantable determinación que había demostrado la madre esa noche. ¿Cómo podía haberla evaluado de una manera tan errónea? Él no solía equivocarse en ese tipo de asuntos. Tenía un don para ello. Demostraba una gran facilidad para detectar las debilidades de los otros para, así, poder aprovecharse de ellos. En verdad, no solía equivocarse nunca, en ningún aspecto de su vida, porque era un ser privilegiado, alguien especial.

Muy al contrario, evaluando los gestos de aquella mujer al llegar a casa, le dio la impresión de que estaba sobrepasada por sus

obligaciones y que tenía una personalidad más bien temerosa. La preocupación se reflejaba con claridad en su cara. Era comprensible, teniendo a su cargo a dos pequeños. La vida no es fácil y, si no tienes la suerte de contar con un trabajo con una buena remuneración económica, entonces se complica un poco más.

Valoró las opciones de las que disponía. Estaba a tiempo de cambiar de objetivo y buscar otras posibles víctimas con las que disfrutar de todo lo que había planificado. Sin embargo, eso requería empezar desde cero y estudiarlos. Perdería esos días de permiso de los que disponía ahora para llevar a cabo su plan.

Por otra parte, la necesidad que sentía de causar dolor a otros ya apremiaba y pedía su dosis, como un animal famélico e insaciable. En caso de cambiar de objetivos, quizá se apresurase atendiendo a ese hambre que sufría, lo que le podría conducir a cometer errores inesperados, cosa que no era nada propia de él pero que, en las últimas ocasiones, le había hecho darse cuenta de que podía suceder si no se mantenía en unos márgenes seguros.

Decidió seguir adelante con sus planes. Cuidaría en extremo cada paso. Esa noche permanecería agazapado y alerta. Tendría que posponer, al menos, un día más lo que tenía proyectado. Sería conveniente hacer algunos ajustes antes de que fuera tarde.

Cuando la familia abandonase la casa a la mañana siguiente, estudiaría los conductos de ventilación para averiguar cuáles daban a los dormitorios de los niños. En lugar de asustar a la familia en su conjunto, dividiría sus acciones y aterrorizaría a los pequeños por separado, de modo que solo cada uno de ellos lo escuchase. El objetivo era que nadie más fuera testigo de lo que sugerían que pasaba en su habitación.

Vaciló ante la posibilidad de salir de la casa esa noche. Aunque estaba acostumbrado a ser paciente y a permanecer mucho tiempo en la misma posición, gracias a su trabajo como cirujano, lo cierto era que el lugar era excesivamente estrecho e incómodo.

Escuchó con suma atención antes de moverse.

No había ni el menor ruido.

Salió de entre las paredes del sótano, pero decidió no irse de allí. Subió las escaleras extremando las precauciones, procurando que

sus pasos fueran de algodón. Ya había aprendido qué escalones eran los que crujían bajo su peso. Esos tendría que sortearlos.

Comprobó la puerta. Estaba cerrada con llave, tal y como suponía. La madre no quería que los niños bajasen allí, así que tuvo la precaución de candarla. Sospechaba que, en las actuales circunstancias, le preocuparía todavía más.

Mejor para él.

Si en mitad de la noche Madison regresaba, podría alertarle el sonido de la llave. Era una ventaja con la que contaba.

Se dispuso a descansar, pero sin dejar de pensar en las posibilidades que se le presentaban desde ahora en adelante.

Y en los riesgos nuevos que no había previsto.

CAPÍTULO 31



La noche pasó deprisa. A pesar de que tuvo un sueño ligero, le sirvió para reponerse y descansar a la espera de que la familia saliera de la casa para abordar las tareas del día a día. Le dio por imaginar qué pensarían sus compañeros del hospital si supieran a qué dedicaba sus vacaciones. Posiblemente, creerían que se encontraba en un destino muy lejano y tropical disfrutando de unas vacaciones relajadas en algún lugar vergonzosamente caro. O quizá por el contrario, algunos pensarían que se encontraba en un viaje plagado de visitas culturales.

Nada más lejos de la realidad.

Lo cierto era que estaba tan solo a unos pocos kilómetros de su trabajo y de su vivienda, pasando ese tiempo de asueto haciendo algo que seguro que la sociedad reprobaría. Poco le importaba lo que pensasen los demás. Era libre de elegir cómo pasar su tiempo, aunque en realidad eso no era del todo cierto, ya que lo dedicaba a entrar sin permiso en una casa ajena.

Seguramente a las autoridades no les gustaría.

Había previsto cómo cubrir sus necesidades mientras viviese en las paredes de aquella vivienda. Del hospital había tomados sondas, bacinillas y bolsas herméticas para recoger cualquier tipo de sustancias. Además, se había provisto de barritas energéticas y otro tipo de alimentos como los que llevaban los astrounautas en sus

viajes, de modo que pudiese saciar sus necesidades fisiológicas. Esos aspectos eran fundamentales para resistir el tiempo necesario.

La casa por fin quedó desierta. Aguardó un poco más en su escondite por si volvían debido a algún olvido o algo similar. Nada de lo que había escuchado le inducía a pensar que la madre hubiera retomado sus indagaciones, pero no podía confiarse. Lo más probable era que, cuando regresase, volviese a las andadas.

Después de un tiempo prudencial y de constatar que no había ningún ruido que indujera a pensar en la presencia de nadie más en la casa, subió a la planta de arriba. Tenía valiosas horas por delante para averiguar los puntos débiles de la casa y cómo causar más terror. Quería buscar la forma de causar fenómenos que parecieran paranormales, de modo que los niños experimentaran auténtico terror.

Sin embargo, intuía que la madre no sería tan fácil de asustar, después de lo visto la noche anterior. La mejor forma de hacerla sufrir era que temiera por la vida de sus hijos, los cuales sin lugar a duda corrían un peligro real, aunque ella todavía no lo supiera.

La vivienda era de estructura antigua y gran parte de la edificación estaba hecha con madera, lo que le daba una ventaja, puesto que ese material le haría más fácil lograr sus objetivos. Además, si finalmente tuviera que recurrir a incendiar la vivienda como en su última aventuar, era fácil hacerla arder hasta los cimientos sin necesidad de usar demasiado acelerante, pues la madera en sí ya constituía un combustible de primera mano.

Después de asearse aprovechando la ausencia de los miembros de la familia, comenzó el trabajo. Consiguió hacer pasar unos tubos desde el sótano hacia las habitaciones de los críos. Con ellos, aprovechando los conductos de ventilación, lograría que llegasen ruidos y voces a sus habitaciones que les harían temblar de miedo.

Además, pese a las reticencias que tuvo en su momento, finalmente consideró que no le vendría mal controlar los movimientos de los miembros de la familia para ser más precavido. Por tanto, colocó unas microcámaras que transmitían directamente a su teléfono y que, además, le permitirían disfrutar del espectáculo en primera mano. Después tendría que asegurarse de borrar

cualquier mínimo vestigio en su teléfono. No quería dejar ni el mínimo rastro digital.

No obstante, no se conformó con ubicarlas solo en las habitaciones de los niños, sino en otras estancias de la casa, precisamente para estar al tanto de los movimientos y reacciones de todos y cada uno de ellos. Gracias a ello, podría ir siempre un paso por delante.

Añadido a todo lo demás, los tubos que había instalado le permitirían escuchar con mayor claridad las conversaciones que tuvieran lugar en la casa. Era fundamental estar al tanto de lo que se decía ahí dentro.

El tiempo pasó volando, pero supo aprovecharlo bien para sus intereses. No había descansado ni un minuto. No se lo podía permitir si quería tener todo listo para no demorarse más. Antes de que se diera cuenta, llegó la hora en la que estaba previsto que regresaran los pequeños a la vivienda.

El espectáculo debía dar comienzo.

Aprovecharía cualquier instante mientras estuvieran con la abuela para atemorizar a los niños. Si en contra de sus planes iniciales, ella también escuchaba voces o algunos ruidos raros de los que produjera, estudiaría su reacción y trataría de usarla en su favor.

CAPÍTULO 32



Accedieron a la casa como si fueran un terremoto. Era patente que estaban deseando regresar a casa. No les culpaba. Cuando él era tan solo un crío, también disfrutaba al volver a su hogar, puesto que podría llevar a cabo las actividades con las que más disfrutaba.

Decidió comenzar por el niño. Le había dado la sensación de que, de los gemelos, él era el dominante. Era algo bastante habitual que en esos casos uno de los hermanos fuera el que mostrase más iniciativa y tras el cual el otro se parapetaba y resguardaba. Debía hacerle flaquear.

El crío se encontraba jugando en la alfombra que tenía junto a la cama con unos coches, cuando empezó a oír susurros. Justin puso su espalda rígida. Giró la cabeza, primero hacia un lado y luego hacia otro, pero no logró escuchar nada fuera de lugar en aquel instante. Después de unos segundos más, volvió a lo suyo.

Entonces, sonó un golpe muy fuerte en la pared que había junto a su cama.

—Justin, ¿qué estás haciendo? —preguntó la abuela desde abajo.

—No estoy haciendo nada, abu. Yo no he sido quien ha hecho ese ruido.

Un minuto después, la abuela del niño abría la puerta de su habitación.

—Ten cuidado, Justin. Si rompes algo por jugar a lo bruto, tu madre se va a enfadar.

—¡Pero es que yo no he hecho nada, te lo juro!

—Avisado quedas, jovencito.

Mientras esto sucedía, Taylor decidió que era el momento de la pequeña Claire. En esta ocasión, empezó a rozar el interior del tubo que conducía hasta su habitación. El ruido que se producía era muy extraño y desagradable. Podría interpretase como si hubiera un grupo de roedores corriendo por la pared.

En principio, no detectó ninguna reacción en la niña.

Decidió probar algo más.

—¡Claire, Claire! —la llamó, poniendo una voz grave y distorsionada.

La pequeña, esta vez, se levantó como un resorte y el corto suspiro que emitió al escucharlo le indicó que había logrado su objetivo.

—Voy a matarte, Claire. Voy a hacerte mucho daño antes de que mueras.

La niña salió corriendo de la habitación y chillando. Taylor sonrió divertido. Escuchó cómo la niña le relataba a su abuela que en su habitación había alguien que quería herirla y que le había dicho que la iba a asesinar.

Entraron en la habitación. Los dos niños seguían a la mujer adulta, parapetados detrás de ella. Tras una breve inspección, concluyó que allí no había nada.

—Veis demasiadas películas y series, eso es lo que pasa. Le tengo dicho a vuestra madre que no os deje ver tanto la televisión. Y por si eso fuera poco, jugáis en su móvil a juegos que no deberíais. Luego veis cosas donde no las hay —les regañó.

—Abuela, te juro que no te miento. Alguien ha dicho que iba a matarme. No me quiero quedar sola en mi habitación. Me da miedo.

—Yo tampoco voy a quedarme allí. Pasa algo raro.

—De verdad que no os entiendo, chicos. Muy bien, si no queréis meteros en la habitación, no lo hagáis, pero no quiero que me molestéis mientras estoy cocinando, ¿de acuerdo? Y por supuesto, en el salón no vais a encender el televisor. Nada de pantallas hasta que venga vuestra madre.

Los hermanos protestaron, pero no les sirvió de nada, ya que la abuela se mostró inflexible.

—¡Ah! Y nada de contarle estas tonterías. Bastante tiene ya con el trabajo, como para llegar a casa y que le contéis historias que no tienen sentido y que no harán otra cosa que preocuparla.

Taylor se alegró por las palabras que acababa de pronunciar la mujer. Eso le facilitaba las cosas, tal y como quería. Después, escuchó a los niños susurrando en la estancia principal. Los dos parecían estar asustados.

La era del terror no había hecho más que comenzar.

Lo que no imaginaba era lo poco que duraría.

CAPÍTULO 33



Mientras los niños permanecieron en el salón, Taylor volvió a mostrarse juguetón. Los susurros se sucedieron y algunos golpes, no demasiado fuertes, para no alertar a la abuela. Ya no quedaba demasiado para que regresara la madre de los niños. En cuanto entrase por la puerta, tendría que cesar de cometer fechorías y aguardar a que los niños estuvieran en sus camas.

Debido a la insistencia de los pequeños y gracias a que ya había tenido el tiempo suficiente para preparar la cena, la mujer fue a sentarse al salón con ellos.

—No entiendo qué os ha pasado hoy para que estéis tan asustados. ¿Acaso habéis estado viendo alguna de esas series que no debéis? ¿Cómo se llama esa que está tan de moda entre los chavales? —preguntó.

—*Stranger Things* —respondió Justin.

—Exacto, cariño. A esa me refería. Una serie que no es para niños de tu edad y que supongo que no has visto, ¿no?

—¡Claro que no! Mamá no nos deja —argumentó.

—Pues bien por tu madre. Pero el caso es que enseguida has sabido a cuál me refería, así que sospecho que has estado hablando del tema con tus amigos y, no sé por qué me da en la nariz, que luego has estado asustando a tu hermana con el tema.

—¡No es verdad! —exclamó el chico.

—No me mientas, señorito. Si lo haces, me voy a enfadar mucho y te voy a enviar a tu habitación.

—¡No, por favor! Está bien —se rindió el pequeño—, he estado hablando de eso con mis amigos. Soy el único que no la he visto. Soy el más pringado de todos.

—No estoy de acuerdo. De hecho, ni siquiera la has visto y mira qué miedos tienes hoy.

—Porque he oído ruidos y susurros, abuela. ¿Por qué no me crees?

—Porque no tiene ni el menor sentido. Son cosas que están en tu imaginación.

En realidad, no quería creerles, pero tenía sus dudas. Entre eso y lo rara que estuvo la noche anterior su hija, empezaba a considerar que hubiera algo extraño en esa casa. No obstante, debía mostrarse segura de lo que decía para intentar minimizar al máximo posible los miedos de sus nietos.

Los niños no se despegaron de su abuela hasta que llegó su madre. No habían vuelto a escuchar nada raro y se fueron tranquilizando. Aquella noche, cuando Madison entró en casa, no hubo reacciones fuera de lugar que preocupasen a la abuela. No obstante, esta permaneció alerta estudiando los gestos y expresiones de su hija.

—Mamá, ¿estás bien? —le preguntó esta en un momento dado.

—Perfectamente. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque me siento como un insecto bajo una lente de aumento. No has dejado de mirarme desde que he entrado por la puerta.

—¿Eso crees? Pues no me he dado ni cuenta —mintió.

—Mamá, ¿se puede quedar hoy la abuela a dormir? —preguntó Claire, quien seguía asustada aunque ya no lo demostrase. Cuantos más adultos en casa esa noche, mucho mejor.

—Eso se lo tendrás que preguntar a ella —le respondió.

—Por supuesto que sí. Esta noche tenéis abuela para rato —respondió sonriendo.

Taylor aguardaba agazapado escuchando todo lo que decían y siguiendo los movimientos de los miembros de la familia. No tardarían ya en irse a dormir y podría retomar el espectáculo,

aunque tampoco pretendía gastar todos sus cartuchos esa misma noche.

Una pequeña dosis de miedo más, el justo para que los pequeños tuviesen pesadillas y soñasen con monstruos que les acechan en la oscuridad.

Sintió la tentación de salir en mitad de la noche y visitar sus dormitorios. Era consciente de que no era lo más aconsejable, pero ese deseo casi irrefrenable de actuar parecía volverse más acuciante por momentos.

Tendría que aguantar y dosificarse.

Cuando todos se acostaron, se mantuvo especialmente atento. Le había extrañado que aquel día la madre de los críos se hubiera mostrado tan calmada y no hubiera retomado la búsqueda del día anterior. La noche pasada se mostró como un animal olfateando el aire para dar con aquello que perseguía. Quizá hubiera dejado atrás su paranoia y se hubiera convencido de que no era más que eso, una idea absurda de la que le había convencido su propia mente pero sin contar con ninguna prueba que demostrara que tenía razón.

Lo único que quedaba de aquello era una breve conversación con la abuela cuando los niños se acostaron en la que le relató que, la noche anterior, había sentido con claridad la presencia de un extraño en la casa. Entonces compartió también el incidente de unas semanas atrás en el que se encontró la puerta abierta.

Taylor se sorprendió de que no hubiera compartido eso con ella hasta aquel momento. Quizá la relación entre las dos mujeres no era tan estrecha como el pensaba y no confiaban tanto la una en la otra. Era un dato interesante y, quizá, podría aprovecharse de él.

Pasada la medianoche, llegaría el momento de volver a actuar.

CONFLUENCIA



CAPÍTULO 34



El sacerdote con el que contactó el padre Anthony para valorar a la pequeña Madison resultó ser un hombre de avanzada edad que vivía a cientos de kilómetros de allí. Después de que el párroco le hablase de la niña, el caso despertó su interés. Estaba bastante convencido de que podía tratarse de un asunto de posesión demoníaca.

Sin embargo, no estaba ante algo habitual, ya que la niña no manifestaba ninguna alteración de la conducta en la mayor parte de las ocasiones, salvo en momentos puntuales. Debía ser entonces un espíritu bastante ladino el que la poseía, uno al que le gustaba jugar al escondite y mostrarse solo cuando la ocasión lo merecía.

Eso no era lo más habitual.

De lo que no tenía la menor duda era de que la niña portaba la huella del mal en su interior. El tipo de conductas que le relató el padre Anthony no hizo otra cosa que confirmárselo. La violencia con la que golpeó a su compañero de escuela y la ausencia de remordimiento posterior podría ser confundida con otra cosa, pero el suceso en el que predijo la muerte de su propio padre despejaba las posibles dudas. Aquel espíritu había elegido a una pequeña de aspecto inocente para llevar a cabo sus fechorías y se escondía detrás de ese rostro de bondad.

Debía tener en cuenta también un aspecto más. Por alguna razón que la iglesia no había logrado explicar, había niños que tenían una mayor predisposición a convertirse en anfitriones para ese tipo de

espíritus malignos. A eso era a lo que se referían con el término la huella del mal. Era como si, desde antes incluso de nacer, estuvieran marcados y contaran ya con esa predisposición para albergar algo malvado en su interior.

Cuando el padre Michael acudió a la casa de Rose y Madison, se encontró con una pequeña huidiza que se escondía detrás de su madre. Enseguida supo que aquello no era más que una pose, puesto que estaba dispuesto a apostar lo que fuera que, en cuanto tratase de acercarse a ella con el agua bendita, su reacción sería entonces muy diferente. En cualquier caso, lo mejor sería comprobarlo.

Y no se equivocó.

Madison se transformó de manera drástica, mostrando una virulencia hacia él inesperada y una agresividad fuera de todo límite, a pesar de haberse comportado segundos antes como un tierno corderito. Su cara, incluso, se transformó de manera visible, mostrando una crudeza terrible.

Lo que más le sorprendió fue ver los dos puntos rojos en sus ojos. Hacía mucho tiempo que no se topaba con aquel demonio y sabía lo peligroso que era. Debía andarse con mucho cuidado si no quería convertirse en otra de sus víctimas. Además, ya era mayor y se notaba más lento que en otros tiempos. Por ello, le pidió al padre Anthony que le ayudase en aquella tarea que se le antojaba infausta y peligrosa.

Durante diez días seguidos, mantuvieron a la niña en una habitación cercana a la capilla de la iglesia, donde podrían tenerla controlada. La madre solicitó dormir también en la parroquia para estar cerca de su pequeña. Fueron sesiones dolorosas y duras, extenuantes hasta puntos inimaginables. El padre Michael sintió que, con cada una de ellas, aquel espíritu turbio le robaba su energía.

Una vez más, no se equivocaba.

Por suerte para la niña y la madre, el exorcismo pareció ser exitoso, pues la pequeña Madison ya no mostraba ningún síntoma de posesión. Lo que ninguno imaginaba era que aquel demonio nunca llegó a salir del todo, dejando un vestigio en el interior, como si fuera un valor residual o como una pista que le ayudara a

reencontrar el camino cuando fuese necesario. Ese espíritu del mal pasó a un estado diferente. Era como si viviera latente dentro de la cría, encapsulado, pero sin llegar a manifestarse.

Y así estuvo durante muchos años.

En cuanto al padre Michael, pagó un elevado peaje por llevar a cabo aquel exorcismo. Durante las últimas sesiones, empezó a sentir un agotamiento extremo. Terminaba las jornadas extenuado y perdió varios kilos en muy poco tiempo, lo que inducía a pensar en una enfermedad que le devoraba por dentro.

El espíritu no llegó a meterse en su cuerpo, pero sí que le consumió la energía que le quedaba para vivir. A la par que el sacerdote ponía todas sus fuerzas en hacerle salir del cuerpo de la niña, el demonio de mirada carmesí le arrancaba soplos de vida.

Pocas semanas después, fallecería tras una visita inesperada de un diablo de ojos rojos. Fue entonces, en los instantes previos a su muerte, cuando el padre Michael se dio cuenta de que no era uno solo.

Había multitud.

No tuvo tiempo de compartir con nadie su descubrimiento. Sus instantes finales fueron absolutamente agónicos, no solo por el dolor de despedirse de la vida, sino por el de saber que no podría hacer nada para alertar a sus congéneres de cómo luchar contra aquel ser maligno.

La huella del mal podía anidar al mismo tiempo en más almas de las que él suponía.

CAPÍTULO 35



A eso de las doce y treinta y cinco, poco después de haber conciliado el sueño, Madison se despertó de forma abrupta. Sus ojos abiertos como platos escudriñaban la oscuridad de su habitación. Una vez más, un presentimiento oscuro le alertaba de que sucedía algo en su hogar y debía tomar cartas en el asunto.

Dentro de ella, se despertaba también un espíritu que llevaba años agazapado y que recientemente había empezado a mostrar "la patita", dicho de forma coloquial. Sin que ella fuera del todo consciente de lo que sucedía, su mente y su alma se dividían y confluían al mismo tiempo, puesto que se mezclaban personalidades que normalmente habitaban espacios diferentes, pero que ahora compartían un mismo objetivo.

El alma cándida de Madison quería proteger a su familia.

El alma negra del espíritu malvado clamaba sangre.

Unos minutos después de abrir los ojos, oyó a su pequeño gritar. Se levantó de la cama rápidamente y se dirigió al cuarto de su hijo. Encendió la luz. En un primer momento, no vio al niño, hasta que se dio cuenta de que estaba hecho un ovillo bajo las sábanas.

Algo le había asustado.

Algo que ella ya había percibido la noche anterior.

—Justin, tranquilo, mamá está aquí —le dijo para tranquilizarlo.

Una voz dentro de ella le habló, como si de un eco se tratase. Le anunciaba algo que ya sabía, pero que no había logrado probar

hasta el momento.

—«Sabes que hay alguien más en esta casa y tienes que acabar con él».

El crío salió de debajo de las sábanas y se lanzó a los brazos de su madre. Se apretó fuerte contra su cuerpo. Temblaba de miedo. Su cara reflejaba el susto que tenía encima y que le impedía hablar.

—Tranquilo, cariño. Cuéntame qué ha pasado.

—Hay alguien en mi habitación, mamá. Alguien malo que intenta asustarme.

Madison dudaba de que se encontrara allí en ese preciso instante, puesto que había encendido la luz y no había percibido nada extraño. A pesar de ello, decidió abrir la puerta del armario por si el crío tenía razón y se había escondido en su interior.

Se aproximó con cautela, pero también decisión, dos actitudes que nacían de sus divisiones actuales. Justo antes de abrir la puerta, escuchó con atención, tratando de distinguir cualquier sonido que le diera una mínima pista.

Nada.

Sujetó el pomo de la hoja derecha y la abrió con decisión. A primera vista, no se apreciaba nada fuera de lugar, salvo el clásico desorden de su hijo que tantas veces provocaba discusiones entre ellos. Se giró y vio al niño muerto de miedo. Su corazón sintió una honda pena por el pequeño. Ninguna madre quiere ver a su hijo enfrentarse a un padecimiento similar. Tenía que acabar con todo eso de manera inmediata.

Abrió la otra puerta y el resultado fue semejante. Entonces, con sus manos, apartó la ropa hacia un lado y luego hacia el otro.

Allí no había nadie.

—Ya está, cariño, puedes estar tranquilo. Lo he comprobado y no hay nadie aquí. Puedes verlo por ti mismo, si lo prefieres.

Pero al crío no le bastaban sus palabras.

Él seguía igual de asustado.

No se puede engañar al cuerpo. Sus sensaciones siempre son sinceras, no mienten. Las palabras pueden falsear la realidad, pero no lo que sentimos en nuestra piel.

—Ha dicho que va a matarnos a todos nosotros, mamá —sollozó.

—Nadie va a hacernos nada —le respondió ella con una voz un poco más grave de lo habitual. Tenía que sonar convincente. Pero no era solo eso. Ese tono implicaba que hablaba esa otra parte de ella que cohabitaba en su interior y que no era totalmente Madison, sino alguien a quien no había invitado y que tampoco había logrado expulsar por completo.

Una criatura oscura se removió dentro de la mujer. Nacía de la inquina que sentía ante la posibilidad de que alguien quisiera causarles daño. Madison no había sabido hasta el momento que esa bestia que portaba muy dentro de ella solo despertaba ante las amenazas provenientes del exterior. Sin apenas reflexionar sobre ello, tuvo la lucidez de entender ese mecanismo.

Cuando la noche anterior Rose se asustó al ver sus reacciones, ella solo fue parcialmente consciente de lo que le sucedía. Sentía que actuaba en dos dimensiones diferentes y que la Madison de siempre se replegaba, dejando tomar la iniciativa a un ser que no le era totalmente desconocido pero del que tampoco era plenamente consciente.

A continuación, se dirigió hacia la cama del niño y miró debajo. Observó con detalle, haciendo varios barridos a un lado y a otro. No había absolutamente nada que justificara el miedo del pequeño.

Y a pesar de ello, Madison sabía que su hijo tenía razón.

Entonces se escuchó un fuerte golpe que procedía de la habitación de Claire. Aquello servía para certificar que algo anómalo estaba ocurriendo en su casa aquella noche.

—Quédate aquí —le pidió a Justin.

—No, mamá, no quiero quedarme solo. Esta tarde también he oído voces y golpes en mi habitación. No quiero estar aquí si tú te vas. Tengo demasiado miedo para esperar si no hay nadie a mi lado.

Madison valoró sus opciones. No podía dejar allí al niño muerto de miedo.

—Está bien. ¿Y si vamos al dormitorio de tu abuela?

—Quiero estar contigo, mamá —suplicó el niño.

Madison accedió. No podía perder más tiempo después de lo que había oído. Sin embargo, no se había dado cuenta de una cosa que podría ser relevante. La pequeña Claire no había gritado. Eso solo

podía significar dos cosas. La primera y más espeluznante, era que el golpe significara que la niña estaba malherida o algo peor. La segunda, que no se hubiera percatado de nada y siguiera durmiendo.

Ojalá fuera así.

No había contemplado una tercera opción.

Lo que vio en el cuarto de la niña dejó a ambos sin palabras.

CAPÍTULO 36



Claire se encontraba sentada sobre la cama con los ojos en blanco. Los golpes se sucedían ahora, cada vez más fuertes. La niña sonreía de una manera siniestra. No había ni rastro de miedo o preocupación en la cría. Madison apenas podía reconocer a su pequeña, siempre tan asustadiza. Daba la impresión de que todos esos golpes y ruidos no causaran ni el menor efecto sobre ella.

A continuación, fue la abuela la que se presentó aterrorizada en la habitación de la niña. Se había despertado de forma brusca tan solo unos instantes antes, ya que su dormitorio era contiguo al de Claire.

—¿De dónde diablos proceden esos ruidos? —indagó con los ojos un tanto desencajados por el susto, antes de poder ver el rostro de su nieta. En cuanto lo hizo, se llevó la mano a la boca y se le cortó la respiración.

La noche no hacía más que mejorar.

—No lo sabemos todavía, pero lo vamos a averiguar ahora mismo —le respondió Madison.

—¡Dios santo! ¿Qué le sucede a Claire? —preguntó horrorizada ante lo que veía. Aquella imagen le recordaba demasiado a la que había visto en su propia hija muchos años atrás.

No podía ser.

No podía estar pasando otra vez.

—Tranquila, abuelita —respondió la cría con una voz siniestra—. No pasa nada. Mamá y yo vamos a ocuparnos del problema. ¿Verdad que sí, madre?

La abuela palideció un poco más.

El rostro de Madison también pareció transformarse.

—Claro que sí, pequeña. Nosotras nos ocuparemos de todo.

Rose estaba a punto de desmayarse. Aquello era demasiado para poder digerirlo. El niño contemplaba la escena sin comprender nada, como si fuera una película en la que se había colado sin pretenderlo. Parecía perdido en medio de una situación caótica.

La abuela le atrajo con gestos hacia donde se encontraba. Necesitaba aislarlo de aquello que tan solo podía interpretar de una manera: algo maligno se había metido dentro de su hija y su nieta. La conclusión resultaba inevitable.

Ambas eran portadoras de la huella del mal.

Se retrotrajo a una época dura de sus vidas, a los días del exorcismo, al fallecimiento posterior del padre Michael, quien creyó que había salvado a su pequeña, sacrificando incluso su propia vida, pues resultaba casi evidente la conexión entre su muerte y las sesiones con su hija.

Madre e hija salieron de la habitación decididas a resolver aquello. La abuela y el niño las siguieron a una distancia prudencial. Observaron cómo subían a la buhardilla, sin mostrar ni el menor rastro de temor, algo que no casaba con el comportamiento habitual de Madison y mucho menos con el de Claire, que solía parapetarse tras su hermano para que él la protegiera.

Esa noche estaba llena de sorpresas.

Justin y Rose observaron desde el pasillo el hueco abierto en el techo, mientras escuchaban ruidos provenientes de aquella habitación en desuso. Estaban tan concentrados en observar lo que sucedía, que no se percataron de que la amenaza se encontraba justamente a su espalda.

A pesar de los planes iniciales de Taylor de permanecer en aquellas casa durante días, quizá semanas, algo le hizo salir de su escondite. Una corazonada le transmitió la idea de que no podía

sostener esa situación por más tiempo. Debía acabar con aquella familia antes de que se convirtieran en un problema para él.

Su mirada de ojos rojos miraba a sus objetivos, los cuales permanecían ajenos a su presencia. Aquellos iris parecían ahora brasas incandescentes que danzaban siguiendo sus movimientos, mientras se aproximaba a ellos de modo sigiloso.

Taylor era un ser maligno en todas sus dimensiones, la humana y la sobrenatural. Desde crío había portado en su interior un ser maléfico que convivía con el niño que jamás había tenido ni un atisbo de inocencia. Siempre había disfrutado con el dolor ajeno y esa condición no hizo más que agudizarse con el paso de los años.

Sin embargo, la criatura más oscura que había dentro de él, había empezado a manifestarse de forma más clara en los últimos días, reclamando su espacio, aburrida de permanecer en un segundo plano sin poder disfrutar en primera persona del mal que causaban aquellas manos.

Tanto el espíritu que llevaban dentro Madison y Claire como el de Taylor, presentaban un linaje común, pero se habían dividido con el paso de los siglos. Uno era genuinamente malvado, el que habitaba en el hombre, mientras que el otro era insidioso, ya que bajo una apariencia benigna ocultaba su anhelo de maldad. Sin embargo, ambos eran igualmente peligrosos y, una vez desatada su parte más oscura, se mostraban igualmente crueles.

Cuando estuvo suficientemente cerca, Taylor golpeó con gran fuerza al pequeño, lanzándolo hacia la pared. Un obstáculo menos del que se ocuparía en su momento. Ahora, mientras madre hija permanecían en la buhardilla, debía eliminar a la principal amenaza.

Sin más contemplaciones, se abalanzó sobre la mujer.

CAPÍTULO 37



Desde la buhardilla, Madison y Claire escucharon un alarido desgarrador. Algo acababa de suceder en la planta inmediatamente inferior a la que se encontraban. Se miraron a los ojos y, sin hablar, las dos se dirigieron a toda velocidad hacia la trampilla que daba acceso a la buhardilla, la cual se cerró de golpe.

Abajo, la escena era dantesca. Taylor se había abalanzado sobre la abuela de los niños y le había mordido el cuello con fiereza, desgarrando la piel y la carótida. La sangre le impregnaba, cubriendo su rostro y su pecho. Los ojos de la anciana le miraban desorbitados. Se llevó las manos al cuello, tratando de parar la hemorragia, algo que era imposible, mientras observaba como su agresor se relamía y masticaba la carne que le había arrancado.

El último pensamiento de la mujer fue dirigido a su nieto, a sabiendas de que lo dejaba solo ante el peligro si su madre y su hermana no regresaban a tiempo.

El niño salió corriendo y se encerró en la habitación más cercana, momento que aprovechó Taylor para cerrar la trampilla. Sabía que esta se atrancaba y confiaba en que no pudiesen abrirla desde dentro. Una vez que hubiera acabado con el niño, iría a por las otras dos.

Divide y vencerás.

Esa máxima era casi un credo para él.

Desde arriba, la madre y la niña gritaban como fieras enjauladas, mientras buscaban la forma de abrir el acceso a la parte inferior. Madison era consciente del peligro que corrían su hijo y su madre, por lo que una rabia desconocida invadió cada milímetro de su cuerpo.

La sangre se escurría por los labios de Taylor. Su sabor metálico colmaba sus papilas gustativas y le proporcionaba un placer incomparable. Hilos de carne humana se habían quedado atrapados entre sus incisivos. Se relamió una vez más. No quería desperdiciar nada de aquel delicioso manjar. Aquella era una sensación única. Era lo más excitante que había probado hasta la fecha, aunque al precipitarse a actuar se hubieran truncado sus planes de sembrar el pánico paso a paso, día tras día.

No tuvo más remedio.

Enseguida presintió que algo no iba bien.

Cuando la niña no gritó tras los golpes en su habitación y vio su expresión a través de las cámaras, mirándole primero directamente como si pudiera verle, y con los ojos en blanco justo después, comprendió que en esa casa había otros seres parecidos a él.

Si no se espabilaba, pasaría de ser cazador a convertirse en la presa.

Por mucho que disfrutase del sabor de la carne humana, del placer y el regocijo que le proporcionaba devorar poco a poco a aquella mujer, no podía dejarse llevar por ese deleite que amenazaba con distraerle peligrosamente de su objetivo. Tendría que ir sin más dilación a por el niño.

No tuvo tiempo de hacerlo.

Antes de que pudiera reaccionar, Madison y Claire, o aquello que se parecía a ellas, habían logrado abrir la trampilla de la buhardilla e iban a por él. No era ni mucho menos inmortal, así que la situación se había vuelto verdaderamente peligrosa para él.

Procuró reaccionar lo más rápido que pudo, pero sus oponentes no mostraban ni el menor temor. Al fin y al cabo, eran también criaturas del mal en una lucha encarnizada por la supervivencia donde solo el más fuerte, el más vil y el más cruel, tenía posibilidades de sobrevivir.

Se escuchó entonces un grito que hizo que incluso Taylor dudase un instante de su propósito. Parecía de otro mundo, debido a su sonoridad honda y grave. Sus ojos rojos se intensificaron. Le esperaba una lucha frente a frente con un rival de envergadura, lo que, por otra parte, ponía mucho más interesante la situación.

CAPÍTULO 38



La niña avanzaba detrás de su madre. Mostraba una expresión que habría asustado al más valiente. En sus ojos se leía el anhelo de muerte. Por un instante, cuando Madison vio el cuerpo de su madre en mitad de un charco de sangre, mostró una expresión que Taylor interpretó como debilidad. La parte más humana de aquella mujer había emergido por una milésima de segundo, demostrando la aprensión que suponía para ella ver muerta a quien le había dado la vida y la había cuidado.

¿Dónde estaba su pequeño?

¿Habría corrido la misma suerte que su abuela?

Esos instantes de duda los aprovechó Taylor para atacarla. Con un movimiento rápido, de su pantalón sacó una navaja que blandió al aire y, acto seguido, la dirigió al cuello de la mujer. Madison adivinó sus intenciones e interpuso su antebrazo derecho, sufriendo algunos cortes en él.

Mientras esto sucedía, la pequeña e inocente Claire se abalanzó hacia el lugar en el que se encontraba el atacante de su madre y le mordió el tobillo a la altura del tendón de Aquiles, lo que arrancó un alarido de dolor a Taylor. Su mirada de ojos rojos se dirigió con furia a la pequeña. Los dos monstruos que habitaban su interior se miraron frente a frente, reconociendo la maldad intrínseca que portaban.

Mientras tanto, Justin se encontraba agazapado bajo la cama del dormitorio de su hermana. Oía ruidos, golpes, gritos, pero se sentía incapaz de hacer nada. Estaba muerto de miedo. No era capaz de comprender que estaba sucediendo en su casa. A su mente infantil acudía la imagen de aquel hombre mordiendo el cuello de su abuela hasta arrancarle un trozo de carne que masticaba como si fuera su desayuno. El recuerdo de aquello hizo que vomitara. Acto seguido, comenzó a llorar, procurando no hacer demasiado ruido por si alertaba a aquel ser malvado que quería hacerles daño.

Algo dentro de él le gritaba que tenía que salir a ayudar a su madre y su hermana, pero no se sentía con fuerzas para hacerlo. Él no era como ellas. No sabía muy bien por qué, pero presentía que eso era una realidad.

Sin embargo, cuando oyó aquel grito desgarrador procedente de la garganta del intruso, un chispazo de valentía le impulsó a salir de su escondite y abrir la puerta. Asomó la cabeza y lo que vio le dejó blanco. Su madre y su hermana no parecían las de siempre. Su rostro transmutado por el mal casi no tenía aspecto humano. Juraría incluso que su hermana tenía los incisivos más grandes, algo sumamente extraño que no tenía muy claro si se debía a su imaginación o a las historias que le contaban sus amigos. Estos solían ver algunas películas que desde luego no eran para niños de su edad.

Se escabulló como pudo entre ellos y bajó las escaleras. Estaba casi seguro de que ninguno le había visto. Como iba descalzo, no hizo ningún ruido. Se dirigió a la cocina y allí cogió un cuchillo de cortar carne. Regresó a la planta de arriba. Su madre y su hermana estaban enzarzadas en una lucha a muerte con aquel extraño. No mostraban ni un atisbo de miedo, mientras él estaba horrorizado. ¿Cómo podían mostrarse las dos tan valientes?

Su madre contaba ahora innumerables cortes en los brazos y la cara, mientras su hermana seguía enganchada al tobillo de aquel hombre, el cual intentaba dirigir la navaja hacia ella, pero Madison se lo impedía interponiendo su propia piel entre ellos.

A Justin le temblaba la mano que llevaba el cuchillo. Seguramente su madre y su hermana acabarían con aquel tipo. Tenía la impresión

de que eran más fuertes que él, aunque seguramente solo era una proyección de su mente infantil que ve en la figura de sus familiares a héroes invencibles.

Fuera como fuese, un impulso dentro de él le movió a actuar. Ninguno se había percatado de su presencia. Sentía que su habilidad era la de ser invisible. Se aproximó a ellos pegado a la pared. Ahora el hombre había empujado a su madre con fuerza y esta se había caído al suelo. Claire se dio cuenta de lo que pasaba y levantó un momento la cabeza. Su boca chorreaba sangre, algo que aterrorizó a Justin. En ese momento, el hombre, sobreponiéndose al dolor que sentía en su pie derecho, levantó la navaja en un movimiento rápido.

Pero no lo suficiente.

Justin clavó el cuchillo con todas sus fuerzas en la espalda del intruso.

El cuerpo de este se tensó de una manera trágica.

El crío, lleno de temor, se quedó paralizado contemplando su reacción con la esperanza de haber acabado con aquel martirio.

Lejos de lo que había supuesto, este no murió, sino que se removió por el dolor y se giró, dirigiendo ahora su ira hacia el niño. Mientras lo hacía, Madison ya se había levantado. Rompió uno de los marcos de fotos que colgaban de la pared y tomó el pedazo de cristal más grande y afilado. Antes de que Taylor pudiera alcanzar a Justin, esta se lanzó hacia él y se lo clavó en el cuello.

La mirada desencajada de Taylor indicaba que ahora sí, todo había terminado.

CAPÍTULO 39



Las sirenas de la policía sonaban ya muy cerca de la casa. Era evidente que los vecinos debían haber escuchado los gritos provenientes de la vivienda donde residían la madre y los dos gemelos. Alguno de ellos habría avisado a emergencias. Justin miraba desconcertado a su madre y a su hermana. No comprendía nada de lo sucedido. Alguien se había metido en su casa, eso era lo único que acababa de entender. Todo lo demás, debía pertenecer a una realidad alternativa, una que no pertenecía al mundo que él conocía.

¿Qué había sucedido entonces?

Madison y Claire volvían a parecer las de siempre. Eso también le desconcertaba. Hacía apenas unos segundos, ambas parecían seres del inframundo.

¿Se lo había imaginado todo entonces?

¿Y si lo sucedido no era más que una pesadilla?

Sus ojos estaban abiertos de par en par. La realidad tal y como la conocía se había hecho añicos y no veía el modo de recomponerla. Su mirada de ojos abiertos de par en par reflejaba lo que pasaba por su mente con gran claridad.

—Te lo explicaré, cariño —le dijo su madre al contemplar su expresión. Madison temía que su hijo pudiese entrar en estado de *shock,* lo cual no sería de extrañar después de todo lo sucedido.

Eran demasiadas cosas para una misma noche.

No habían tenido ni siquiera tiempo para asimilar el duelo que suponía la pérdida de su abuela. Miró entonces el cuerpo sin vida de su madre y se le rompió el corazón. Aquella mujer había sido su roca desde siempre. Parecía invencible, siempre saliendo adelante, incluso en las circunstancias más adversas. Madison pensó que les costaría mucho a los tres superar la pérdida de esa persona tan importante en sus vidas.

La policía entró en la casa. El desastre era total. Las salpicaduras de sangre se extendían por doquier en la primera planta, impregnando a la escena de tintes terroríficos. Aquella familia acababa de pasar por un infierno.

Vieron el cuerpo del hombre tendido en mitad del pasillo. Todavía sujetaba la navaja con la que había tratado de acabar con la vida de los habitantes de esa modesta vivienda.

Tras recoger las primeras declaraciones, los agentes solicitaron a la madre y a los niños que esperasen abajo en compañía de otros policías, después de que los del servicio médico revisaran su estado actual de salud.

El análisis de la escena de crimen despertó un buen número de preguntas entre los que se encargaban de ello. En primer lugar, el cuerpo sin vida de la anciana presentaba una herida abierta de gran tamaño en el cuello. Lo que les estremeció fue descubrir que parecía fruto de una mordedura.

Una mordedura precisamente fue también lo que apreciaron en uno de los tobillos del pregunto asesino. ¿Quién les habría mordido? Indagaron por si había algún perro en la casa o cualquier otro animal, pero la respuesta fue negativa. La alternativa a aquello resultaba tan increíble que esperarían a una análisis forense exhaustivo que determinase las causas de las muertes y también cómo se habían producido las distintas heridas.

Tras varias semanas de investigación, concluyeron que el intruso, un famoso cirujano cardiotorácico, se había colado en la casa y había estado alojado entre sus paredes durante, al menos un par de días. Este asesinó a la abuela de los niños y habría hecho lo mismo con los demás miembros de la familia si la madre no lo hubiera evitado.

Había actuado en defensa propia.

EPÍLOGO



Los nuevos comienzos pocas veces resultan fáciles. La vida ahora había dado un vuelco inesperado y debían adaptarse a esta situación desconocida. La huella del mal era una seña de identidad de la familia que habían descubierto de manera sorpresiva, pero que, en cierta medida, suponía una ventaja que no habrían imaginado.

Claire y su madre compartían esa marca de lo malvado. Ver a su hija aquella noche había despertado muchos de los recuerdos que Madison había mantenido sepultados durante muchos años.

Sin embargo, no quería someter a su pequeña a lo mismo que le hicieron a ella cuando era una cría más o menos de su edad. Juntas aprenderían a controlar esa criatura maligna que anidaba dentro de ellas, a domarla y manejarla a su merced.

Resultaba casi obvio que Justin no era como ellas en ese aspecto. Tras las primeras semanas después del horrible asesinato de su abuela en las que permaneció casi en un silencio absoluto, empezaba a hablar y, poco a poco, comenzó a ser más o menos el de siempre. Sin embargo, nunca más asumió el papel de protector de su hermana. Le había quedado muy claro quien era el más fuerte de los dos.

Su madre trató de explicarle lo mejor que supo la situación. En primer lugar, en lo que atañía a ella y a su hermana. No podía permitir que el niño les cogiera miedo después de lo que había presenciado. En segundo lugar, le habló del caso del intruso, puesto

que no era exactamente como ellas. Aquel hombre disfrutaba con el simple hecho de herir a los demás.

Decidieron trasladarse al piso de su abuela. Les había quedado en herencia y, aunque era mucho más pequeño que la casa en la que habían residido hasta entonces, este ya no tenía hipoteca ni carga alguna y suponía un alivio para la economía familiar. Además, para Madison era su lugar seguro, aquel en el que había crecido junto a su madre y donde ambas fueron realmente felices, una vez superada la tragedia familiar que sufrieron.

El piso no contaba ni con sótano ni con buhardilla, otra ventaja añadida, y su situación en el centro de la ciudad les proporcionaba múltiples posibilidades, en especial pensando en que los niños se harían mayores y les gustaría disponer de la libertad de poder quedar con sus amigos sin que fuera necesario que su madre les llevase en coche a todas partes.

La huella del mal formaba parte de sus vidas.

La clave era mantenerla a raya y saberla manejar.

FIN

Encuentra una nueva historia en el próximo libro

«Hay quienes no pueden imaginar un mundo sin pájaros; hay quienes no pueden imaginar un mundo sin agua; en lo que a mí se refiere, soy incapaz de imaginar un mundo sin libros».
(Jorge Luis Borges)

ANTES DE IRTE…

Quiero darte las gracias por darme esta oportunidad. Este libro es una pequeña gota en un inmenso océano que se llama Amazon. Que hayas llegado hasta él, es casi un milagro. Que lo hayas elegido y leído, debe ser fruto de la alineación perfecta de los planetas como mínimo. Por ello, GRACIAS, muy grande y en letras de neón.

Si puedes dejar tu valoración en Amazon, te estaría más agradecida todavía. Si te animas a hacerlo también en Goodreads o alguna red social, como Instagram o TikTok sería fantástico.

Tu opinión es importante. Me ayuda a crecer, a mejorar y a darle visibilidad a mis obras. Gracias por dejarme soñar.

"El futuro pertenece a los que creen en la belleza de sus sueños"

- Eleanor Roosevelt

LECTORES 0

Cuando comencé a escribir, me lancé a esta magnífica aventura en absoluta soledad. Desde entonces, ya van la friolera de 44 libros y han cambiado muchas cosas, entre ellas, contar con la suerte de conocer personas que me ayudan a mejorar mis novelas.

Mi equipo de lectores 0 se mantiene bastante estable y sé que en cualquier momento puedo echar mano de ellos porque, si en algo destacan, es en que son buenas personas y muy generosas. Puede que no siempre hayan participado el la fase de la lectura beta de mis novelas, pero nunca ha sido por falta de ganas de aportar su granito de arena.

Mi más sincero agradecimiento a estas bellísimas personas por su ayuda durante tantos libros:

- Andreu Purroy Giribert.
- Margarita González Benavides.
- Rocío García Melgar.
- Patricia Burgos Cortés
- Laura Díaz de Prado
- Sonia Muñoz Rubio
- Sara Moyano Ávila
-

Ana Zorrilla

•

Cristina Moreno

ACERCA DE LA AUTORA

Me fascinan la novela negra y el thriller, al igual que me fascina la neurociencia y las lecturas relacionadas con la psicología humana y el estudio del cerebro. Cuando algo te gusta tanto, siempre te parece poco el tiempo que le dedicas. No obstante, hay otras muchas cosas que me apasionan, tal vez vaya con mi forma de ser, que soy capaz de ilusionarme con mucha facilidad.

Cada vez más, mis libros están influenciados precisamente por otros que leo acerca de estos temas que tanto me interesan y que nutren mis historias. El cerebro es un gran misterio y una fuente inagotable de inspiración.

Escribir ha sido un regalo para mí. Descubrir esta pasión, un sueño. He perdido la capacidad de aburrirme, pues en mi cabeza siempre se están gestando nuevas historias que estoy deseando volcar en un papel. Lo mejor de todo es que tengo la impresión de que he contagiado este entusiasmo a otros y eso constituye un regalo de incalculable valor.

Después de haber rebasado de largo los cuarenta libros escritos y publicados, no podéis imaginaros lo feliz que me siento por ello y la ilusión que tengo por continuar. Siento que cada nueva novela se me presenta como una oportunidad para mejorar.

Ojalá mi pasión por las letras nunca decaiga, aunque no siempre halle el tiempo que quisiera para dedicárselo al bello arte de escribir.

Sígueme en mis redes sociales:
— Instagram: @ariel_zorion
— TikTok: @arielzorion

Visita mi página web, donde encontrarás artículos de diferente índole que espero te entretengan y te resulten de utilidad:
www.arielzorion.com

Encuéntrame en Amazon: https://amzn.to/41pEryr

OTROS LIBROS DE LA AUTORA

Podéis adquirir cualquiera de mis más de cuarenta novelas en ebook, tapa blanda o tapa dura en Amazon. Si preferís obtenerlos en papel dedicados y con algún detalle personalizado, solo tenéis que contactar conmigo a través de mis redes sociales o mi *email*.

A continuación, os dejo el listado de los libros entre los que podréis encontrar diversos géneros literarios:

- La Hora del Ocaso (Saga Ocaso 1)
- El Ocaso De Los Días (Saga Ocaso 2)
- Ocaso (Saga Ocaso 3)
- Amanece en el Ocaso (Saga Ocaso 4)
- El Primer Ocaso (Saga Ocaso 0)
- The Twilight Case (English Version)
- La Biografía de las Lágrimas (Saga Biografías 1)
- La Biografía del Dolor (Saga Biografías 2)
- La Biografía del Miedo (Saga Biografías 3)
- La Biografía del Amor (Saga Biografías 4)
- Respira (Serie Myrkur Cranston 1)

- Experimento (Serie Myrkur Cranston 2)
- Sueños (Serie Myrkur Cranston 3)
- Sombras (serie Myrkur Cranston 4)
- Tormento (serie Myrkur Cranston 5)
- Espejos Rotos (Serie Davis & Tracy)
- Bancos de Niebla
- El Encuentro
- Memoria Ingrávida
- Relaciones
- Viaje a la Oscuridad
- ¿Estás Ahí?
- No Habrá Silencio
- El Amor Se Encuentra A La Vuelta De La Esquina
- La Luna Enjaulada 1
- La Luna Enjaulada 2
- Desde El Otro Lado
- Cómo escribir 3 o 4 libros al año
- Algo Muere al Amanecer (Serie Amanecer 1)
- Amaneceres Oscuros (Serie Amanecer 2)

- Amaneceres Inciertos (Serie Amanecer 3)
- El Casero
- Espectro
- La Huella del Mal
- Los Sonidos del Silencio
- Aire - serie Frágiles 1
- Enclaustrado (bajo el seudónimo Noiroz Leira)
- El Accidente (bajo el seudónimo Noiroz Leira - Serie Oscura 1)
- La Familia (bajo el seudónimo Noiroz Leira - Serie Oscura 2)
- Cuando te miro - Serie Amor con Humor 1 (bajo el seudónimo Sarah Lindsay)
- Cuando sonríes - Serie Amor con Humor 2 (bajo el seudónimo Sarah Lindsay)
- Cuando te grabo - Serie Amor con Humor 3 (bajo el seudónimo Sarah Lindsay)
- Cómo secuestrar a un asesino (bajo el seudónimo Sarah Lindsay)
- Cómo ser feliz (bajo el seudónimo Sheila Relish)

◆ ◆ ◆

PROYECTOS:

Tengo una mente inquieta que necesita proyectos para no morirse de aburrimiento. Por ello, comparto un secreto con vosotros y os dejo aquí algunas de las ideas que me rondan y que posiblemente vean la luz antes o después:

- El último aliento — Serie Tom Beckett 1
- Hambre de corazones - *spin-off* serie Myrkur Cranston
- Los crímenes del algoritmo
- El asesino de las estrellas (proyecto de colaboración con J.R. Martin).
- Diseñando al perfecto psicópata
- Puerta sin retorno
- Alma - serie Frágiles 2
- Etérea - serie Frágiles 3
- Amor a primera risa (comedia romántica)
- Las formas del miedo (terror)
- Nadie lo vio
- El túnel
- La casa inacabada
- El secreto escondido
- Cae la noche en Sant Michel

No sé cuántos de estos se concretarán finalmente en una novela, ni si serán otros los que los sustituyan pero, a día de hoy, cuando escribo estas líneas, son los que tengo en mente y quiero llevar a cabo.

"La creatividad es la inteligencia divirtiéndose" - Albert Einstein.
